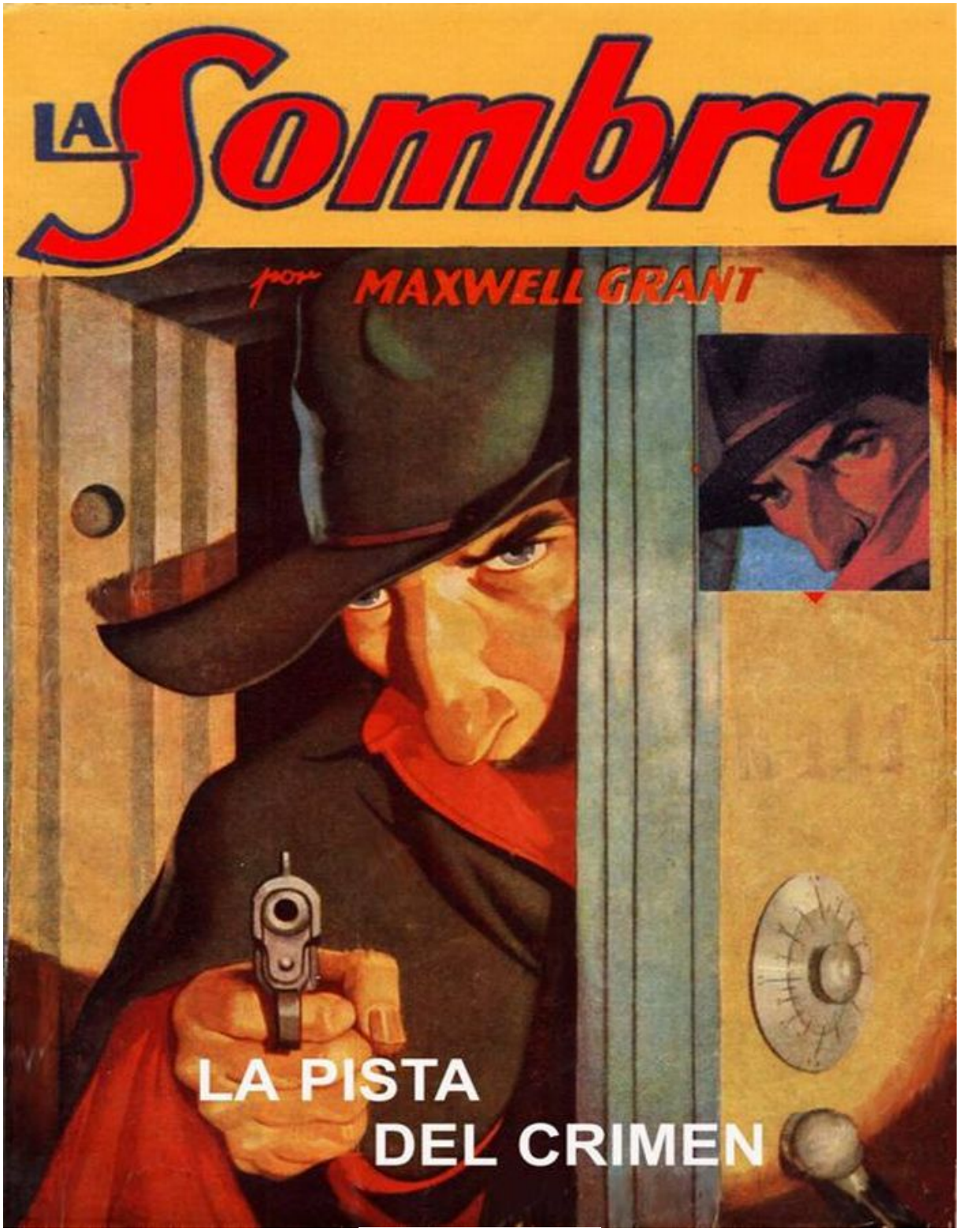
La pista del crimen
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
EL POLIZÓN

Henric Werndorff, capitán del «Europa», estaba sentado ante un pequeño escritorio en su camarote del gigantesco dirigible. La inmensa nave aérea descansaba en su cobertizo de Friedrichshafen, y desde la ventanilla de su camarote el capitán veía, a unos metros de distancia, el suelo sombrío, donde a intervalos pasaban y volvían a pasar algunos obreros. Era aquella la noche anterior a la salida del dirigible.

El capitán Werndorff estaba nervioso, cosa inusitada en él. Veterano de numerosos vuelos transatlánticos y en la actualidad comandante del más moderno y valioso dirigible que nunca se construyera, no había motivo aparente para que Werndorff sintiera aprensión algunas y, no obstante, el rostro macizo del capitán tenía una expresión tan seria que rayaba en la ansiedad.

Llamaron a la puerta del camarote y volviéndose en su silla, Werndorff ordenó en voz baja y gutural a su visita que entrara. Un joven, portador de un uniforme bien ajustado, entró y saludó militarmente. Era el teniente Carl Salzburg, segundo oficial a bordo del “Europa”.

Werndorff esperó que su subordinado cerrase la puerta del camarote. El teniente se le acercó entonces y se inclinó sobre la mesa para murmurar al oído del comandante las palabras siguientes:

-El hombre ha llegado, señor capitán.

-¿Dónde está?-preguntó Werndorff con voz que revelaba su excitación-. ¿Está seguro que nadie le ha visto?

-Nadie se ha fijado en él, señor capitán. Nos hemos encontrado en el lugar señalado y le he traído a bordo del dirigible. Está esperando en el pasadizo.

Werndorff dio un suspiro de alivio. Con gesto amistoso, que nadie hubiese esperado en un individuo tan austero, dio una gran palmada en la espalda del teniente y le dijo en tono casi paternal:

-¡Excelente, Carl, excelente! Hará usted entrar esta visita y luego saldrá usted del dirigible. Espere abajo y asegúrese que nadie suba a bordo. ¡Sobre todo, Carl, recuerde...!

-Mis labios están sellados, señor capitán.

Un minuto entero transcurrió, mientras el capitán Werndorff tamborileaba sobre su mesa. Nuevamente la puerta del camarote se abrió y un hombre de corta estatura y bastante corpulencia entró. Era la visita esperada..., un hombre de rostro escondido dentro del enorme cuello del abrigo que llevaba.

La visera de una gorra de grandes dimensiones, cubría su frente, pero cuando se dio cuenta de que el capitán estaba solo, se quitó la gorra y se bajó el cuello del gabán.

Werndorff se había levantado y su cara severa permanecía impasible, mientras sus ojos no se apartaban del rostro altanero y solemne del recién llegado, de más corta estatura que él.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de éste. Con un ademán hizo sentar al comandante en su silla, tomando otra al otro lado de la mesita.

-¿Todo está preparado?-inquirió con voz mesurada.

-¡Sí, excelencia!-contestó el capitán.

-Bien-dijo la visita con satisfacción-. Sabía que podía contar con usted, Werndorff.

El comandante se inclinó por toda respuesta. Había tripulado zeppelines durante la guerra y aquel hombre fue entonces un superior. El capitán Werndorff era la lealtad personificada y no había olvidado el pasado.

-¡Barón Hugo Tollsburg!-dijo en voz baja-. ...Obedeceré siempre sus órdenes.

La visita hizo callar a Werndorff con un gesto imperioso de la mano. Sonrió pausadamente y meneó la cabeza.

-El barón Tollsburg no existe ya-dijo lentamente-. El viejo régimen está olvidado. Mi misión actual es de paz, no de guerra. Así se lo dije, Werndorff, al visitarle hace unos meses, cuando estaban construyendo este dirigible.

-Lo recuerdo-dijo el comandante, asintiendo.

-Me prometió usted entonces tomar las disposiciones que le sugerí. Confié en usted, aunque no debía volverle a ver hasta esta noche, víspera de su salida para América. Aquí me tiene usted, capitán. Estoy dispuesto a seguirle; es imprudente permanecer en este camarote.

Werndorff se levantó, abrió la puerta de su camarote e hizo una seña a su visita. Tollsburg le siguió por el pasadizo. A ambos lados del estrecho pasadizo se abría varias puertas, y a la luz indecisa de las bombillas colocadas de trecho en trecho, la gran navecilla del dirigible resultaba tan tenebrosa como el interior de un vapor.

El «Europa», trasatlántico aéreo de grandes dimensiones, podía albergar más de cien personas. Tollsburg, que lo visitaba por primera vez, apreció en un momento su inmenso tamaño.

El capitán Werndorff se detuvo cerca de final del pasadizo.

Se encontraba en un lugar donde había dos puertas a la izquierda, a una distancia de unos seis pies unos de otra. La misma disposición se repetía a la derecha. Aquel sector del dirigible tenía toda la apariencia de un mamparo fortificado.

La visita miró admirada cómo el capitán Werndorff sacaba un instrumento parecido a una ganzúa y lo metía en una hendidura practicada a un lado del espacio comprendido entre las puertas.

Se oyó un golpecito seco y la pared metálica se abrió hacia fuera. El capitán dio un paso atrás e hizo seña a su acompañante de que entrase.

Tollsburg penetró en una estancia donde reinaba la más completa oscuridad.

El comandante le siguió; se oyó otro ruido, ambos se encontraron encerrados en el mamparo.

El capitán Werndorff pasó la mano por la pared y una lucecilla brilló de pronto, iluminando el cuarto en el que se encontraban. Era una habitación pequeña y que carecía de ventana, un cuarto secreto a bordo del dirigible..., un lugar del que nadie hubiese sospechado la existencia.

-Este es el cuarto, Excelencia-dijo Werndorff, inclinándose-. Es pequeño, pero no he ahorrado nada para hacerlo habitable.

Apoyó la ganzúa en la pared opuesta y una puerta se abrió, revelando una pequeña alacena cuyos estantes estaban cubiertos de latas de conserva.

-Esto tiene una doble utilidad-explicó-. Contiene sus provisiones y es también un túnel de ventilación... Allí arriba-continuó, señalando una abertura en uno de los lados de la alacena-, hay comunicación con la litera de la pared y el aire pasa constantemente. Mantendrá usted la puerta de la alacena abierta mientras esté despierto; cuando duerma no tiene por qué preocuparse.

Luego, dando unos pasos atrás, Werndorff señaló la pared y marcó una hendidura con los dedos.

-Dos ganchos sostienen la litera-explicó-. No le será difícil maniobrarla. Prometí a Su Excelencia que estaría como la mente instalado en mi dirigible...

-Soy un polizón de lujo-contestó Tollsburg, con una sonrisa.

-Exactamente-aproximó comandante.

-Y ¿en cuanto a América?-preguntó Tollsburg.

-Nuestro lugar de destino es Chicago-declaró Werndorff-. Las condiciones atmosféricas serán perfectas y llegaremos a la hora indicada. Insistiré para que efectúen una inspección completa del dirigible para mi propia protección. Después de eso, podrá usted salir fácilmente. Lo arreglaré todo.

Hugo Tollsburg alargó la mano. El comandante del dirigible la cogió, apretándosela con calor. Los dos hombres se miraban como amigos entrañables.

-Werndorff-dijo el barón en tono bajo, pero claro-. Ha cooperado usted conmigo de un modo perfecto. Cuando le visité hace unos meses y le dije que deseaba ir a América sin que nadie se enterara, usted aprobó mi plan sin discutirlo y me preparó este sitio secreto para que realizara el viaje. Estoy dispuesto a emprenderlo y tengo confianza que todo ocurrirá tal como lo he planeado. Estas palabras son mi despedida. No volveré a bajar. Cuando lleguemos a los Estados Unidos, venga a este camarote y anúncieme cuando la vía esté libre.

-Le obedeceré-contestó el comandante.

-Recuerde esto-añadió Tollsburg-. Nadie debe saber que Hugo Tollsburg estaba a bordo del dirigible. Mi misión es extremadamente importante y ha de permanecer en secreto. Es su deber que así sea. Sea lo que fuere lo que ocurra en lo sucesivo, únicamente me interesa a mí. No debe quedar la menor huella de mi paso a bordo. ¿Comprende usted?

-Comprendo.

-Si necesita ayuda para sacarme de este dirigible, no confíe en nadie más que en su teniente, que es de su confianza; pero no le revele mi identidad. Se trata de una obra muy grande, Werndorff, y el secreto es la base del asunto.

-No hablaré nunca.

Y con esto dio fin la entrevista.

Una vez solo, el barón Hugo Tollsburg lanzó un suspiro de alivio. Sentía la corriente de aire fresco que pasaba por el ventilador, conectado con la alacena abierta.

Era polizón a bordo del «Europa». Al día siguiente, el gran dirigible se llenaría de pasajeros para su vuelo trasatlántico, y, con ellos, escondido sin que corriese el riesgo de ser descubierto, iría el misterioso polizón oculto en un cuarto secreto, hábilmente agenciado para recibirlo.

Tollsburg se sacó un sobre de grandes dimensiones del bolsillo de la chaqueta. El rostro enérgico e impasible del hombre y su bigote puntiagudo quedaron bien visibles al acercarse a la luz. Del sobre, Tollsburg sacó un fajo de billetes de Banco americanos y un pliego de papeles doblados.

Una sonrisa flotó por los labios de Hugo Tollsburg. Los ojos grises y fríos del barón inspeccionaron cuidadosamente el contenido del sobre. Satisfecho, Tollsburg volvió a ponérselo en el bolsillo, cerró la puerta de la alacena y permaneció de pie en el centro del cuarto secreto.

Completamente aislado del mundo exterior, protegido por gruesas paredes, el barón Hugo Tollsburg estaba dispuesto a emprender el largo vuelo secreto que le trasladaría, ignorado de todos, hasta la mitad del continente americano.

Introducido en el dirigible por el capitán de la nave, estaba confiado en el éxito de la misión que había emprendido.

No temía el viaje. Sereno y dueño de sí, se dispuso a entregarse al sueño.

Encontró la hendidura que indicaba el emplazamiento de la litera en la pared e introdujo la ganzúa. Los ganchos hicieron un leve ruido metálico y la litera bajó hacia el suelo, girando sobre goznes bien engrasados y revelando un espacio oscuro que recibía aire por medio del tubo de ventilación.

Al inclinarse Tollsburg sobre la linterna, un grito ahogado brotó de sus labios. Sus manos se levantaron en un esfuerzo desesperado para alejar un peligro insospechado. Su

cuerpo se retorció furiosamente, proyectando sombras alargadas y movedizas en las paredes del camarote secreto.

El grito había cesado sin que nadie le oyera, y en su lugar oyó un estertor, cada vez más débil.

Izado a medias en la oscuridad de la litera, el cuerpo de Tollsburg se quedó rígido, se echó atrás, como impulsado por una fuerza invisible y colgó grotescamente, sostenido por una fuerza desconocida-; de pronto, le soltaron y cayó como una masa al suelo.

Enterrado en el camarote secreto, el barón Tollsburg yacía inerte y sin vida.

Un polizón del dirigible "Europa" había encontrado una muerte cruel e inesperada.

¡Su misión acababa antes de empezar el vuelo!

CAPÍTULO II
LA SOMBRA OBSERVA

El dirigible «Europa» llegaba al final de su viaje. El gigante del aire se desplazaba con maravillosa estabilidad y sus poderosos motores guardaban invariablemente el mismo ritmo. Los pasajeros de salón de proa sonreían y hablaban entre sí mientras el dirigible cruzaba la noche.

El alba llegaría dentro de unas horas. Brillantes rayos de sol revelarían la presencia del, plateado rey del aire sobre los campos y llanuras del Midle West americano. El Atlántico había sido conquistado y el resto del viaje no ofrecía obstáculos.

El capitán Henric Werndorff entró en el salón, donde su llegada arrancó palabras de encomio al grupo de hombres que le vió. El comandante se inclinó, agradeciéndolas.

-Nuestro viaje está coronado por el más rotundo éxito-declaró-. ¡Es un triunfo para el dirigible como medio de transporte, caballeros! Siendo nuestro lugar de destino una ciudad del interior en vez de un puerto de mar, estamos probando la ventaja de transporte aéreo sobre el marítimo.

Sus ojos se posaron sobre un caballero sentado, en un rincón del salón y ambos hombres sonrieron como cambiando mutuos plácemes.

-Estuvo usted afortunado, señor Arnaud-dijo el capitán-. Su llegada al último momento a Friedrichshafen le ha permitido unirse a nosotros en este memorable viaje. Nos trajo usted la buena suerte...

Todos se volvieron al hombre a quien el comandante hablaba. Enrique Arnaud era considerado como un pasajero excepcional. Había reservado un billete por telégrafo desde Moscú y llegó al cobertizo de Friedrichshafen en el momento en que el "Europa" iba a partir.

Había algo en el aspecto de Enrique Arnaud que imponía respeto y despertaba el interés. Aunque americano, hablaba correctamente francés, alemán y ruso, permitiéndole esta circunstancia trabar conocimiento con Pasajeros de dichas nacionalidades.

El capitán Werndorff hablaba en alemán al dirigirse a Arnaud y cl americano le contestó en el mismo idioma.

-La buena suerte del «Europa»-dijo lentamente-, la debemos a la presencia de su comandante, el capitán Werndorff.

Un murmullo de aprobación coreó el cumplido. Enrique Arnaud, dueño de sí, siempre impasible, hablaba con acento de sinceridad. Sus ojos penetrantes miraban a Werndorff y el comandante se fijó en el extraño brillo que despedían. Tenía vagamente la impresión de que estos ojos le habían mirado antes de entonces.

Ahora que se encontraban en los Estados Unidos, los pasajeros se disponían a retirarse. Iban saliendo del salón uno tras otro y Enrique Arnaud fue uno de los últimos en hacerlo.

Lanzó una mirada de despedida a Werndorff y el comandante, obedeciendo a un impulso repentino, dio un paso adelante y tiró al americano de la mano.

-Señor Arnaud-dijo el comandante-. No recuerdo haberle conocido antes de ahora y, sin embargo, algo en su actitud indica que usted me ha visto en otra ocasión.

Una leve sonrisa arrugó los labios delgados de Arnaud, que tenia la misma expresión que una esfinge. Sus ojos ardientes escudriñaban el rostro de Werndorff. El comandante quedó asombrado cuando Arnaud le dijo:

-Este no es el primer viaje que hago con usted, capitán. Le he visto antes, y entonces, como ahora, a bordo de una nave de su mando...

-¿Quiere usted decir...?

-Durante la guerra, señor capitán. Recordará usted un vuelo sobre el mar del Norte, cuando una tormenta le obligó a volver al punto de partida. Aquella tormenta fue oportuna, capitán, oportuna para ambos. Mi misión consistía en lograr que la nave no llegara a Inglaterra...

-¿Usted estaba a bordo del L-43?

-Sí.

-¿Cómo miembro de la tripulación?

-Como polizón.

-¡Cómo polizón!

Al repetir las palabras de Arnaud, el rostro del capitán Werndorff palideció, tal vez al recordar aquel vuelo aventurado sobre el mar del Norte o... debido tal vez a otro motivo.

Enrique Arnaud notó el cambio de expresión del capitán y añadió unas pocas palabras que bien podían haber sido una sencilla explicación. El azar quiso que añadiesen más confusión a la que reinaba en la mente de Werndorff.

-Su superior subió a bordo del L-43 recordó Arnaud-. Un ayudante le acompañaba y... no volvió a bajar. Se transformó en polizón. Fue un ardid muy sencillo, capitán, pero tuvo éxito. Les entrañó a usted y a su superior, el barón Hugo Tollsburg.

Fue la mención de este nombre lo que hizo brotar de la garganta de Werndorff un grito ahogado. Del pasado surgían una serie de coincidencias.

Aquel hombre había sido polizón a bordo del L-43, subiendo al dirigible con Tollsburg.

¡Ahora, debido a un curioso cambio de circunstancias, el barón Tollsburg era polizón a bordo del “Europa”, mientras Enrique Arnaud era el pasajero!

¿Habría alguna relación entre ambos hechos? ¿Era Enrique Arnaud un hombre a quien el barón Tollsburg trataba de evitar? El comandante se sentía presa de la mayor perplejidad; pero se serenó al oír las últimas palabras de Enrique Arnaud.

-Me alegra viajar nuevamente con usted, capitán. Es un verdadero placer ser pasajero a bordo de su dirigible. Los polizones a bordo de estas naves no podían esperar otra cosa que la muerte si se les descubría. En estos tiempos de paz, reciben un trato razonable. Sin embargo, es preferible encontrarse en la lista de pasajeros.

Arnaud alargó la mano a Werndorff y el comandante del dirigible se la apretó. Luego, el americano dio media vuelta y salió del salón.

Werndorff permaneció pensativo. Con la barba en la mano, no se dio cuenta que la mirada perspicaz de Arnaud había sorprendido su reacción inmediata.

Era una coincidencia, Werndorff no dudaba de ello, lo que había traído aquel hombre a bordo del «Europa» como pasajero. Las reflexiones de Arnaud no podían ser otra cosa que un amistoso recuerdo del pasado.

Al hacer esta suposición, el comandante no se equivocaba, pero donde sí lo hacía era al no tener en cuenta sus propias reacciones.

No se daba cuenta que su rostro severo había traicionado sus emociones, hablando a Enrique Arnaud tan claramente como su boca hubiera podido hacerlo. Allí, volando sobre la tierra americana, Enrique Arnaud tuvo de pronto la seguridad que había un misterio a bordo del dirigible.

Después de salir del salón, el comandante del «Europa» se sentía todavía inquieto. Fue a su camarote y consultó la lista de pasajeros. Se enteró del número del camarote de Enrique Arnaud, el 28. Andando luego por el estrecho pasillo central. Werndorff se detuvo ante la puerta que llevaba dicho número.

Le satisfizo el comprobar que no se oía nada en el interior. Enrique Arnaud debía descansar.

No quedándole más que una ligera aprensión, Werndorff prosiguió pasillo abajo.

Al acercarse al extremo de la nave, algo ocurrió a sus espaldas. La puerta del camarote de Enrique Arnaud se abrió, y unos ojos brillantes siguieron al capitán, viéndole detenerse ante un mamparo de la izquierda y escuchar allí con atención. Cuando el comandante regresó por el pasillo, Enrique Arnaud no le espiaba ya.

El «Europa» cruzaba suavemente el aire nocturno. En el interior del camarote 28, Enrique Arnaud estaba de pie ante la puerta, escuchando. La luz se encendió de pronto y el americano se inclinó sobre su litera. Se irguió envuelto en los pliegues de un abrigo negro.

En unos segundos, Enrique Arnaud había desaparecido, y en su lugar se encontraba un ser de aspecto fantástico, una figura alta y misteriosa, vestida de negro, sombreado el rostro por un sombrero de ala ancha.

¡Enrique Arnaud se había transformado en La Sombra!

Una risa contenida que brotó de los labios invisibles anunció la identidad de la misteriosa figura. El tono de aquella siniestra burla era inimitable y ningún otro ser viviente hubiera podido emitirlo.

La Sombra, que perseguía a los criminales de todas las naciones, tomó pasaje bordo del «Europa» bajo el disfraz de Enrique Arnaud. La casualidad quiso que descubriera el hecho de que el capitán Werndorff tenía un secreto.

Adivinó la presencia de un polizón a bordo del dirigible, despertó los recelos del comandante y provocó la visita de Werndorff al lugar secreto donde el polizón estaba oculto.

Ahora, semejando un fantasma, La Sombra iba a investigar la situación.

Siguiendo su inclinación por todo cuanto olía a misterio, estaba dispuesto a saber más sobre el asunto, pues se le antojaba que la actuación del capitán necesitaba más amplias explicaciones.

La puerta del camarote 28 empezó a abrirse y unos ojos penetrantes recorrieron el pasadizo. Una mano enfundada en un guante negro se posó en el marco de la puerta por una figura humana, se detuvo un instante en esta posición, mientras sus ojos no se apartaban del lejano mamparo.

La pared metálica se abría lentamente hacía fuera. La Sombra vio que un hombre salía del camarote secreto, pero su cuerpo quedaba oculto en parte por la pared abierta que escondía asimismo su rostro. Al cerrarla, quedó completamente de espaldas.

El hombre llevaba en brazos algo abultado y no se volvió en dirección a La Sombra. En vez de esto, se encaminó al otro extremo del corredor con paso rápido.

Apenas se había ido cuando La Sombra salió del camarote 28, siguiendo rápida y silenciosamente al fugitivo.

No cabía duda alguna respecto al lugar adonde se dirigía éste. Al extremo del corredor se encontraba una escalera que llevaba a la funda del dirigible, encima de la nave propiamente dicha. Allí arriba existían pasadizos entre los distintos globos, y La Sombra creía poder encontrar el rastro del desconocido.

La suerte vino en su ayuda. Antes de que La Sombra hubiera dado media docena de pasos, la puerta de un camarote situado a alguna distancia en el corredor se abrió y dos oficiales del «Europa» salieron del mismo.

Al acercarse por el estrecho pasadizo hubieran tropezado infaliblemente con La Sombra, a no ser por la acción rápida de ésta.

En un segundo, La Sombra volvió a meterse en su camarote, cuya puerta se cerró al acercarse los dos oficiales. Volvió a abrirse y los dos hombres estaban todavía a la vista, cuando la asombrosa figura vestida de negro se encaminó velozmente a la escalerita del fondo del comedor, reanudando la persecución.

Masa negra e informe, La Sombra llegó a lo alto de la escalera. Frente a ella se extendía el pasillo que llevaba a la popa del dirigible. El interior de la enorme funda formaba una masa maciza sobre su cabeza, mientras el pasillo que corría debajo no estaba iluminado más que por unas cuantas luces de seguridad.

La mente activa de La Sombra trabajaba sin descanso. Estaba acostumbrada a medir el tiempo hasta reducirlo a segundos y a hacerlo con gran precisión.

La extensión del pasillo probaba claramente que el hombre que había salido del cuarto secreto, no había tenido tiempo de llegar al otro extremo hasta la llegada sobre los lugares de La Sombra.

Una lucecita brillaba en un puño cubierto de tela negra. La Sombra recorría el pasadizo de la funda, alumbrándose con su lamparita eléctrica. Había escotillas en algunos planos del dirigible, sitios por donde cargaban y descargaban mercancías. La luz de La Sombra se detuvo sobre la escotilla que se encontraba más cerca de él.

La escotilla no estaba cerrada. Alguien había abierto su puerta, dejándola caer en su sitio sin asegurarla. Las manos de La Sombra abrieron la ligera barrera y su cabeza y sus hombros negros se inclinaron sobre la abertura.

El suelo se encontraba a más de una milla de distancia y una multitud de luces infinitamente pequeñas marcaban el paisaje. El haz de luz proyectado por un faro aéreo señalaba el camino que el dirigible iba siguiendo. Los ojos perspicaces de La Sombra se fijaron en aquella señal intermitente.

La Sombra retrató mentalmente el terreno que se extendía a sus pies. De día, la observación no hubiera resultado fácil, pero de noche era empresa más ardua aún. Sin embargo, guiándose por medio del faro, el extraño observador, logró determinar la posición exacta del dirigible.

Aunque era demasiado tarde para perseguir al fugitivo, La Sombra se había enterado de su propósito y de sus actos. En algún punto del país, a unas millas ya de distancia del dirigible y miles de pies más abajo, un hombre había caído del «Europa» con ayuda de un paracaídas. Era una fuga notable y bien pensada. Nadie aparte de La Sombra se había dado cuenta de ello, ni pasajeros ni tripulación.

Al volver sobre sus pasos, La Sombra no pensó siquiera en proseguir la persecución. Otra tarea reclamaba sus cuidados y la forma vestida de negro bajó la escalerilla, poniendo un pie en el pasadizo de la navecilla. Se detuvo al cabo de un momento, ante la pared secreta.

Unos dedos enguantados recorrieren su superficie, deteniéndose en la estrecha hendidura que marcaba la orilla de la puerta secreta. En menos de un minuto, La Sombra había descubierto el mecanismo oculto.

Se oyó un ruido seco al penetrar una pieza de metal en la hendidura, la pared se abrió y La Sombra entró en el cuarto secreto. La puerta se cerró a sus espaldas, un segundo antes de que se oyeran pasos por el pasadizo. Los oficiales regresaban por el mismo.

Transcurrió media hora, y los primeros rayos de luz de la aurora empezaron a hacer brillar la superficie plateada de la poderosa nave aérea germana.

Aquellos primeros rayos de luz no penetraron hasta el pasillo central, desprovisto de ventanas. Aquel pasillo continuaba alumbrado eléctricamente y las bombillas que colgaban de su techo bajo revelaron el hecho de que la puerta secreta volvía a abrirse.

La Sombra salió al pasillo y la pared se cerró. Rápida y silenciosamente, el fantasma negro se metió en el camarote 28.

Aquella noche y aprovechando la última hora de oscuridad, un asesino había abandonado el «Europa» buscando la seguridad en la tierra que se extendía a sus pies. Antes de llegar a Chicago le quedaban al dirigible varias horas de vuelo. Mil millas se extendían entre la costa del Atlántico y la gran ciudad del Middle West, y en algún punto de aquel tremendo trayecto, el fugitivo había caído en paracaídas.

Bien podía suponer el desconocido que su huida no sería nunca descubierta.

Nadie podía sospechar el sitio ni la hora que había escogido al azar. Sin embargo, no había contado el criminal con La Sombra...

¡La Sombra sabía!

CAPÍTULO III
MISTERIO OCULTO

Otra noche había llegado. Atado a un poste gigantesco del aeródromo de Chicago, el dirigible «Europa» ondeaba orgullosamente, a fuerza de nuevo conquistador del aire y del océano.

Hacía horas que la gran nave se encontraba allí. Los pasajeros se habían ido, las formalidades tocaban a su fin. Después de recibir una calurosa acogida, el capitán Werndorff se había retirado a su camarote a bordo del dirigible.

Oyó llamar a su puerta y el teniente Salzburg entró. El capitán Werndorff le acogió con una sonrisa cansada. El teniente trajo un mensaje recordatorio.

-Falta media hora, señor capitán-dijo-. Vendrán a buscarle para el banquete que dan en su honor...

Werndorff asintió y, levantándose, cogió al teniente por el brazo.

-Carl-dijo en tono serio-. ¿No hay nadie en el pasillo?

-No, señor capitán.

-No se marche de aquí. Le necesitaré.

El comandante del dirigible salió de su camarote y se acercó por el pasillo a la puerta secreta del mamparo. Llamó suavemente con la ganzúa que se sacó del bolsillo, sin obtener respuesta. Werndorff sonrió. Desde luego el barón esperaría, tomando su llamada por un aviso de su visita.

Werndorff abrió la puerta secreta y encontró la estancia en plena oscuridad...

Era extraño... ¿Acaso estaría durmiendo el barón Tollsburg? Impaciente y alarmado, el capitán encontró el conmutador y alumbrar el cuarto.

Miró en derredor con asombro. ¡El camarote estaba vacío!

La puerta de la alacena estaba cerrada, así como la litera. No quedaba más que una alternativa... Hugo Tollsburg debió salir del dirigible sin esperar que viniesen a franquearle el paso. Sin embargo, Werndorff no podía convencerse de aquel hecho sin investigar un poco más.

Abrió la litera, dejándola caer al suelo.

Al igual que el cuarto estaba vacío. Habría sido posible para un hombre meterse en el interior y cerrarla para mejor esconderse, puesto que la litera estaba conectada con el tubo de ventilación y recibía aire fresco.

Werndorff cerró la litera y, volviéndose a la alacena, la abrió. Fue entonces cuando el capitán Werndorff dio un paso atrás con un grito de agonía, pues al abrirse la puertecita, una forma acurrucada cayó a sus pies.

Tendido grotescamente en el suelo, el cadáver del barón Hugo Tollsburg se encontraba ante él. Había caído de espaldas y su rostro lívido y sus ojos desorbitados miraban, sin verle, al capitán Henric Werndorff.

¡Crimen!

Un grito ronco salió de la garganta de Werndorff. Ahí estaba el hombre a quien respetaba y obedecía, asesinado en el escondrijo secreto en el que le había garantizado su seguridad personal.

Durante unos minutos que se le antojaron eternos, Werndorff contempló el rostro del muerto. Al final, la pena de la tragedia se suavizó y la consternación se apoderó del comandante.

Hombre que se fijaba en los más nimios detalles, Werndorff no sabia qué partido tomar. Había formado planes cuidadosos para que el barón saliera del dirigible con el teniente; pero ahora que la muerte del interesado los inutilizaba, el capitán estaba como aturdido.

La sed de venganza iba sobreponiéndose a cualquiera otra emoción.

Gradualmente, Werndorff recordó los acontecimientos que pudieron ocasionar la muerte del aristocrático polizón.

En Friedrichshafen, Werndorff estaba seguro que nadie había seguido al barón a bordo. ¿Quién estaba enterado de la existencia del compartimiento secreto a bordo del dirigible?

Únicamente los obreros de confianza que lo agenciaron, y sus conocimientos no eran completos, y Carl Salzburg, en quien el comandante tenía plena confianza también. Aparte de ellos, no quedaba más que el barón Tollsburg y Werndorff en persona.

A menos de que alguien se hubiera introducido en el dirigible antes de emprender el vuelo, debió penetrar en el cuarto secreto mientras el dirigible volaba entre Europa y América y sólo se podía sospechar de un hombre...

El comandante pensó en Enrique Arnaud.

¿Por qué no receló y obró de distinta manera cuando aquel hombre habló de polizones? Werndorff se maldijo por haberse equivocado. Si, Arnaud debía ser el culpable.

Con una sorda impresión de futilidad, el comandante empezó a buscar indicios o huellas. Inclinándose sobre el cuerpo de su difunto amigo, comprobó que habían registrado los bolsillos de Tollsburg, robándole su contenido, exceptuando unas monedas, una pipa y una petaca. El asesino resultaba también ladrón.

Werndorff prosiguió su inútil búsqueda en la litera. Allí descubrió, sin embargo, dos objetos que no le dijeron nada. El uno era una colilla cuyo extremo estaba cubierto de corcho y el otro un pedacito de papel arrancado a una hoja.

El cigarrillo olía a egipcio y Werndorff se fijó en que llevaba impreso el nombre “Paros”. Era evidentemente una marca importada y poco conocida.

El trozo de papel llevaba una firma, el nombre de Hugo Tollsburg, escrito dos veces.

Ya no encontró el comandante nada más y, envolviendo la colilla en el trozo de papel, se lo puso en el bolsillo. Miró el cadáver del barón con tristeza y recordó de pronto la conversación que sostuvo con Tollsburg en aquel mismo cuarto.

-Nadie ha de conocer nunca mi misión... Ha de quedar en secreto... pase lo que pase... no debe quedar la menor huella de mi paso a bordo...

Werndorff comprendió que era su deber que nadie se enterara de aquella extraña muerte. Al tomar esta decisión, el comandante del dirigible obedecía a un doble motivo..., en primer lugar su promesa al barón, y en segundo lugar, el cuidado de sus propios intereses.

Mal lo pasaría Werndorff si las autoridades, bien en su país, bien en América, se enterasen que había intentado desembarcar un polizón en Chicago. Un crimen misterioso no haría sino empeorar la situación, de forma que el silencio se imponía. Werndorff debía velar por su propia seguridad.

El hecho de que el tiempo trascurría se le apareció al aturdido comandante y le obligó a tomar una decisión. Abrió cuidadosamente la puerta del camarote, salió al pasillo y regresó a su camarote, haciendo seña al teniente Salzburg de que le siguiera. El joven oficial recorrió el pasillo en su compañía y esperó tranquilamente mientras Werndorff volvía a abrir la puerta secreta.

Al entrar en el cuarto, tal como se lo mandaba su comandante, Salzburg se quedó pasmado al ver al muerto. El joven teniente no conocía al barón Tollsburg y no tenía la menor idea de quién podía ser la víctima. Oyó el ruido metálico que hizo la puerta al cerrarse y se volvió, mirando a su superior a los ojos.

-Carl-dijo Werndorff con tono seco-; este hombre era amigo mío. Usted lo trajo a bordo del "Europa", aquí se quedó y yo tenía intención de introducirlo secretamente en los Estados Unidos. Ahora está muerto y la cosa no debe saberse nunca. ¿Me comprende usted?

El teniente asintió.

-Afortunadamente-prosiguió Werndorff-, nuestro vuelo ha sido un éxito. Dentro de tres días nos encaminaremos al Sur, hacia Río de Janeiro. Camino del Brasil, deseo que usted haga un trabajo importantísimo... es decir, que entre en este cuarto, que coloque el cuerpo de... mi amigo en una caja y lo saque al corredor. Añada usted un peso después de subirlo por la escalera y luego, por la escotilla... échelo al océano.

-Comprendo-contestó el teniente-. Yo cargo con la responsabilidad... Puedo fiarme de algunos hombres de la tripulación Por otra parte no es preciso que sepan cuál es el contenido de la caja.

-Exactamente-dijo el comandante-. ¿Cree usted que podrá hacerlo, Carl?

-Fácilmente, señor capitán.

Werndorff suspiró de alivio. Confiaba en Carl como en un hijo. Al traspasar aquel peso a su subordinado y dejar ente otros ayudaran a Salzburg, el comandante resolvía satisfactoriamente el asunto.

El capitán Werndorff se iba felicitando de su decisión de trasladarse en automóvil, al banquete dispuesto en su honor, pero no lograba olvidar la desgracia ocurrida a su amigo, el barón.

El deseo de venganza le quemaba la sangre. Palpaba en el interior de su bolsillo el pedazo de papel y la colilla encontrados en el camarote secreto.

Estaba convencido que Tollsburg fumó el cigarrillo y escribió sobre el papel; en consecuencia aquellos objetos no le ayudarían a encontrar la pista del criminal y únicamente señalaban el paso de Tollsburg a bordo del «Europa».

Werndorff decidió que no los necesitaba, y al cruzar el automóvil un puente, el comandante tiró el pedacito de papel por la ventanilla. Ayudado por el peso de la colilla, el paquetito pasó por encima de la baranda y cayó al río de Chicago.

¡Enrique Arnaud!

Sólo con pensar en aquel hombre, la rabia se apoderaba del capitán. Tenía la idea fija que Arnaud había estado en el camarote secreto y era responsable de la muerte de Tollsburg, dejando tras de sí a la colilla y el trozo de papel, por ser objetos sin importancia.

Werndorff no dejaba de comprender que sería inútil e incluso peligroso buscar a Enrique Arnaud, ahora que el hombre había salido de la jurisdicción del dirigible.

Únicamente en un punto Werndorff acertaba, es decir, al sospechar que Enrique Arnaud había estado en el camarote secreto, pero se equivocaba al creer que Enrique Arnaud

no había visto el papel ni la colilla. Arnaud los había descubierto, dejándolos allí donde estaban, pero anotándolos como indicios que Werndorff no había sospechado.

¿Por qué fumaría un flojo cigarrillo egipcio el barón, cuya pipa y petaca indicaban las preferencias en materia de tabaco? ¿Por qué también escribiría su nombre dos veces en un pedacito de papel?

Werndorff no había notado la diferencia en las dos firmas, ni tampoco se fijó en el principio de una tercera en el sitio donde quedó arrancado el papel.

Únicamente Enrique Arnaud observó estos detalles.

La Sombra sabia dos cosas acerca del asesino, sabía que fumaba una marca especial de cigarrillos, llamada “Pharos”, y también que pasó el rato intentando imitar la firma del barón Hugo Tollsburg.

Estos objetos... al igual que docenas de otras colillas y otros pedacitos de papel cubiertos de firmas, habían evidentemente sido echados por el tubo de ventilación, pero volvieron a caer dentro de la litera.

Su rencor hacia Arnaud apartaba al capitán de la verdad. Ni un solo instante se acercó a ésta, y poco se figuraba que en aquel mismo momento el hombre a quien había conocido bajo el nombre de Enrique Arnaud, estaba sobre la pista del asesino del barón.

¡La Sombra había visto, La Sombra había descubierto...! ¡La Sombra emprendía una nueva misión en calidad de vengador de un crimen misterioso!

Mientras el capitán Werndorff se dirigía a su banquete, La Sombra principiaba su trabajo. Sus agentes habían recibido órdenes concretas.

¡La Sombra seguía ya la pista del crimen que podía llevarle nadie sabia adónde... ni ella misma!

CAPÍTULO IV
LA PISTA

Por el camino que el dirigible «Europa» había seguido en su viaje trágico, un hombre solitario vigilaba, sentado en su coche parado en una carretera desierta. Aquel hombre era Harry Vincent, agente de La Sombra, cuyo rostro se veía por encima de la capota plegada de su cupé, a la luz intermitente del faro que iluminaba la noche.

Para Harry Vincent, aquella noche principiaba una nueva aventura. La vida de Harry estaba llena de aventuras desde el día en que se encontró con La Sombra. Hacia mucho tiempo ya que una mano misteriosa detuvo a Harry cuando iba a suicidarse; una voz susurrante le ordenó que le obedeciera y a partir de entonces Harry sirvió a un amo desconocido.

Instalado en Nueva York y teniendo a su disposición el dinero que necesitaba, Harry Vincent esperaba constantemente las órdenes de La Sombra. Joven, listo e inteligente, Harry demostró ser un excelente colaborador, siempre que La Sombra tuvo que combatir al crimen.

Durante el último mes, Harry no había tenido nada que hacer, y de pronto, poco antes de las doce de aquel mismo día, recibió una llamada telefónica de un corredor de bolsa llamado Rutledge Mann.

Aquello significaba instrucciones de La Sombra puesto que Mann era agente suyo, al igual que Harry.

Las instrucciones que Harry recibió fueron: trasladarse a aquel lugar solitario y esperar nuevos acontecimientos. Hacia dos horas que Harry había llegado, y continuaba esperando en el coche parado, en plena oscuridad, con la capota plegada, de acuerdo con las órdenes recibidas.

Un zumbido rítmico llegó de arriba. Inmediatamente Harry prestó atención, miró hacia el cielo y vió una luz revolotear y brillar tres veces consecutivas.

Era la señal que Harry esperaba; pero era distinta de la de un aeroplano ordinario. No se movía rápidamente en el cielo, sino que sostenía su posición momentáneamente, para alejarse y repetir la señal triple, semejando una gigantesca luciérnaga que buscara un sitio donde posarse.

Harry comprendía lo que motivaba aquel extraño aspecto de la luz. No se trataba de un aeroplano ordinario, sino de un autogiro, el tipo de nave aérea que La Sombra utilizaba con frecuencia. Harry estaba convencido que La Sombra en persona pilotaba el aparato.

El autogiro daba vueltas en el cielo... Harry puso el motor de su cupé en marcha, llevó el automóvil al centro de la carretera y arrancó lentamente en la misma dirección tomada por el autogiro de La Sombra.

De pronto, hubo un cambio en la seña de arriba. El color de la luz se hizo verde en vez de blanco. Era el último aviso que significaba que el aparato se preparaba para bajar.

Harry detuvo su coche y apagó los faros. Se apeó y subió a un margen de la carretera.

Las luces del autogiro continuaban enviando su señal verde, dando a conocer a Harry el lugar exacto donde iba a aterrizar.

Lentamente, el aparato descendió y Harry no tardó en divisar su enorme hélice que giraba horizontalmente. La forma del autogiro se borró al tomar tierra al lado de unos árboles. Harry echó a correr a campo traviesa.

Cuando el joven llegó a corta distancia del autogiro, vió una lucecita que brillaba claramente en la oscuridad de la noche y comprendió lo que significaba. La Sombra había bajado del avión y esperaba la llegada de su agente. Harry se detuvo a unos metros del hombre invisible que sostenía la lamparita. Vió la luz moverse y la siguió.

¿Qué buscaría La Sombra? ¿Por qué se habría dejado caer el misterioso personaje en aquel lugar desierto? Harry no acertaba a comprenderlo, pues no podía sospechar que La Sombra seguía una pista aérea, ni que el autogiro se había dejado caer siguiendo la misma trayectoria que el criminal del «Europa».

En silencio, Harry siguió al hombre que le precedía, apenas sin verle. Con ayuda de una lámpara más potente que la primera, La Sombra se entregaba a una búsqueda metódica.

De pronto, la luz se inmovilizó y una risa suave brotó de los labios del ser invisible. Harry se estremeció; había oído aquella risa antes de entonces, y él, agente de confianza de La Sombra, no tenía por qué temerla.

Sin embargo, su tono siniestro, extraño y algo en la mofa que implicaba, infundía pavor a todos cuantos la oían.

¡La risa de La Sombra!

-¡Venga!

La voz siguió a la risa y esta sola palabra hizo acercarse a Harry. El joven miró el lugar alumbrado por la lámpara. Allí, en el suelo de tierra blanda, se veía la huella de dos pies que presentaban esta asombrosa particularidad: a la derecha había el pie izquierdo y a la izquierda, el derecho.

Harry Vincent se fijó inmediatamente en este detalle, sin explicárselo, pero la risa de La Sombra le dio a entender que La Sombra lo comprendía. Un hombre, bajando en paracaídas, había aterrizado cruzado de piernas, siguiendo la verdadera técnica de una caída de este género.

¡Esas eran las huellas que La Sombra había venido a buscar! Eran el rastro del hombre que se dejó caer del dirigible.

¡La Sombra estaba sobre la pista del asesino de Tollsburg!

La luz se movió sobre el suelo y nuevamente Harry la siguió, viendo débiles huellas de pasos que se alejaban en dirección al grupo de árboles. Harry hubiera perdido el rastro, pero al

ojo de lince de La Sombra no se le escapaba nada. Con extraordinaria precisión, el portador de la lamparita eléctrica siguió el camino recorrido por el asesino.

Había matorrales entre los árboles y la lámpara se detuvo en uno de ellos, donde una rama rota le sirvió de indicio revelador. Obedeciendo a la orden susurrada por La Sombra, Harry separó las ramas del matorral, descubriendo una masa de tela arrugada que retiró. Harry abrió en el suelo los pliegues de un paracaídas.

Una vez más, los ojos penetrantes de La Sombra siguieron la pista que descubrían en el suelo. El camino llevó a los dos hombres a un terraplén. Allí había huellas en la tierra y éstas llevaban a la carretera, donde se confundían con el polvo.

Harry Vincent continuó andando detrás de la luz, que brillaba en una mano invisible. La atmósfera tenía algo irreal y la luz de la lamparita parecía sostenerse por si sola en el aire, moviéndose sin cesar.

Cuando finalmente se paró, fue en el lugar donde la vieja carretera rural se perdía en otra, empedrada. Allí Harry vió otra huella en una pequeña extensión de barro. Las huellas iban inclinadas hacia la izquierda. Esta era, pues, la dirección en la cual el hombre se había ido.

La luz se apagó y Harry Vincent sintió un miedo repentino en medio de las tinieblas.

De éstas surgió de pronto un murmullo débil. La Sombra hablaba con una voz siniestra que nada tenia de humana. Únicamente una vez antes de entonces Harry Vincent la había oído, dándose cuenta de la fuerza de mando de su misterioso amo y fue en la noche accidental durante la cual La Sombra le detuvo en el umbral de la muerte.

-Siga usted la pista-dijo La Sombra-. El hombre estuvo aquí anoche. Escogió este lugar al azar..., a las tres de la madrugada... Investigue... Entérese del lugar a donde se encaminó.

El joven comprendió estas breves órdenes. Alguien se había dejado caer desde el aire y La Sombra había descubierto sus huellas. Extraño en un lugar escogido por necesidad, el hombre debió buscar orientarse y sin duda alguna se detendría en la primera casa que surgiría a su paso.

-Comprendo-declaró Harry.

No obtuvo respuesta y vaciló, pensando en seguida en que debía continuar carretera abajo, hasta encontrar su coche. Con ayuda de éste, seguiría la carretera empedrada y la pista del desconocido hacia la próxima ciudad.

Harry era un buen investigador por cuenta de La Sombra y sabía cómo había de realizar el trabajo que esperaban de él.

Caminando a lo largo de la sucia carretera, Harry tenia la extraña ilusión que alguien se encontraba cerca de él. Esta impresión era intermitente; a ratos, Harry esta ha seguro que La Sombra estaba allí; pero de pronto tenia el convencimiento que su invisible compañero se había ido.

Al alcanzar su coche, Harry se sentó el volante y encendió los faros, iluminando la carretera delante de él. Unas extrañas y alargadas sombras negras se extendían a ambos lados y parecían mecerse mientras Harry las vigilaba; pero no pudo discernir si alguna de ellas era la de un hombre o tan sólo de algún árbol de la carretera.

Sacó el freno, el motor zumbó y Harry puso el coche en primera. Al arrancar el automóvil, oyó el ruido de un mecanismo y al mirar al aire, vió elevarse el autogiro. Rápida y silenciosamente, La Sombra había vuelto a su aparato y se alejaba con las luces apagadas. Únicamente el zumbido del motor delató su presencia. El rumor se apagó gradualmente, mientras Harry Vincent le prestaba atención desde su coche.

Harry sabía a qué tarea debía entregarse. La Sombra, cumplida la suya, se había desvanecido en las negruras de la noche.

Mientras Harry llevaría a cabo su sencillo trabajito, La Sombra tenía asuntos más difíciles que atender.

CAPÍTULO V
EN EL SANTUARIO

Otra noche había bajado sobre la tierra y con ella la oscuridad, pero no eran las tinieblas de la noche las que reinaban en aquel oculto escondrijo situado en un rincón de Manhattan.

Aquel lugar sufría la oscuridad debido a paredes y techo sin aberturas. Era un sitio en el cual la luz del día no penetraba nunca... el santuario de La Sombra.

¡Clíc!

El ruido seco hizo nacer la luz, una luz extraña que brillaba en un rincón y echaba rayos azuzados sobre la superficie de una mesa pulimentada. La pantalla de la lámpara mantenía en la sombra a la figura humana que estaba de pie a su lado.

Unas manos aparecieron debajo de la luz. Eran manos blancas y largas, reveladoras de tacto sensitivo combinado con poder latente. En el tercer dedo de la mano izquierda brillaba una joya espléndida, una piedra brillante, cuyos matices cambiaban constantemente.

De castaño oscuro se troncaron en malva para pasar luego a un intenso color de púrpura. ¡Era el emblema de La Sombra, un ópalo, su única alhaja, precioso trofeo sin rival en el mundo entero! Reliquia de las joyas de los Romanoff, La Sombra lo llevaba constantemente. Con su brillo misterioso, el ópalo traducía acertadamente la oculta personalidad de su dueño.

Cuando las manos de La Sombra aparecían bajo aquella luz, había trabajo para ellas. Aquella noche, se entretenían en una tarea importante; reunían los hilos de la información obtenida, con el fin de encontrar al asesino del barón Hugo Tollsburg.

Ante todo, las manos tomaron un informe de Harry Vincent. Este había llegado a poder de La Sombra durante el día. El ópalo brilló mientras la mano izquierda sostenía el papel, y el índice de la derecha marcaba un trozo importante del informe. Una risa baja resonó en la oscuridad mientras unos ojos invisibles recorrían las líneas escritas:

"Primer edificio lógico en la carretera... Estación de Servicio que pertenece a Asa Rothrock... a una milla y media... un hombre se detuvo allí a las cuatro de la madrugada... haciendo preguntas respecto a los pueblos vecinos...»

La Sombra continuó leyendo. El informe, de Harry era una mezcla de hechos esenciales y variados. Lo más interesante que de él se desprendía era que el agente de La Sombra había sin duda alguna encontrado la pista del hombre a quien La Sombra buscaba.

Harry Vincent se las había compuesto para hacer hablar a Asa Rothrock.

Dos noches antes, el dueño de la Estación de Servicio tuvo una aventura, que explicó a Harry, quien le escuchó con curioso interés.

Un forastero había llamado a la puerta de la casita de Rothrock, explicando a éste que él y un compañero habían sufrido una avería en el automóvil.

El forastero dejó que su amigo siguiera adelante con el coche averiado; pero él prefirió detenerse en aquel lugar y buscar alojamiento para la noche.

Al hablar con Asa Rothrock, el hombre consultó un mapa, demostrando sorpresa al enterarse que se encontraba tan sólo a unas quince millas de una ciudad llamada New Windsor.

Haciendo uso del teléfono de Rothrock, llamó a un garaje de dicha localidad y pidió que un coche viniera a recogerlo. Al tomar un tren de la mañana en New Windsor, el forastero declaró que podría seguir su viaje a Nueva York.

Rothrock le sugirió la idea de ir a una ciudad llamada Dalebury, donde podría tomar un tren directo en otra línea; pero el forastero prefirió New Windsor y allí se fue.

Al salir de la Estación de Servicio, Harry fue en línea recta al garaje de New Windsor. Allí, recordando lo que Asa Rothrock le había contado, el joven se presentó como el amigo del hombre que alquiló un coche en el garaje.

La historia de Harry estuvo bien ideada. Declaró ser el conductor de un coche averiado e inquirió si su amigo había decidido permanecer en New Windsor o si había continuado su viaje por tren. Se enteró entonces que el forastero tomó un expreso a las seis quince de la mañana.

Ni Asa Rothrock ni el conductor del garaje pudieron dar a Harry, una descripción clara del extranjero que constantemente se mantuvo en la sombra y ambos fueron vagos cuando se trató de recordar sus rasgos fisonómicos; pero en la estación, al preguntar por su pretendido amigo. Harry recogió un indicio.

El hombre llamó a alguien de Nueva York, por conferencia telefónica. La telefonista recordaba que el forastero se había dado a conocer a su interlocutor dando un nombre extraño. La telefonista no oyó claramente dicho nombre, que en la actualidad le había salido de la memoria.

Puesto que el forastero en cuestión era un amigo supuesto de Harry, fue preciso que éste anduviera con tiento al hablar. Logró hacerlo con éxito y declaró que, puesto que su amigo había tomado el tren, no había motivo alguno para que él esperara en New Windsor. Se enteró que el forastero no había comprado billete.

Estos hechos concluían el informe de Harry Vincent. La Sombra lo estudió rápidamente y sus manos apartaron la hoja, tomando otra.

Ésta la había recibido hacía una hora apenas y era un corto informe de otro agente. Cliff Marsland, manifestando que había vuelto a ponerse en contacto con los bajos fondos de Nueva York.

El hecho de que Cliff Marsland trabajara, demostraba que La Sombra no había perdido tiempo, en seguir la indicación de Harry Vincent respecto a la llamada telefónica a Nueva York.

Cliff Marsland era un valioso ayudante de La Sombra, hombre que gozaba de una ficticia reputación de pistolero y que tenía por costumbre surgir en los bajos fondos a intervalos.

Los ciudadanos de los barrios bajos consideraban a Cliff como a un pistolero de lujo. En realidad, Cliff estaba al servicio de La Sombra y sus relaciones con los jefes de cuadrillas le permitían a menudo prestarle grandes servicios.

El hombre que se dejó caer de un dirigible, era un criminal que se introdujo secretamente en América. Su llegada no era conocida de las autoridades de los Estados Unidos y La Sombra sospechaba que estaba preparando nuevos crímenes. A Cliff Marsland le tocaba vigilar en los bajos fondos para comprobar actividades, que pudiesen revelar un sello internacional.

El informe de Harry Vincent indicaba a las claras que Nueva York era la meta del hombre a quien perseguían. Para La Sombra lo obvio no era siempre lo más lógico. Una risa leve brotó de sus labios, mientras sus manos blancas abrían un mapa de grandes dimensiones sobre la mesa pulida.

Con los dedos señaló dos puntos en el mapa. Uno de ellos representaba la ciudad de New Windsor; el otro la de Dalebury. Al lado del mapa surgieron guías de ferrocarriles que La Sombra consultó.

El forastero dijo a Rothrock que iba a Nueva York; sin embargo, de acuerdo con mapas y guías, escogió la ciudad menos indicada para trasladarse a la capital. Dalebury se

encontraba más cerca que New Windsor del punto donde aterrizó, era una población de mayor importancia que la otra y tenía una línea directa para Nueva York.

¿Por qué escogería el asesino a New Windsor?

La Sombra lo sabía. Aunque el fugitivo del dirigible llamó a alguien de Nueva York, se deducía de lo que antecede que algo le llamaba a otra parte.

El tren que tomó se detenía en una estación de empalme donde, esperando una hora, podría tomar otro para Nueva York, pero al permanecer en el mismo convoy, el hombre podía escoger cualquier lugar de destino de Connecticut.

Los dedos de La Sombra señalaron dos ciudades: la una era New Haven y la otra Hartford.

Sus dedos se inmovilizaron y finalmente, como guiado por un pensamiento deductivo, el índice solo continuó moviéndose. Se posó sobre el puntito que representaba a Hartford. Ésta, reflexionó La Sombra, era la población que el hombre había escogido.

Desde su llegada a los Estados Unidos, desde el momento en que voló rápidamente hacia el este de Chicago, La Sombra había realizado milagros.

Su asombrosa memoria, su conocimiento de la navegación aérea, su rapidez en determinar la posición del dirigible..., todo eso le permitió dejarse caer del cielo al amparo de la noche y descubrir el lugar exacto donde el criminal había aterrizado en paracaídas.

El informe de un agente de confianza, dio a La Sombra un indicio respecto al probable lugar de destino del asesino y, por increíble que pueda parecer, La Sombra estaba siguiendo con éxito la pista de un hombre que tenía todas las ventajas en su favor. Sin embargo, pese a lo cumplido, La Sombra no se había enterado todavía del propósito que animaba al criminal.

Era preciso que descubriera el motivo que impulsó a aquel hombre a matar al barón Hugo Tollsburg. Si en aquel preciso momento estaba preparando un crimen, La Sombra no podría resolver el asunto sino después de su ejecución.

Para impedir futuros males, debía seguir de cerca las huellas del bandido.

La Sombra poseía una fuerte intuición y ésta le decía que unos acontecimientos nefastos se acercaban. La risa siniestra que dejó escapar tradujo sus pensamientos. El asesinato de Hugo Tollsburg, no podía ser más que el primer eslabón de una cadena de crímenes.

Un hombre que iba a desempeñar una misión secreta había sido muerto. No se le escondía a La Sombra, que la muerte de Hugo Tollsburg sería mantenida en el mayor secreto por los que la descubrirían y en algún punto del Estado de Connecticut un bandido peligroso se encontraba en libertad, oculta su identidad y desconocidos sus proyectos.

Aquella noche, La Sombra no podía hacer más que acercarse al probable escenario del crimen, esperando en la oscuridad la llamada del destino. A partir de entonces, La Sombra tendría una nueva oportunidad para obrar eficazmente.

La luz azulada se apagó y el cuarto quedó a oscuras. En el silencio reinante resonó de pronto una risa escalofriante que el eco prolongó unos segundos.

Antes de que se apagara totalmente, el santuario quedó vacío. La Sombra se había ido, trasladándose al lugar donde creía que la ola de crímenes iba a estallar.

Algo más tarde, un poderoso roadster re corría la carretera de Boston, dirigiéndose a toda velocidad a la frontera del Estado de Connecticut.

¡La Sombra se trasladaba a Hartford, la ciudad donde había decidido que el peligro acechaba!

CAPÍTULO VI
EL FALSO EMISARIO

La ciudad de Hartford es famosa por sus elegantes suburbios. Las residencias lujosas, rodeadas de hermosos jardines y sombreadas de añosos árboles, son numerosas en torno a la capital de Connecticut.

La casa de Winston Collister, caballero muy conocido entre los agentes de Seguros, tanto por su integridad, como por su fortuna, se contaba entre éstas.

El hogar de Collister era un hermoso edificio emplazado a alguna distancia de la avenida que sus grandes columnas, al estilo colonial, caracterizaban de un modo singular.

El interior de la morada de Collister era lujosísimo, y las habitaciones espaciosas muy bien amuebladas. Había en la casa numerosos criados que realizaban un servicio perfecto, y cuando los Collister recibían sus amigos, lo hacían con esplendidez. Sin embargo, por regla general, Winston Collister prefería pasar veladas tranquilas, evitando toda ostentación.

Aquella noche, cerca de las doce, Winston Collister estaba sentado solo en su biblioteca. Era un hombre alto, de tipo atlético y el aspecto joven de su rostro desmentía la edad que sus cabellos canos revelaban.

La medianoche era una hora tardía para el agente de Seguros, que se recogía por lo regular antes de las once, excepto cuando recibía o iba a alguna recepción.

Varios de los miembros de la familia habían retirado ya a sus habitaciones, mientras los dos hijos de Collister no habían regresado aún del centro de la población. Dos criados, Ducroe, el mayordomo, y Odgen, el lacayo, continuaban de servicio. Odgen fue quien se presentó en la puerta de la biblioteca para decir a Winston Collister que un caballero deseaba verle.

-Sí, sí, Odgen-dijo Collister-. ¿Le ha dicho este señor si estaba citado conmigo esta noche?

-He aquí su tarjeta, señor.

El millonario tomó la cartulina que llevaba el nombre siguiente:

Hugo Tollsburg

-Veré a este caballero, Odgen-declaró Collister-. Hágale pasar a mi despacho. En seguida voy allá.

El despacho se encontraba a alguna distancia de la biblioteca y era una habitación pequeña, situada en el ala de la casa.

Winston Collister se paseó unos momentos arriba y abajo cuando Odgen se hubo retirado, dejando a su visita el tiempo necesario para trasladarse a la habitación en la cual la entrevista iba a celebrarse. Luego muy tieso y erguido, el hombre de los cabellos canos fue a reunírsele.

Al entrar en el despacho, Collister se encontró frente a frente con un hombre de estatura mediana, cuyo rostro severo le daba un aspecto de importancia.

No representaba al típico eslavo; pero su bigote puntiagudo le daba un aire extranjero. Collister examinó detalladamente al forastero y sus ojos le impresionaron particularmente. Oscuros y de mirar fijo, no se apartaban del rostro del millonario. Eran los ojos de un hombre astuto y al propio tiempo revelaban un carácter de singular firmeza.

-¿Es usted el señor Tollsburg?-preguntó Collister.

-Soy el barón Hugo Tollsburg-contestó la visita, inclinándose tiesamente-. ¡A su servicio, señor Collister!

La voz del extranjero tenía un acento gutural, que disipó la ligera duda que Collister tuvo un momento respecto a su nacionalidad.

Winston Collister alargó la mano que el otro cogió, aceptando después de aquel apretón, la silla que el millonario le indicaba.

Collister ofreció cigarros que su huésped rehusó, sacando un cigarrillo. El millonario encendió un habano y se sentó, haciendo con voz indiferente una observación casual:

-Es una noche excelente...

-Una noche que uno podría esperar mucho tiempo-replicó el hombre que decía llamarse Tollsburg.

-Con el mundo en revolución...

Collister se detuvo en seco y miró fijamente a su visita. Esta respondió, tranquilamente con él resto de la frase:

-...es deber nuestro pacificarlo.

Winston Collister se recostó en su silla al oír estas palabras. Sobraban nuevas formalidades y habló con franqueza a su huésped

-Me alegro que haya venido-dijo-. He estado inquieto estos últimos días. Dígame, ¿ha visto usted al señor Ponjeau últimamente?

-Antes de salir de Europa. Siendo su emisario especial, fue preciso que conferenciara con él.

-Desde luego. ¿Le vió usted en Lausanne?

-Sí.

-Ponjeau es un hombre maravilloso-dijo Collister, pensativamente-. Cuando me visitó aquí, Tollsburg, comprendí su sinceridad en el instante en que empezó a hablar. Me complace cooperar a la gran obra que ha iniciado. Es un excelente jefe de asuntos internacionales.

-El señor Ponjeau es francés-replicó el forastero-. Yo soy eslavo. Hace menos de quince años éramos enemigos... Ahora somos amigos. Somos ciudadanos del mundo, el señor Ponjeau y yo... y usted también, señor Collister.

El tono serio del hombre, hizo que el millonario asintiera con un gesto de la cabeza.

En seguida, Winston Collister se levantó y dijo con dignidad:

-Había esperado entregar mi contribución al señor Ponjeau en persona; pero hace tiempo que comprendí que esto no sería prudente. Estoy, pues, dispuesto a confiarme a un emisario escogido por él. Desde luego, barón, llevará usted cartas credenciales...

La visita sonrió y se inclinó, sacándose un papel doblado del bolsillo y entregándolo a Collister. El millonario examinó el documento con cuidado y se fijó particularmente en la complicada firma de Arístides Ponjeau, estampada al pie de la hoja. Devolvió el papel a su huésped y recibió otro documento.

Éste también llevaba la firma de Ponjeau, junto con la de Hugo Tollsburg.

La firma iba marcada con punta de aguja, para evitar su alteración.

Collister dejó este documento sobre la mesa y, sin más tardanza, se encaminó a la pared y descorrió un tablero que escondía una pequeña caja fuerte. Abriendo la puerta le metal de la misma, Winston Collister sacó un paquete.

-Aquí está el dinero-dijo-. Representa mi gustosa contribución al gran plan le Arístides Ponjeau... El Tribunal Mundial de la Industria. Espero, señor Tollsburg, que obtengamos rápidamente el éxito que deseamos...

-Así lo espero también-contestó la visita.

-Comprendo... -prosiguió Collister-, que el éxito depende de una instalación adecuada. Bien provisto de fondos, el Tribunal Mundial se impondrá desde el día de su nacimiento. ¡Aquí, barón, se encuentra mi cotización... la suma de dos millones de dólares!

Collister abrió el paquete al hablar, descubriendo un fajo de billetes de Banco, de los Estados Unidos de mil dólares cada uno. Collister señaló el montón con la mano, pero el hombre que se hacía llamar Tollsburg meneó la cabeza.

-No es necesario contarlo-dijo con tono amistoso-. Su palabra me basta.

El millonario se inclinó y volvió a cerrar el paquete. Lo entregó a su interlocutor, quien se lo puso cuidadosamente en el bolsillo de la chaqueta.

Collister le miraba y añadió:

-He mantenido el asunto en el mayor secreto-anunció-. Nadie, aparte de usted, barón, sabe que he recogido este dinero y que lo he traído a casa. Desde luego, el señor Ponjeau recibió mi promesa, pero usted ha presenciado su ejecución.

El forastero se levantó y alargó la mano con sinceridad bien fingida. Al separarse ambos hombres, el visitante se volvió lentamente hacia la puerta.

Winston Collister le detuvo como si algo se le ocurriera de pronto, al ver la mano de su huésped recoger el documento que se encontraba sobre la mesa.

-La firma-dijo el millonario.

-Desde luego-replicó el otro.

Sus ojos astutos vigilaron a Winston Collister mientras éste sacaba pluma y papel. Estos objetos quedaron colocados sobre la mesa y Collister acercó una silla. El visitante se sentó y cogió la pluma. Con rasgos decididos, estampó su firma:

Hugo Tollsburg

Winston Collister recogió el papel que llevaba este nombre, examinando al mismo tiempo el documento que estaba sobre la mesa con el fin de comparar las firmas.

-Conservaré esto, barón-dijo- ...a fuera de recibo del dinero. Esto es cosa convenida. La finalidad que se persigue con la firma es establecer definitivamente su identidad. Le agradezco la cortesía, barón...

Collister calló de pronto y comparó más de cerca las firmas. El visitante le vigilaba con ojos brillantes. De pie con las manos en los bolsillos de la chaqueta, el hombre que se hacía llamar Tollsburg tenia agarrado el paquete de billetes de mil dólares con la izquierda, mientras la derecha se movía de modo significativo en el otro bolsillo.

-Tal vez esté equivocado, barón-dijo lentamente Collister-. Quizá sea un error, pero estas firmas no concuerdan como lo esperaba.

Levantó los ojos repentinamente y sorprendió el brillo de antagonismo en los de su interlocutor. La expresión del hombre se transformó en el acto, pero era demasiado tarde. En un segundo, las sospechas de Winston Collister se trocaron en un firme con vencimiento.

-¡Me basta con estas firmas, barón Tollsburg!- dijo Collister con frialdad-. Me dicen que usted no es el hombre a quien debo entregar el dinero y sus ojos me dicen el resto. ¡Es usted un impostor, un falso emisario!

La mano de Collister salió disparada para coger al intruso por la muñeca, pero el hombre fue demasiado rápido y lo esquivó. Con agilidad sorprendente, Winston Collister se abalanzó sobre el falso emisario, a la par que gritaba en voz alta:

-¡Odgen, Ducroe! ¡Venid en seguida aquí... a mi despacho!

El grito fue bastante alto para que pudiera oírse en toda la casa. El gesto rápido de Collister le permitió agarrar al impostor por el brazo izquierdo. El falso barón logró soltarse y dar un salto hacia la mesa, de la que recogió el papel en el cual había estampado la firma falsificada de un muerto.

Se echó el papel al bolsillo, junto con el paquete que contenía dos millones de dólares del dinero de Collister.

Se volvió para hacer frente al nuevo ataque del millonario, y al realizar el gesto, sacó la mano derecha del bolsillo. Un revólver brilló en su puño crispado.

Al dar Winston Collister un salto adelante, la puerta del despacho se abrió con violencia y dos hombres entraron. Eran los criados, Odgen y Ducroe.

Su llegada acabó con la posibilidad de huir sin derramar sangre. El falso Tollsburg, que hasta entonces buscó la manera de escapar rápidamente, obró de pronto con furioso ensañamiento.

Sus ojos lanzaron chispas, mientras su dedo apretaba el gatillo del revólver.

Se oyó un disparo y Winston Collister se detuvo en el acto de echársele encima. El millonario se desplomó con una bala en el corazón.

Los hombres que estaban en la puerta no vacilaron. La vista de su amo vilmente asesinado les espoleó y se abalanzaron sobre el criminal, intentando cogerle.

Si el falso Tollsburg hubiese avanzado pobre ellos, hay que dar por descontado que hubiese caído ante la furia de su ataque. Sin embargo, en vez de ello, se echó atrás y disparó rápidamente cuatro veces consecutivas.

Dos de los tiros iban destinados a Ducroe y lo tumbaron al suelo antes de que hubiera avanzado un metro y medio. Odgen seguía acercándose con frenesí, pero él también estaba destinado a ser víctima de las balas del criminal. Los dos últimos tiros, disparados a quemarropa, echaron el lacayo al suelo.

Tres formas humanas yacían sobre el entarimado, testimonio de la funesta labor del asesino. El camino de la puerta era libre y el falso Tollsburg no vaciló en tomarlo. Tres veces criminal en un solo minuto, dio un salto rápido hacia la salvación.

Seguido por los gritos que lanzaban las mujeres que se encontraban en el segundo piso, el criminal se dirigió a la puerta de la calle. Ésta se abrió cuando la alcanzaba y dos muchachos jóvenes, vestidos de smoking, se enfrentaron con él. Eran los hijos de Collister, que regresaban de la ciudad en aquel momento dramático.

El bandido se abalanzó sobre ellos, levantó el revólver y disparó el sexto tiro sobre el primero de sus antagonistas. El otro muchacho le golpeó la muñeca con gran presencia de ánimo, salvando de este modo la vida de su hermano.

La bala se alojó en el hombro del chico a quien iba destinada, en vez de acertarle en el corazón.

Caído uno de sus adversarios, el criminal luchó cuerpo a cuerpo con el otro.

EL joven Collister era delgado; pero fuerte y nervioso y, durante un momento, resistió el ataque del criminal. De pronto, la mano derecha de éste se soltó y cayó el revólver sobre el cráneo del chico, que se desplomó sin conocimiento.

El tiempo perdido en la puerta, puso al fugitivo en la situación más crítica con que se encontró hasta entonces. Al bajar corriendo la escalinata, entre las grandes columnatas coloniales, el impostor se vió cerrado el camino por un hombre vestido de uniforme. Un policía había oído los tiros y llegaba a la casa con el revólver en la mano.

Al ver el arma reluciente en la mano del asesino, el policía se paró en seco y disparó. Su primer tiro no dio en el blanco, como tampoco el segundo, aunque la bala silbó al oído del criminal. Éste no contestó al fuego que sufría, puesto que la cámara de su revólver estaba vacía.

El policía no acertó a comprender este hecho y esta ignorancia le hizo víctima de la astucia del criminal. El tercer tiro hubiera sin duda alguna tumbado al malhechor; pero el policía, al ver el cañón de un revólver metido directamente bajo sus narices, lo esquivó instintivamente antes de disparar.

En un santiamén, el asesino se le echó encima y al luchar, el revólver fue arrancado de la mano del policía. Se oyó un tiro y el representante de la ley cayó muerto por una bala de su propia arma.

El asesino escapaba. Atravesando la avenida, llegó a un camino, perseguido por los gritos de algunos hombres que corrían por la calle. Varias personas llegaban al lugar de los sucesos; pero la vista del policía muerto les hizo vacilar antes de seguir al fugitivo.

Los gritos que se oían en casa de Collister, hablaban de la obra mortífera realizada en la misma. Los que llegaban y habían presenciado la huida del criminal prefirieron la luz de la mansión a la oscuridad del camino situado frente a la avenida.

Abriéndose calle a pesar de todas las resistencias, el impostor había huido.

Únicamente Winston Collister que estaba muerto, hubiera podido dar el motivo de esos locos crímenes. El falso barón Tollsburg, huyendo en las tinieblas, había empleado la fuerza, únicamente porque la astucia le falló.

En el bolsillo llevaba la fortuna en cuya busca había venido.

¡Se llevaba la friolera de dos millones de dólares!

CAPÍTULO VII
EL MISTERIOSO INVESTIGADOR

El inspector Golshark de la policía dc Hartford estaba de pie en el despacho de Winston Collister y su entrecejo fruncido traicionaba la ansiedad que le embargaba. Algunos detectives y policías silenciosos le rodeaban sin que ninguno de ellos hiciera la menor sugestión.

-Es un caso embrollado-rezongó el inspector-. Si tuviésemos tan sólo una persona que pudiese decirnos algo, sería distinto; pero con Collister muerto..., sus dos criados muertos también...

El inspector se encogió de hombros, miró a los que le rodeaban, masculló algo referente a un atajo de maniquíes y llamó por teléfono a la comisaría general de policía.

-¿Imposible echarle el guante al tipo que escapó?-preguntó-. Sí, hace ya cerca de una hora. Recoged a todos los sospechosos que andan por ahí. Es la única probabilidad que tenemos. Son muchos los que le han visto... pero nadie ha podido echarle una buena mirada...

Un policía entró en el cuarto y habló el inspector Golshark, que le escuchó con atención. Un caballero había llegado para ver a Winston Collister, declarando ser amigo del difunto millonario.

-Hágale pasar-rezongó el inspector-. Vendrá más de uno como él... más vale que nos preparemos.

Unos minutos después, un hombre alto y bien vestido penetraba en el despacho. Golshark le lanzó una mirada indiferente, pero siguió estudiando su aspecto, pues el visitante era un hombre que llamaba fuertemente la atención.

No hubiera sido fácil decir su edad exacta..., tal vez cuarenta años, tal vez más. Su rostro tranquilo y enérgico parecía obra de un escultor.

A la luz del despacho, aquel hombre de faz impasible miró al inspector con ojos brillantes y penetrantes que molestaron levemente a Golshark.

-¿Quién es usted?-preguntó éste-. ¿Un amigo de Winston Collister?

-Sí-repuso el visitante con voz moderada-. Me llamo Enrique Arnaud y acabo le llegar en coche de Nueva York. Tenía intención de visitar al señor Collister esta misma noche y me he detenido a pesar de la hora avanzada. Acabo de saber por el policía que está en la puerta... que ha habido una tragedia aquí...

-Winston Collister ha sido asesinado-declaró el inspector-. Dos de sus criados y un policía han muerto también.

Enrique Arnaud asintió pensativamente.

-¿Hay alguna pista para seguir al asesino?-preguntó con voz suave.

El inspector Golshark dio un leve respingo. ¿Quién era aquel hombre?

Después de que se había declarado abiertamente amigo del millonario muerto, no había motivo alguno para que se le cerrara la puerta del hogar de Winston Collister, pero algo en las palabras de Arnaud intrigaba al inspector.

Éste comprendió que se las tenía que haber con un hombre sumamente inteligente, fríamente capaz de llevar a cabo su propia investigación.

La explicación de Arnaud referente a su presencia allí era plausible. El inspector Golshark la aceptó; pero con las debidas reservas. Le habría sorprendido al inspector saber, que poco menos de veinte minutos antes aquel hombre se encontraba en la comisaría de policía.

En realidad, Enrique Arnaud supo la muerte de Winston Collister, por el sencillo medio de detenerse en la comisaría, para enterarse de los últimos crímenes cometidos en la localidad.

En medio de la confusión que siguió al informe de la matanza realizada en la mansión de Collister, Arnaud supo lo que deseaba sin hacer una sola pregunta. Era aquella visita la que motivaba la presencia de Arnaud en casa del millonario y no la imaginaria amistad existente entre él y el desgraciado caballero.

-¿Qué detalles se conocen sobre la muerte de Winston Collister?-inquirió Arnaud con tono plácido.

A pesar de su antagonismo momentáneo, el inspector Golshark empezó a relatar lo sucedido... tal como la policía había podido enterarse de los hechos.

-Había un hombre en este cuarto-anunció-. Todavía ignoramos quién era y nos figuramos que debió introducirse aquí, siendo descubierto por Winston Collister. Desde el piso superior le oyeron llamar a los criados a gritos... es decir, a Ducroe y Odgen, que entraron corriendo.

"El asesino los mató a todos, a Collister y a los dos criados; luego escapó por la puerta delantera en el preciso momento en que los hijos de Collister regresaban. Tumbó de un tiro al joven Harry, deshaciéndose del otro, Jerry, de un culatazo.

"El policía Luchner oyó los tiros desde la venida. Llegó corriendo, y el asesino lo mató también, huyendo entonces al otro lado de la calle. No se le ha vuelto a ver...

Enrique Arnaud asintió.

-¿Hay algo que motive estos crímenes?-inquirió.

-Que sepamos, no-contestó rápidamente Golshark-. Hemos abierto la caja que está empotrada en la pared... la señora Collister nos ha dado la combinación..., pero no falta nada. Hay en el interior varios artículos de valor... todos intactos. La señora conocía el contenido de la caja. Lo que pensamos es que el sujeto ése se introduciría para robar; pero que quedó descubierto antes de hacerlo y mató para escapar... nada más.

Nuevamente, Arnaud asintió. Miró al suelo y en derredor y preguntó todavía:

-¿Dónde están los cadáveres?

-Los han sacado ya-dijo el inspector-. Collister estaba aquí, Odgen ahí y Ducroe un poco más lejos. Esto lo hemos puesto en claro. Mató al dueño y luego a los criados cuando vinieron en su ayuda; después echó a correr.

-¡Es una gran desgracia!-susurró Arnaud, con tono solemne-. Resulta un verdadero golpe para mí y no sé si continuar hacia Massachussets o regresar a Nueva York. ¿No le importa que me quede aquí algún tiempo más?

-Quédese, desde luego-contestó el inspector-. Tal vez...-y se detuvo para sonreír-, encuentre usted algo que hemos pasado por alto.

-Quizá-replicó brevemente Arnaud.

El visitante salió del despacho y el inspector Golshark dio un codazo a uno de los detectives para darle a comprender que le siguiera. Al cruzar Arnaud el vestíbulo y penetrar lentamente en la biblioteca, el sabueso estaba a su lado.

Enrique Arnaud se sentó en una silla mientras el detective cruzaba la estancia y miraba por la ventana

Fue mientras los ojos del hombre no estaban fijos en él, cuando Enrique Arnaud vió un pequeño objeto blanco en el suelo. Alargó la mano y lo recogió. Era una tarjeta de visita y Arnaud leyó el nombre que llevaba al ponérsela en el bolsillo.

Diez minutos después, el inspector Golshark entró en la biblioteca y vió a Enrique Arnaud que descansaba con los ojos semi cerrados. La visita despertóle de su letargo, sobresaltado, y sonrió débilmente.

-Ya me encuentro mejor-hizo observar-. Esta larga carrera... y el choque de la muerte de Collister... las dos cosas han sido demasiado para mí. Creo que voy a regresar a Nueva York.

-Siento que no pueda ayudarnos-declaró el inspector con un dejo de ironía.

-¿En qué forma?-preguntó Arnaud.

-Reconstruyendo el crimen-dijo el inspector-. Usted parecía tan ansioso por conocer los detalles que pensé que tal vez habría dado con una pista.

Los ojos de Enrique Arnaud brillaron de pronto y sus labios se apretaron. Se levantó y se enfrentó con el inspector como desafiándole. Aunque serena, su voz contenía un sarcasmo más pronunciado aún que la del policía.

-Tengo algunas sospechas-dijo Arnaud-, y presumo que le interesaría oírlas. El crimen, inspector, es a menudo cosa de detalle. Tengo una habilidad especial para reconstruir escenas, en parte por medio de la deducción y en parte debido a la intuición. Los acontecimientos de esta noche, tal como los veo, empezaron en este cuarto.

El inspector fruncía el entrecejo con perplejidad. Adivinaba el reto de la voz de Arnaud. ¿Acaso el hombre escondía algún propósito suyo o realizaba aquella visita casual con un fin determinado?

-Winston Collister-resumió Arnaud estaba leyendo en este cuarto-. Es evidente que esperaba una visita o de otro modo no se habría encontrado solo aquí a medianoche, con los criados todavía levantados; además, podía haberle bastado leer un solo libro continuamente en vez de escoger varios de ellos y dejarlos a un lado.

Golshark miró hacia donde Arnaud señalaba y vió tres libros en la mesa al lado de la silla que había ocupado este último.

Arnaud volvió los ojos hacia las estanterías; Golshark le imitó y vió el sitio vacío dejado por los libros. Al lado mismo se veían otros libros fuera del alineamiento general.

-Eso denota impaciencia-explicó Arnaud-, Winston Collister empezó a sacar libros y más libros. La llegada de su visita, anunciada por uno de los criados, le hizo trasladarse al despacho.

El inspector Golshark fruncía el entrecejo. Vió a Arnaud señalar con el índice un cenicero que contenía la colilla de un cigarro.

-Collister estaba fumando-observó Arnaud-. Este es un detalle importante, inspector. Venga conmigo... tal vez descubramos lo que ocurrió cuando Winston Collister salió de esta habitación.

Haciendo una seña al detective, Golshark siguió a Arnaud al despacho. Los demás miembros de la policía se habían retirado. Con tan sólo el inspector y el detective por auditorio, Arnaud prosiguió su discurso.

-Una caja de cigarros-comentó, señalando a la mesa-. Winston Collister ofreció uno a su visita. Es evidente que el hombre prefirió un cigarrillo..., de una marca especial, inspector; De modo que Collister encendió un cigarro y lo fumó, pero tan sólo breves momentos. Aquí está... en el cenicero.

Cosa bastante singular, el inspector Golshark se reprochaba violentamente su estupidez. Hasta entonces estuvo convencido de que Collister había sorprendido a un intruso y pasó por alto aquel indicio que era tan obvio.

-El examen probará que el cigarro, es de la misma marca que el que se encuentra en la biblioteca-prosiguió Arnaud-. Podrá usted hacerlo luego. Lo que nos interesa ahora es la conversación que debió sostener entre Collister y su visita. El hecho de que Collister dejase tranquilamente su cigarro a un lado indica que realizó unos gestos antes de ser atacado. Siento

que haya abierto la caja de la pared, inspector; de otro modo tal vez me habría sido posible probar que Collister sacó algo de la misma. Todo esto son suposiciones; lo que sé de cierto es que Collister dejó un objeto sobre la mesa..., es decir, no tan sólo un objeto, sino unos papeles.

Golshark recordó haber visto a Arnaud examinar la mesa, cuando estuvo en el despacho la primera vez. Se quedó maravillado mientras el original investigador señalaba lo que él no supo ver.

-Está algo polvorienta-hizo observar Arnaud, señalando la mesa-. Lo suficiente para que un objeto colocado aquí, tal vez un paquete, deje señales. Fíjese en las huellas de los dedos que recogieron el objeto. Se ven dos manos que resbalaron, algunas pulgadas aparte una de otra.

El inspector Golshark miraba con asombro y el detective le imitaba. Enrique Arnaud señaló tranquilamente otro sitio en el que se veía una muy ligera impresión, subrayada por una manchita, e indicó una repetición de este fenómeno en un lugar de la mesa delante del cual se encontraba una silla.

-Algún documento-comentó Arnaud-. Un documento, dejado aquí. Supongamos, inspector que la visita ensañara credenciales a Winston Collister y que, en cambio Collister le diese un paquete, solicitando entonces un recibo. Este bloque de papel... Arnaud se detuvo para señalar al inofensivo objeto colocado a un lado de la mesa es nuevo. Le falta tan sólo una hoja, como puede usted comprobar al examinarlo. Tinta y pluma...; nuestro visitante desconocido firmó y... entonces...

-Entonces ¿qué? -preguntó Golshark a pesar suyo.

-¡Entonces se armó la gorda!-afirmó Arnaud-. Estampó una firma que no resultó satisfactoria. El visitante había recibido lo que quería, pero Collister quiso hacérselo devolver. Resultado... un crimen... El asesino huyó con sus credenciales, su firma y lo robado...

-¡Sí, eh! Espere un minuto- Golshark había llegado al cabo de su paciencia-. Vamos por partes. Usted dijo algo respecto a un cigarrillo. Supongo que el tipo que huyó fumaba uno, ¿no?

-Lo fumaba.

-¡Oiga... parece que usted sabe mucho respecto a esto!

-Conozco las costumbres de ciertos criminales.

-¿Si? ¿Tal vez conoce usted a éste?

-No; podría decirle el nombre con el cual ese hombre se presentó, pero no puedo todavía revelar su verdadera identidad, como tampoco sé lo que vino a buscar aquí.

-Si cree usted que se está pasando de listo...-rezongó Golshark con antagonismo-, ya es hora de que se saque la idea del seso. ¿Qué es ese cuento tártaro de un tipo que fumaba un cigarrillo?

Enrique Arnaud levantó la mano: el inspector Golshark le miró con ojos furibundos y calló. Había algo en el gesto de Arnaud que hablaba de su intención de probar su teoría.

Con el mayor cuidado, Arnaud levantó el cigarro del cenicero y lo dejó en la mesa, señalando su extremo quemado.

-Este cigarro-declaró-, fue fumado más tiempo que el necesario para fumar un cigarrillo. Aquí en el centro del cenicero vemos un poco de ceniza fina que indica un cigarrillo. El fumador acabó su cigarrillo. Naturalmente, cuando hay al alcance un buen cenicero, uno deja caer su cigarrillo dentro, esperemos, inspector, que este cenicero fue vaciado recientemente. De ser así, no encontraremos más que una colilla en el interior, la de un cigarrillo de marca poco corriente, que lleva el nombre “Pharos” en la punta de corcho. Recuerde usted este nombre... “Pharos”.

Mientras hablaba. Enrique Arnaud cogió el cenicero, lo volvió y un pequeño objeto blanco cayó del mismo.

Al volver a dejar Arnaud el cenicero en su sitio, el inspector se abalanzó y se apoderó del objeto que había caído. Era una colilla con el extremo de corcho.

Golshark la examinó mientras el detective miraba por encima de su hombro.

Leyó la marca que constaba de una sola palabra: “Pharos”.

El inspector Golshark estaba estupefacto. Sus labios se movían como si murmurase palabras de asombro. Transcurrieron tres segundos antes de que se diera cuenta que este notable descubrimiento, corroboraba las demás declaraciones hechas por Enrique Arnaud.

Con un gruñido seco, Golshark tiró la colilla sobre la mesa, apartó al detective a un lado y se volvió para enfrentarse con Enrique Arnaud.

-¡Eh, usted...!

Se detuvo en seco, parpadeando con rabia.

¡El hombre a quien hablaba ya no se encontraba allí! Luego de colocar el cenicero sobre el suelo, Enrique Arnaud había salido de la estancia mientras Golshark y el detective se echaban sobre la colilla.

-¡Detened a ese sujeto!-gritó Golshark, dando empujones al detective-. ¡Traédmelo... sabe demasiado...!

Salió corriendo del cuarto, seguido de cerca por el detective. Al llegar al vestíbulo, sus gritos atrajeron a un policía estacionado en la puerta.

-¿Dónde está?-preguntó Golshark. Arnaud... Aquel tipo que todo lo sabe...

-Ha salido, inspector.

-¡Cogedlo! Tal vez sea el hombre que andamos buscando... el asesino. ¡De prisa!

Golshark parecía un toro enfurecido. Al llegar a la puerta, vió una alta figura que se alejaba por la acera de la avenida. Sacándose el revólver del bolsillo, el inspector le mandó a gritos que se detuviera.

-¡Eh, Arnaud! ¡Le necesitamos a usted!

Una risa burlona surgió de las tinieblas Su tono fantástico estremeció a Golshark. Mascullando un juramento, el inspector levantó su revólver y disparó.

Otra explosión de alegría retadora llegó a sus oídos. Golshark dio un salto adelante al oírla.

-¡Detenedle, detenedle! !Corred!

Otros policías acudían a los gritos de Golshark, y se desparramaron en varias direcciones, con la esperanza de descubrir al hombre que había desaparecido tan rápidamente. Lanzando locas imprecaciones, Golshark permaneció solo en la acera.

Un coche pasó por la avenida a toda velocidad. Únicamente sus faros delanteros estaban encendidos. Golshark le vió pasar, notando que la lucecita trasera estaba apagada, lo que no le permitió leer el número de la placa.

Para Golshark el paso de aquel coche significó nada, hasta que oyó el grito estridente que brotó de su interior.

!Otra vez aquella risa! Alta, prolongada y escalofriante, rasgaba la noche con siniestra alegría. Los juramentos murieron en labios del inspector. Vió el coche meterse por una calle lateral, desvaneciéndose en la obscuridad reinante, pero los ecos de la risa persistían.

¡La risa de La Sombra! Aunque el inspector Golshark no la oyera nunca hasta entonces, la reconoció como distintivo de algún personaje asombroso, y para sus adentros se confesó, que el hombre que la profirió era demasiado listo para ser detenido en aquella ocasión.

El investigador misterioso se había ido. Se presentó bajo el nombre de Enrique Arnaud y se fue como La Sombra. A pesar de haber llegado demasiado tarde para descubrir el lugar donde el crimen iba a cometerse, La Sombra encontró nuevos indicios.

Vió las huellas del crimen una hora después de ser cometido y seguía de cerca la pista del super criminal, al que el asesinato servía de estribo para alcanzar la riqueza.

Aquello no era más que el principio de una serie de atentados. La Sombra sabía que otros seguirían, pero hasta alcanzar más de cerca al criminal desconocido, La Sombra no podía hacer otra cosa que seguir sus huellas.

No tenía por costumbre esperar que los criminales dieran sus golpes para obrar, y antes de que aquél volviera a hacer de las suyas, encontraría algún sistema para desbaratar sus propósitos. En Nueva York, La Sombra tenía ya a un agente de confianza que realizaba una tarea importante.

Al día siguiente, por la noche, si La Sombra no se equivocaba en sus cálculos, llegaría a relacionar algunos malhechores de Manhattan, con el atrevido asesino que sembró la muerte en Hartford.

La Sombra se trasladaba a Nueva York. Allí encontraría tal vez la explicación deseada.

CAPÍTULO VIII
EN LOS BAJOS FONDOS

Varios crímenes habían sido cometidos en Hartford. En Nueva York estaban en preparación. Veinticuatro horas después de los atrevidos asesinatos ocurridos en la capital de Connecticut, Cliff Marsland comprobaba los indicios inconfundibles de crímenes proyectados en los confines de Manhattan.

Cliff Marsland gozaba de una reputación envidiable en los bajos fondos de Nueva York. Estuvo una temporada recluido en penitenciario de Sing Sing, llamado también la “casa grande”. Desde su puesta en libertad, vivía próspero, sin que la policía le molestara.

Esto le clasificaba entre los ases de la gente del hampa. Siempre que Cliff Marsland aparecía en los bajos fondos, traía un rollo de billetes de Banco imponente.

Sin estar afiliado a ningún gong determinado, Cliff gozaba de libertad de acción entre los pistoleros sin sufrir nunca observaciones por parte de las autoridades. Constituía una clase aparte. Se sabía que en digno de confianza; pero al propio tiempo ignoraban a qué actividades se entregaba.

La gente del hampa no se daba cuenta, que Cliff Marsland había ido a la cárcel por un crimen que no cometió y que aceptó este castigo con el fin de mantener limpio el nombre del hermano de la muchacha a quien amaba.

Únicamente La Sombra conocía esta historia, y a causa de ella tomó a Marsland a su servicio. Cliff era un triunfo en el juego de La Sombra, y en la actualidad La Sombra hacía uso de él.

Cuando Cliff volvía a los bajos fondos tras un período de ausencia, frecuentaba inmediatamente los lugares donde se reunían los gangsters de importancia.

Éstos le recibían con agrado y hablaban con él. Su rostro de jugador de póker les incitaba a darle informaciones. Cliff Marsland se enteraba de mucho en poco tiempo. Esto era lo que estaba haciendo en aquel momento.

Cliff estaba en el Palacio de la Habana, un club nocturno frecuentado por los pistoleros de categoría que iban allí con sus compañeras. Estaba allí siguiendo órdenes de La Sombra, deseoso de entrar en contacto con criminales de cierta envergadura.

Uno tras otro, Cliff habló con viejos conocidos. Metido en un rincón apartado, lejos de la atestada pista de baile, escuchaba las noticias que le daba un pistolero de rostro astuto, conocido por el apodo de “Skeeter” Wolfe.

-¿Siempre elegante, eh, Cliff?-decía «Skeeter»-. ¡Bien, bien, las cosas tampoco no me van del todo mal, chico, no del todo mal!

-Ya me conoces, «Skeeter»-contestó Cliff-. Nunca me falta parné, pero no tengo costumbre de dejar escapar las buenas ocasiones. Me pongo salsa mientras está caliente...

-¿Has encontrado algo que vale la pena, Cliff?

Cliff Marsland se encogió de hombros y una leve sonrisa se dibujó en sus labios de firme contorno.

-Todo viene de mi manera de conducir los asuntos, "Skeeter"-dijo sabiamente-. Me parece que si un tío importante necesita cuatro hombres ordinarios para cierto trabajo, se pondrá en razón cuando encuentre a uno solo que le hará la faena de cuatro.

»Le tiene más cuenta y representa más pasta para el tío que realiza la faena..., claro está. Uno calla, pero cuatro no. ¿Me comprendes?

-Yo callo siempre, Cliff.

-Desde luego, «Skeeter». Tú estás trabajando en algo ahora. Guárdatelo para ti... Para eso te pagan.

-¿Cómo lo sabes?-preguntó «Skeeter», en el colmo del asombro.

-"Skeeter"-dijo Cliff, riendo-, si el tío que te emplea necesita otro nombre en la lista de asistentes, dile que venga a verme. Dile que sé callarme también... y disimular además.

-¿Qué quieres decir?

-Pues que tú, por ejemplo, no te enterarías si estuviera haciendo algo importante, pero sólo con mirarte veo que tienes una faena entre manos.

-¡Lo has acertado, Cliff!

Había admiración en el tono de «Skeeter». El gangster parecía pedir consejo y Cliff se lo dio.

-Tú vienes aquí cuando tienes fondos, ¿no?-le explicó Cliff-. Permaneces alejado cuando las cosas van mal. Pues bien, eso habla por sí solo. Yo hago al revés. Cuando me hago ver es que la cosa no va muy bien, y si tengo algo bueno en perspectiva, me quedo tranquilamente en un rincón.

-Oye, Cliff, es una buena idea, pero, ¿es que no tienes suerte estos tiempos?

-Tengo parné-contestó Cliff reservadamente-. Pero no me desagradaría hacer un poco más... precisamente ahora. Por eso es por lo que te dije que podías decirle a tu jefe que puede contar conmigo si me necesita.

-Se lo diré esta noche, Cliff. Eres un chico fantástico... y también lo es mi jefe. Puedo decirte quién es... ¡"Bumps" Jaffrey!

Cliff hizo un gesto de asentimiento como si esto no le interesara gran cosa.

Naturalmente, "Skeeter" Wolfe sintió el prurito de dar más explicaciones.

Algún comentario por parte de Cliff le hubiese tal vez cerrado la boca; pero puesto que Cliff no parecía particularmente impresionado, "Skeeter" sintió el deseo de darse importancia.

-No se trata de un trabajo cualquiera -declaró-. Es algo muy grande, Cliff. Bart Shallock está metido en eso, y es un sujeto muy listo. Ni aun ahora sé de qué se trata, pero cuándo Bart Shallock se junta con "Bumps" Jaffrey es que algo que vale la pena está en juego.

Cliff Marsland reprimió una sonrisa. Empezaba a enterarse de lo que deseaba saber.

"Bumps" Jaffrey era un gangster conocido que mandaba una cuadrilla de «gorilas» muy entendidos, a los que alquilaba a fuerza de mercenarios a los sujetos de alguna significación que requerían ayuda. Bart Shallock era un hábil timador asociado con ladrones de joyas, chantajistas y malhechores internacionales.

Dos noches consecutivas, Cliff pensó en Bart Shallock así como en otros pájaros de cuenta. La información que acababa de obtener era del tipo que esperaba conseguir.

Cuando Bart Shallock requería los servicios de un jefe de gangsters, eso significaba que tenia algo gordo entre manos, que una táctica de empuje, y probablemente algún que otro

crimen, sería preciso para llevara cabo sus planes. Cliff tenia en la actualidad toda la indicación necesaria y no deseaba saber más por boca de “Skeeter” Wolfe.

-Cósete la boca, «Skeeter»-le advirtió su compañero-. Y no te preocupes en hablar con «Bumps» Jaffrey. Yo le conozco, le veré y le diré que busco algo que hacer. Lo que uno sabe vale algo, mientras es uno solo es el que lo sabe. No enteres a los demás...

-Tienes razón, Cliff -repuso “Skeeter”-. Tienes mucha razón, pero no creas que charlaría así con cualquiera. Eres tal vez el único en quien confío.

Lo que Cliff deseaba ante todo era encontrar a «Bumps» Jaffrey, pero no dio a comprender a «Skeeter» que el asunto era de mucha importancia. Al contrario, fingió indiferencia y no hizo esfuerzo alguno para alejarse de su compañero.

Éste no tardó en cansarse de la atmósfera del Palacio de La Habana, gruñó un «buenas noches» y salió. Cliff continuó esperando.

A menos de que «Bumps» Jaffrey fuera allí, el sitio lógico para encontrarle sería el restaurante de Brindle en Broadway. Cliff acabó por salir del club nocturno y se encaminó al restaurante.

La fonda de Brindle era un lugar paradójico que atraía a individuos de distintas clases: estrellas del teatro, viajeros, sencillos transeúntes y pistoleros. El turista vulgar brillaba por su ausencia.

Las celebridades de la radio pasaban allí inadvertidas. Los políticos más conocidos lo eran identificados e igual ocurría con los gangsters. Poca gente, exceptuando sus compañeros, conocía su identidad.

Al entrar Cliff Marsland, hubiera podido tomársele por el entrenador de un equipo de fútbol de cualquier colegio del centro del país. Su cuerpo atlético le daba esta apariencia y su llegada casual le señaló como alguien que se detenía en casa de Brindle por primera vez.

Cliff estaba alerta al penetrar hasta el fondo del café. Había mesitas en el centro, pero a cada lado se encontraban unos pequeños reservados, preferidos por los clientes habituales de la casa.

Con el rabillo del ojo, Cliff descubrió en uno de los reservados a dos hombres que hablaban mientras consumían café y sandwiches. Uno de ellos era «Bumps» Jaffrey. Al otro Cliff no le conocía.

Enarcando las cejas a guisa de saludo, Cliff se detuvo ante el reservado e hizo una seña a «Bumps» con la cabeza. El jefe de los gangsters le indicó que se sentara y presentó Cliff a su compañero, que resultó ser un conocido que no pertenecía a la gente del hampa. Cliff encargó comida al camarero, y aun seguía comiendo cuando los otros acabaron. El conocido de «Bumps» se despidió y Cliff se quedó solo con el gangster.

-¿Cómo van las cosas?-inquirió éste.

-Así, así-, contestó Cliff con tono indiferente-. Acabo de volver de fuera... y me alegro de estar en la capital otra vez.

-¿Qué estás haciendo ahora?

-Nada. No me interesan las faenas pequeñas, «Bumps».

-Lo sabia, Cliff... Pero tal vez intentas tocar demasiado alto.

-No, no, «Bumps». Lo que a mí me gusta son trabajos distintos. Cualquiera puede alquilar «gorilas» ciegos y sordos. Yo escojo faenas que necesitan inteligencia. Quiero mi parte, pero no soy demasiado exigente.

Las últimas palabras gustaron a «Bumps» Jaffrey.

Cliff Marsland tenia el aspecto y los modales de un caballero; pero su rostro enérgico y su cuerpo de atleta le hacían llenar las condiciones deseadas por el jefe de los gangsters.

-Es posible que te necesite más adelante Cliff-sugirió “Bumps” como quien no la importancia a la cosa-. ¿Dónde podré encontrarte?

Cliff se encogió de hombros y con tono indiferente contestó que iba a menudo al Palacio de la Habana y que se le encontraba también en casa de Brindle.

-Te veré luego, Cliff-concluyó «Bumps» mirando su reloj-. Tengo unos cuantos sujetos que trabajan para mí en la actualidad y tal vez necesite alguien verdaderamente bueno dentro de poco. Recuerda que pensaré en ti.

Cliff comprendió lo que «Bumps» intentaba ocultar. Podía dar por descontado que «Bumps» tenia ya un trabajo entre manos, confirmación esto de lo que «Skeeter» le había dicho la misma noche.

Le pareció a Cliff comprender que probablemente «Bumps» andaba más sobrado que escaso de gangsters. Sería de buena política volverse a entrevistar con «Bumps» Jaffrey.

En Nueva York se daba a menudo, el caso de que de pronto se presentaban grandes bajas entre la gente del hampa y Cliff comprendió que le llamarían tan pronto como hubiera una vacante.

Sin embargo, aquello no resolvía el problema de aquella noche. «Bumps» Jaffrey iba a algún sitio determinado. A pesar de su actitud despreocupada, era probable que tenia una cita de alguna importancia.

¿Acaso sería con Bart Shallock?

Cliff decidió que bien podía ser así.

Había dos motivos para que Cliff, se encontrara de pronto ante un problema.

Su punto fuerte era el trabajo de puños y no su habilidad en seguir pistas.

Además, no podía correr el riesgo de hacerse sospechoso si quería intentar trabajar por «Bumps» Jaffrey más adelante. De todos modos, Cliff estaba decidido a seguir al gangster.

Cuando «Bumps» Jaffrey hubo salido tranquilamente del restaurante de Brindle, Cliff esperó unos minutos y le siguió finalmente, esperando verse favorecido por la suerte. Ésta le sonrió.

En la acera de Broadway, Cliff vió a «Bumps» detener un taxi a una manzana de distancia. Rápidamente, Cliff entró en otro coche de alquiler y ordenó al chofer que siguiera al otro vehículo. El hombre obedeció.

«Bumps» se encaminaba en taxi a la parte Este de la ciudad. Dando consejos a su chofer con breves gruñidos, Cliff le siguió a distancia. Cuando vió al otro taxi detenerse en una bocacalle, mandó al suyo que se detuviera.

Cliff vió a «Bumps» entrar en una callejuela. Pasando a pie por delante de ésta, Cliff comprobó que se trataba de un callejón sin salida. Siguió adelante, y llegó ante una tienda de tabacos que formaba chaflán. Entró en la misma, se metió en el recinto del teléfono y marcó un número.

Una voz tranquila le contestó.

-Burbank al habla.

El tono de aquella voz tranquilizó el animo ansioso de Cliff. Burbank era un hombre a quien no había visto nunca. Agenda invisible de La Sombra, aquel individuo de voz tranquila estaba constantemente alerta sirviendo de agente de contacto entre La Sombra y sus demás agentes activos.

Cliff Marsland, al igual que Harry Vincent, daba sus informes urgentes por mediación de Burbank. Todos los agentes conocían el número del teléfono particular con el cual se podía hablar con Burbank. Las llamadas recibían siempre una contestación inmediata y los mensajes eran rápidamente transmitidos a La Sombra.

Aquella noche, cuando Cliff hubo explicado nerviosamente la situación, recibió la Burbank la orden de volver a llamar al cabo de quince minutos.

Cliff dio la dirección del pasaje en el cual había visto meterse a «Bumps» Jaffrey. Cuando hubo colgado el aparato, esperó en la tienda hasta que transcurriera el tiempo señalado.

Su segunda llamada a Burbank obtuvo también una respuesta rápida, y esta vez Cliff Marsland recibió instrucciones.

-¡Ha terminado por hoy!-dijo Burbank-. Hable mañana por la mañana con nuestro hombre.

«Nuestro hombre» significaba R. Mann, Rutledge Mann, cuya oficina era un lugar en el que los agentes de La Sombra, iban en busca de instrucciones y para entregar sus informes.

Cliff Marsland sonreía para sus adentros, al trasladarse hacia el Norte de la ciudad en taxi, de regreso al Palacio de la Habana.

Unas cuantas horas más en el club nocturno podían ser de utilidad, aunque en el fondo Cliff estaba seguro de haber realizado ya, lo más importante de su trabajo de aquella noche.

El crimen estaba fermentando en los bajos fondos de la capital. «Bumps» Jaffrey había reunido a sus muchachos. Esa misma noche estaría conferenciando con alguien.

Lo que se diría durante aquella entrevista, Cliff Marsland no podía conjeturarlo, pero sentía la seguridad de que no permanecería en secreto, puesto que había avisado a La Sombra y era muy posible que en aquel preciso momento el misterioso personaje de las tinieblas estuviera investigando ya los asuntos de «Bumps» Jaffrey.

CAPÍTULO IX
LA REUNIÓN

La callejuela en la que «Bumps» Jaffrey había entrado era una vía angosta y triste, débilmente alumbrada por las luces que brillaban a través de las sucias ventanas de los viejos caserones, que se levantaban a cada lado de la misma.

«Bumps» penetró en uno de esos edificios, y media hora después de salir del restaurante de Enrique, el jefe de los gangsters se encontraba sentado a una mesa en el ángulo de un cuarto espacioso y sucio.

Se trataba de un «speakeasy» que llevaba el nombre de «El Duque» por diferencia hacia el propietario, sujeto cariancho, cuya boca siempre contraída por una mueca de forzada alegría, dejaba al descubierto una hilera de dientes de oro, y que llevaba el apodo de «El Duque».

Distinto en eso de los sitios frecuentados por los gangsters, en el salón de «El Duque» se reunían únicamente los pistoleros bien conocidos por el dueño. Esta particularidad hacía que el «speakeasy» en cuestión no fuera conocido de Cliff Marsland y ofreciera a «Bumps» Jaffrey un lugar excelente para entrevistarse con un amigo sin ser visto de nadie.

Duke, el propietario, era un individuo astuto, que conocía la costumbre que tienen los gangsters de frecuentar un lugar determinado en número siempre creciente, hasta que finalmente les perteneciera por completo, obligando al propietario a obedecer los mandatos de sus jefes.

No deseaba llegar a semejante estado de cosas, pues su salón venía a ser un territorio neutral. En consecuencia, Duke empleaba mucho tacto con sus métodos. Se había asegurado los servicios de un puñado de muchachos a los que distribuía bebidas gratuitas y que estaban siempre dispuestos a echar a la calle a los indeseables.

Si unos pájaros indeseados entraban alguna vez en el salón de Duke, aquella brigada de fuertes puños los trataba con tacto, especialmente si sabían que los visitantes eran duros de pelar. No era cosa difícil acercarse a un gangster y sugerirle la idea de ir a otro sitio donde las bebidas eran superiores.

Pero cuando un total desconocido entraba, se le ordenaba sencillamente que ahuecara, y si dejaba de hacerlo, se le echaba a la calle sin contemplaciones y más bien brutalmente.

A «Bumps» Jaffrey, hombre de rostro duro y ojos astutos, le gustaba la casa de Duke a causa de la protección que ofrecía. Aquella noche la escogió como lugar de cita. Mientras, consumía una bebida, vigilaba la puerta del «speakeasy» y sus ojos brillaron al ver entrar a un hombre, que no tenía nada en su aspecto que traicionara al hombre del hampa.

Era de estatura elevada, iba bien trajeado y tenía el rostro amarillento. Su expresión era inteligente y plácida y sus modales los de un caballero. Andaba con soltura y se sentó ante una mesa, sin llamar la atención.

Después de ingerir una bebida, el forastero se levantó tranquilamente y franqueó el umbral de una puerta situada en el fondo de la estancia.

Únicamente dos personas le vieron hacer esto. Una de ellas era «Bumps» Jaffrey y la otra Duke, el dueño.

Ambos conocían la identidad del forastero, Era Bart Shallock, uno de los timadores más listos de Nueva York, sujeto de gran habilidad cuyas actividades eran la desesperación de los detectives internacionales.

Era con Bart Shallock con quien «Bumps» Jaffrey estaba citado.

Unos minutos después, «Bumps» se levantó tranquilamente y tomó la misma dirección que Shallock. AL mismo tiempo, la puerta del salón se abrió y un gangster, cubierto el torso con un suéter, entró en el mismo.

El recién llegado vio cómo «Bumps» Jaffrey penetraba en la habitación contigua y observó a Duke, el propietario, que seguía al jefe de los gangsters con la vista.

El hombre del suéter se sentó ante una mesa, en un rincón. Allí fue donde Duke le descubrió, cruzando inmediatamente la estancia con aire de reto.

-¡Eh, tú!-dijo-. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué has entrado?

-Esto es un «speak», ¿no? -preguntó el hombre con voz ronca.

-¡Desde luego!-admitió Duke con una mueca que hizo brillar sus muelas de oro-. Pero no está abierto al público.

-Yo no soy el «público»-rezongó el recién llegado-. ¡Tráeme una bebida y deprisa!

La manaza de Duke salió disparada y cogió al gangster por el hombro, con un tirón poderoso, Duke obligó al hombre a ponerse de pie. Intentó echarle a la calleja, y, como acción preliminar, le lanzó un directo con la mano libre.

El golpe no llegó a caer. El gangster del suéter se irguió de pronto y apartó la cabeza ante el puño de Duke. El propietario erró el golpe al que el gangster contestó con un corto “uppercut” que cayó en la mandíbula de Duke.

El hombrón se desplomó, brillándole la dentadura de oro que su boca abierta dejaba al descubierto.

Duke, el endurecido propietario del “speakeasy”, había sido puesto fuera de combate con un solo puñetazo, proeza que arrancó un murmullo de sorpresa a los clientes del salón. En seguida y de común acuerdo, cinco hombres se abalanzaron para coger al gangster del suéter.

La cabeza del primero subió en el aire al chocar un fuerte puño con su barbilla. Los demás saltaron sobre el asombroso luchador, esperando derribarle, pero él se les escapó y echó a correr por la estancia.

Le persiguieron y unos revólveres brillaron al mismo tiempo. Con dos hombres en el suelo, la brigada de vigilancia de Duke no estaba para bromas.

Sin embargo, su adversario era demasiado rápido para ellos. Cogiendo una silla, la echó a la cabeza del que le acosaba mas de cerca, precisamente cuando el bandido le apuntaba con su revólver.

El hombre cayó como una masa, y dando molinetes con la silla, el hombre del suéter destrozó una de las lámparas eléctricas que alumbraban el cuarto.

Dando media vuelta, asestó un fuerte golpe en el brazo de otro hombre, que le amenazaba con su arma, y antes de que los demás sacaran las suyas, lanzó la silla con fuerza

terrorífica en dirección a la segunda luz que colgaba del techo. Hubo una pequeña explosión y todo quedó a oscuras.

Únicamente las lenguas de fuego vomitadas por los revólveres de los de la brigada, alumbraron a ratos el lugar donde el adversario había estado.

La puerta de la calle pegó un fuerte «clang» e inmediatamente los hombres se echaron en aquella dirección, seguros de que su enemigo había huido. Dos de ellos salieron a la callejuela sin ver rastro del mismo. Cuando volvieron a entrar, se encontraron con que habían encendido una vela, y Duke, todavía bastante mareado, reemplazaba una de las lámparas eléctricas rotas por otra nueva.

-¿Lo habéis cogido, chicos?-preguntó el propietario.

-No-le contestó uno de los pistoleros-. Ha escapado. No hemos llegado a tiempo para ponerle la mano encima.

-¡Sí, eh! Lo que no teníais que hacer era sacar los revólveres. A ver si ahora la «poli» se nos echa encima. Siempre os digo que nos dispararais.

Duke acabó de colocar la bombilla y repitió la operación con la otra luz.

Cuando el «speakeasy» estuvo nuevamente bien alumbrado, el propietario penetró en la habitación contigua y subió unas escaleras. Se detuvo en el segundo piso y llamó a una puerta. Una voz ansiosa preguntó:

-¿Eres tú, Duke?

-Sí.

-¿Qué han sido esos tiros?

-Hemos tenido que deshacernos de un tío molesto, «Bumps». Ahora se ha ido. Ha ahuecado cuando la cosa se ha enredado.

-¿Todo está bien, ahora?

-Creo que sí, «Bumps». No ha habido bastante jaleo para atraer a la «poli».

-Perfectamente, Duke.

Duke volvió a bajar, rezongando para su capote. Sentía que el intruso hubiese escapado. Un hombre muerto más o menos no significaba nada para Duke, y puesto que había habido tiros en su salón, hubiera preferido tener que habérselas con un cadáver que con un fugitivo molesto. Sin embargo, todo estaba tranquilo, y Duke no volvió a pensar en los de arriba.

De haber permanecido en el rellano del segundo piso, Duke se hubiese llevado una sorpresa. Una figura acurrucada surgió de la oscuridad. El gangster del suéter, estaba de pie ante la puerta detrás de la cual Duke fue a hablar.

El hombre no había salido por la puerta de la calle y, en cambio, engañó a sus enemigos en la oscuridad. Abrió y cerró con violencia la puerta, metiéndose a renglón seguido escaleras arriba.

Allí, a la vaga luz que reinaba en el rellano, el gangster desconocido procedió a una extraña transformación. Levantó el extremo de su suéter y sacó de debajo una tela negra plegada. Al desdoblarla, aquella tela se transformó en una capa que el gangster se echó sobre los hombros.

Un objeto aplastado quedó transformado del mismo modo, en un sombrero blando que cubrió la cabeza del hombre, que acabó cubriéndose las manos con guantes negros.

¡El gangster del suéter era La Sombra!

Una risa ahogada brotó de sus labios inclinándose, la forma espectral aplicó el oído a la puerta del cuarto en el cual «Bumps» Jaffrey estaba conferenciando con Bart Shallock. Se oía vagamente un murmullo de voces.

Con su mano enguantada, La Sombra llamó a la puerta.

-¿Quién está ahí?

«Bumps» Jaffrey era quien hacia la pregunta.

-Duke-contestó el del vestido negro, imitando perfectamente el gruñido del propietario.

-¿Qué sucede?-inquirió «Bumps» desde el interior del cuarto.

-Nada-volvió a decir la voz de Duke-. Para estar más seguros voy a apagar la luz del rellano... Así no les molestarán.

-Muy bien, Duke.

La luz se apagó y el silencio reinó en el rellano. De pronto, lenta y silenciosamente, la puerta del cuarto empezó a abrirse. Sin que le vieran ni le oyesen, La Sombra se movía. Al apagar la luz del rellano, evitaba que cualquier resplandor en aquella dirección le delatase.

Ahora penetraba en una estancia vagamente alumbrada, en la cual «Bumps» Jaffrey y Bart Shallock estaban sentados a una mesa colocada en un rincón.

Ambos hombres estaban enfrascados era su conversación. La única luz que había allí colgaba de la pared, al lado de su mesa. Ninguno de los dos miró hacia la puerta y dejaron de advertir la forma espectral que llegaba.

La Sombra no se entretuvo. La puerta se cerró detrás de ella y su alta forma se movió por la habitación como una aparición. Llegó a un sitio donde había otra mesa y se confundió con la oscuridad de la pared. Completamente invisible, La Sombra escuchó lo que decían el gangster y el timador.

-No es que me queje-iba diciendo «Bumps»-. Pero no sé qué pensar, Bart. Los muchachos están vigilando a Venturi, pero él se está tranquilamente en el hotel Dexter y no hace nada. Yo creí que tendríamos que movernos aprisa.

-Los planes están cambiados para el primer trabajo, «Bumps»-replicó Bart Shallock con voz suave-. Tú entrarás en el segundo.

-¿Quieres decir que la primera faena ya está lista?

-Sí.

-¿Quién la hizo?

-Crix en persona.

«Bumps» silbó entre dientes.

-Oiga, Bart-dijo por todo comentario-. Ese tío, Crix, debe ser un as. No acabo de representármelo.

-No es preciso que lo hagas, «Bumps». Tampoco yo sé quién es.

-Pero lo ha visto,

-Claro; pero Crix es el único nombre que me dio.

-Este asunto me preocupa. Bart-prosiguió «Bumps» con tono de malestar-. No lo entiendo bien. Si Crix iba detrás de Venturi, ¿por qué no lo tumbó, entonces?

-«Bumps»-le replicó Bart-. No conozco los detalles del asunto, pero voy a decirte todo lo que sé. Crix me dijo que todo iría bien. Te necesitará dentro de poco; él sabe de qué eres capaz. Voy, pues, a explicarte lo que es necesario.

-¿A ver?

-Pues bien, ese sujeto, Crix, vino a verme hace más de un mes. Tan pronto como empezó a hablar, me hizo rumiar. Sabia muchas cosas mías, bastantes para crearme dificultades, y luego resultó que me hacia una oferta y le escuché... Me preguntó si había oído hablar de Víctor Venturi. Desde luego, le contesté que sí. Crix me dijo que había ido a Europa y que se había enterado que Venturi trabajaba para alguien de cierta importancia. Aquello me parecía lógico. Venturi era hombre que figuraba bastante en la política italiana... Era agente secreto... retirado en la actualidad. Crix dijo que Venturi vendría a América con un negocio secreto..., algo que implicaba grandes cantidades de dinero, y que al vigilar a Venturi pondríamos la mano sobre la pasta. Crix quería que tuviese una cuadrilla de muchachos preparada y que alguien como tú se encargara de vigilar a Venturi. Así fue cómo empezó... Pero después, Crix descubrió algo nuevo. Venturi ha venido a trabajar aquí, es verdad, pero es

el hombre de paja en el asunto. Las verdaderas negociaciones para el dinero estaban en manos de otro hombre.

-¡Así, pues, hemos seguido una falsa pista!-exclamó «Bumps» Jaffrey con tono disgustado.

-Sí...-Bart Shallock vaciló antes de proseguir-, y no. Crix ha encontrado al hombre que nos interesa y se cuida en persona del asunto. Pero si Venturi descubre que las cosas se enredan, vendrá aquí y armará la gorda. Venturi era el hombre de seguridad, «Bumps». Y a nosotros nos toca eliminarlo de manera que Crix pueda trabajar.

-Eso es distinto.

-Crix ha venido a verme hoy-continuó Bart-. Ha tenido sus contratiempos durante la primera faena... Pudo escapar, pero faltó poco para que lo cogieran y no quiere volver a correr nuevos riesgos. Quiere que vigilen estrechamente a Venturi y que algunos hombres le ayuden para el próximo golpe.

-Lo entiendo, Bart.

-De forma que has de estar alerta, «Bumps». Continúa vigilando a Venturi, y vigila también a quienquiera que sea que se interese por sus asuntos. Espera órdenes de un momento a otro.

-Bien.

Bart Shallock se sacó un fajo de billete, del bolsillo y contó unos cuantos de los mayores.

-Diez mil, «Bumps»-dijo el timador-. Y tan sólo para empezar. ¿Estás satisfecho?

-¡Figúrese!-exclamó «Bumps» Jaffrey

Bart Shallock se levantó y sin añadir otra palabra, salió de la estancia.

Unos minutos después, «Bumps» Jaffrey le imitó. Timador y gangster habían terminado su conferencia.

Algo negro se movió al otro extremo del cuarto y la figura de La Sombra surgió de las tinieblas. Alta, espectral, la forma misteriosa permaneció de pie en el centro del cuarto desierto. La risa baja y contenida de La Sombra despertó siniestros ecos.

El fantasma negro siguió el camino tomado por los demás. Al pie de la escalera, una mano enfundada en un guante negro giró el pomo de la puerta del salón. Tan sólo quedaban dos hombres en el mismo. Duke y otro que hablaban juntos.

Sin ser visto, La Sombra se deslizó en la vasta estancia. Siguiendo la pared, llegó a la puerta de la calle, desapareciendo misteriosamente. Ni Duke ni el otro hombre se habían fijado en su figura.

Una risa débil resonó en la callejuela, donde La Sombra se perdió en las tinieblas. Aquella noche, La Sombra se había enterado del nombre del super criminal... el nombre extraño del que Harry Vincent había oído hablar sin que supieran repetírselo.

¡Crix! Este era el apodo del hombre a quien La Sombra buscaba..., del extranjero que se dejó caer del dirigible “Europa”. Su verdadera identidad no era conocida si quiera de Bart Shallock, su principal teniente.

La Sombra se las tenia con un super criminal, un hombre de actividades misteriosas, cuya personalidad resultaba un misterio. No se había enterado del lugar donde Crix podía encontrarse, pero si del nombre del hombre que Crix quería fuera vigilado.

Víctor Venturi, a su tiempo agente secreto del Gobierno italiano, se encontraba en Nueva York, en el Hotel Dexter. La Sombra no necesitaba saber más. Crix vigilaba a Venturi y La Sombra lo vigilaría también.

Dos cazadores perseguían a la misma pieza, pero uno de ellos estaría vigilando a otro. A través de su interés mutuo por unos asuntos de Víctor Venturi, un encuentro entre Crix y La Sombra era inevitable. El Hotel Dexter seria el escenario de eso. La Sombra no tenía la menor duda.

¡La Sombra no se equivocaba nunca!

CAPÍTULO X
NOTICIAS DEL EXTRANJERO

Un hombre de estatura aventajada penetró en el vestíbulo del Hotel Dexter.

Llevaba una maleta que entregó a un botones, acercándose a la mesa de registro. Firmó en el libro de entradas con el nombre de Enrique Arnaud, y mientras el empleado leía su firma, el nuevo huésped dijo con voz bien modulada:

-Me gustaría una habitación en el undécimo piso, una que dé al oeste del patio.

El dependiente levantó los ojos, sorprendido, pues la petición resultaba algo extraña. Creyó comprender que el huésped había estado en el hotel antes de entonces, gustándole un cuarto de aquel lado del edificio.

-Muy bien, señor Arnaud-contestó-; le daré el número 1108.

Un hombre que estaba de pie cerca de la mesa miró a Enrique Arnaud alejarse hacia el ascensor, cruzó el vestíbulo y se acercó a otro individuo que estaba sentado ante una mesa de escribir.

-Oye, Jerry-dijo-. Acabo de ver a un sujeto que haríamos bien en vigilar.

-Sí. ¿Por qué?

-Ha pedido un cuarto en el undécimo piso... un cuarto interior. Tal vez quiere tener la vista puesta en Venturi.

El otro hombre asintió con la cabeza. Ambos compañeros eran gangsters pagados por «Bumps» Jaffrey. Sus caras traicionaban su oficio, pero en el Hotel Dexter, que estaba en franca decadencia, la dirección no se mostraba exigente respecto a las características sociales de los huéspedes.

Unos minutos después, los dos gangsters subieron al ascensor. Buscaron el cuarto número 1108 y vigilaron la puerta unos momentos. Cuando se alejaron finalmente, fue porque estaban convencidos que Enrique Arnaud se había acostado. A partir de entonces, el nuevo huésped se encontraría bajo la vigilancia de los hombres de «Bumps» Jaffrey.

En su habitación Enrique Arnaud estaba fumando un cigarro ante la ventana abierta. Había cerrado el ventilador situado encima de la puerta, dejándolo abierto tan sólo unos milímetros. Esto engañó a los gangsters.

Creyeron que no se les oiría en el vestíbulo, pero estaban equivocados. Los finos oídos de Arnaud les oyeron acercarse así como alejarse.

El nuevo huésped rió suavemente al abrir su maleta que se encontraba sobre la cama. Procedió a transformarse en el cuarto oscuro, y al cabo de unos segundos, éste parecía vacío por completo. Sin embargo, un ser humano lo ocupaba todavía...

¡Enrique Arnaud era La Sombra!

Una extraña figura se metió por la ventana. Primeramente, cabeza y hombros, luego cuerpo y piernas..., finalmente una forma enteramente vestida de negro colgó del marco de la ventana. Semejando un enorme murciélago, La Sombra se movió a lo largo de la pared, al parecer sin apurarle la vista del blanco suelo, doce pisos más abajo.

Con gestos regulares, la extraña figura se movió por la pared hasta llegar a un ángulo del edificio; dio la vuelta, prosiguió y se detuvo al lado de una ventana cuya cortina estaba echada.

Había luz en el cuarto interior de las habitaciones ocupadas por Víctor Venturi, apuntado en el registro como residente en Nápoles, Italia.

Una mano cubierta de negro cogió la ventana y la levantó suavemente. La mano volvió a caer, la figura se acurrucó y se hizo invisible, confundiéndose con las tinieblas de la pared; pero por el pequeño espacio libre debajo de la cortina, dos ojos brillantes escudriñaron el cuarto de Venturi.

Había dos hombres en el mismo. No era tarea difícil identificar a Víctor Venturi.

Era un hombre bajito y delgado, de rostro hundido y piel amarillenta, vestido como un hombre culto y refinado. Estaba sentado en una silla, fumando nerviosamente un cigarrillo y sus ojos negros y vivarachos miraban fijamente a su compañero, otro italiano más corpulento, pero de fisonomía menos inteligente.

-Ángelo-declaró Venturi, hablando en italiano-. Estoy nervioso esta noche.

-Usted siempre está nervioso, señor... -contestó el otro hombre con gran sencillez.

Venturi rió de mala gana.

-Eres un excelente ayudante, Ángelo... -prosiguió-, pero a veces resultas demasiado franco. Sin embargo, tienes razón. Estoy siempre nervioso y lo estaré hasta que estos asuntos estén concluidos.

Toda esta conversación se desarrollaba en italiano, que indudablemente comprendía la figura que escuchaba desde la ventana, puesto que La Sombra continuaba colgada, invisible, en la pared de ladrillos.

-¿Por qué estar nervioso, señor?-preguntó Ángelo con tono de sosiego-. Es una locura preocuparse.

-Eso es cierto también, Ángelo-replicó Venturi-: Sin embargo, no puedo dejar de preocuparme. Ángelo, he tenido mucha confianza en ti. Tú sabes lo que me propongo hacer aquí, en América. Sabes que podemos encontrar peligros: puedes comprender que la espera me enerva.

Ángelo asintió.

-Cuando vine aquí-continuó diciendo Venturi-, esperaba recibir órdenes que me permitirían visitar a ciertas personas para tratar de negocios especiales. Desde mi llegada he recibido nuevas noticias del señor Ponjeau. Ha nombrado un agente desconocido en mi lugar. Únicamente un hombre, Ángelo, debe tener la lista de las personas que han de ser visitadas. Esas personas no se conocen entre ellas. El hombre ha sido nombrado y en la actualidad está visitando a esas personas. Yo llego en segundo lugar.

-Usted tiene su trabajo, señor.

-Sí. Han de darme los nombres de esas personas, una tras otra... después de la fecha señalada para la visita que se les hará. Un hombre ha sido visto y el trabajo realizado. Yo espero que me digan quién es él; luego le visitaré para asegurarme que todo ha ido bien. ¡Pff, Ángelo! ¡Eso no es ningún trabajo importante..., y mientras espero, he de ser prudente! Si hay peligro, me vigilarán. Nuevamente llego en segundo lugar. Supongamos que haya enemigos de por medio. ¿Qué harán? Vigilar a Víctor Venturi. No descubrirán nada. Aun en el caso de que me hagan prisionero, eso no significa nada. Estoy visitando cuadras de las que han quitado los caballos.

-No ha visitado usted ninguna todavía, señor.

Venturi dio un puñetazo sobre una gran pila de diarios que se encontraba sobre una mesa y sus ojos negros brillaron de ira.

-Eso es cierto, Ángelo, eso es cierto, y por eso estoy preocupado. Estoy esperando noticias del extranjero. Mientras espero, me quedo sentado aquí, leyendo periódicos publicados en inglés... ¡Pff¡ ¡Pero es para una buena causa, Ángelo!

Alguien llamó a la puerta. Venturi miró nerviosamente a su criado y le hizo una seña con una mano. Ángelo salió del cuarto y volvió al cabo de un instante, trayendo un sobre.

-Un cablegrama, señor-dijo.

Víctor Venturi cogió el sobre y lo abrió. Se trataba de un cablegrama escrito en código y lo leyó con avidez.

-Aquí está, Ángelo-exclamó-. El primer hombre a quien he de ver para asegurarme que todo ha ido bien cuando el mensajero secreto fue a verle, no vive en Nueva York, sino en la ciudad de Hartford. Sí, Ángelo, en Hartford. Su nombre es Winston Collister... Winston Collister.

El cablegrama cayó al suelo. Con un grito de alarma, el italiano cogió la pila de diarios de la mesa y empezó a hojearlos rápidamente mientras Ángelo le miraba con asombro. Un minuto después, Venturi blandía un periódico ante los ojos de su criado.

-¡Mira, Ángelo! ¡Mira! ¡Aquí tienes su retrato... el retrato de Winston Collister... del hombre que poseía millones de dólares... asesinado en su casa hace dos noches!

Tirando el diario, Víctor Venturi empezó a pasearse arriba y abajo, retorciéndose las manos y tirándose del pelo con ademanes salvajes. Ángelo le miraba, perturbado, escuchando las exclamaciones de su amo.

-¡Es terrible, terrible!-decía Venturi.

-¡Este hombre ha muerto! ¡El agente secreto ha fallado, Ángelo! Algún bribón se ha llevado lo que pertenecía al señor Ponjeau. ¡Es terrible! ¡Ya no puedo ir a Hartford!

Volviéndose de pronto, Venturi se calmó como por ensalmo y su actitud de desasosiego se trocó en una gran determinación.

-Este está perdido-dijo con voz solemne-. Se ha cometido un gran error; pero hay otros además de éste. Mi deber consiste ahora en salvar nuestra causa. Algún hombre diabólico está trabajando contra nosotros. Irá a visitar al segundo de nuestros amigos como lo hizo con el primero.

Venturi contó los dedos de su mano izquierda e inclinó la cabeza pensativamente.

-Puede ser mañana por la noche-dijo-. El malhechor estará allí, intentará robar de nuevo... tal vez matar... Monsieur Ponjeau debe estar enterado... Le informaré. ¡Esperemos que pueda enviarme sus instrucciones a tiempo, con el fin de que encuentre al hombre que figura en segundo lugar en la lista, antes de que sea demasiado tarde!

Cogiendo una hoja de papel, Víctor Venturi escribió un cablegrama cifrado, dobló el papel y se lo dio a Ángelo.

-Envíalo inmediatamente-ordenó. Date prisa, Ángelo... El señor Ponjeau... Arístides Ponjeau... en Lausanne. Esto puede permitirle informarme a tiempo.

Víctor Venturi continuó paseándose cuando Ángelo se hubo marchado. El italiano no se daba cuenta de que unos ojos le vigilaban desde la ventana y seguía moviéndose por el cuarto cuando el criado regresó.

-El cable está mandado, señor-le informó Ángelo.

Venturi asintió con la cabeza. Se dejó caer en una silla, mirando sombríamente la pared. Ángelo, taciturno e inmóvil, permanecía de pie en el otro extremo de la habitación.

Algo se movió en la parte exterior de la ventana. La Sombra levantó una mano y bajó silenciosamente la ventana. Luego, la forma negra se deslizó nuevamente a lo largo de la pared y se detuvo ante la ventana del cuarto 1108.

Al cabo de un segundo, una mano se posó en el marco de la ventana y el fantasma negro se deslizó en el interior del cuarto.

Unos minutos después, la capa y el sombrero negro volvían a ser introducidos en la maleta y una luz brilló al lado de la mesita escritorio.

Enrique Arnaud estaba sentado ante ésta, tranquilo e imperturbable. Fuera, en el vestíbulo, se oían cuchicheos y Enrique Arnaud sonrió para sus adentros.

Bajo el aspecto de Enrique Arnaud había llegado al Hotel Dexter, despertando deliberadamente las sospechas de los hombres de “Bumps” Jaffrey, con el fin de tenerlos bajo vigilancia cuando lo juzgara oportuno.

Esos hombres pensarían en él bajo el aspecto de Enrique Arnaud; pero bajo su aspecto de La Sombra él había realizado otro trabajo, se enteró del secreto del italiano, conectó Venturi con el crimen de Harttord y unió el nombre de Crix, el supercriminal, con el asesinato de Winston Collister.

En la actualidad, Venturi sabía que se iban a cometer crímenes. El italiano intentaría desbaratar los planes del llamado Crix, y eso al día siguiente por la noche, tal vez. Todo dependía de la llegada de una contestación al cablegrama de Venturi que el italiano esperaba ansiosamente.

La Sombra estaba dispuesta a esperar. A fuera de Enrique Arnaud, huésped del Hotel Dexter, podía vigilar el cuarto de Venturi, La Sombra visitaría éste cuando llegara el momento. El conflicto con Crix no tardaría en estallar y Venturi sería quien desencadenaría la lucha deseada.

Enrique Arnaud se acercó en silencio a la puerta de su dormitorio y cerró el ventilador. Volviendo a sentarse ante el escritorio, levantó el auricular del teléfono y llamó un número. Una voz contestó:

-Burbank al habla.

De los labios de Enrique Arnaud brotaron palabras en un murmullo.

¡La Sombra daba sus instrucciones para la campaña que iba a iniciarse, campaña que tendría su comienzo en los barrios bajos de la capital!

CAPÍTULO XI
INICIATIVA DE LOS GANGSTERS

Temprano la noche siguiente, Cliff Marsland entró en el Palacio de La Habana, y se encontró con «Skeeter» Wolfe. El gangster de rostro astuto le saludó y Cliff tomó asiento a su lado:

-¡Hola, Cliff!-dijo «Skeeter»-. ¿Continúas por aquí?

Cliff asintió.

-Vi a «Bumps» Jaffrey anoche-dijo.

-¿Sí? -preguntó «Skeeter» con interés.

-Si - repitió Cliff-. Creo que se acordará de mí cuando me necesite.

«Skeeter» sonrió y Cliff observó su expresión. Adivinaba sin dificultad lo que «Skeeter» estaba pensando. El gangster iba a trabajar junto con «Bumps» Jaffrey aquella misma noche. Lo que «Skeeter» dijo a continuación probó a Clix que no andaba equivocado.

-Tengo que irme, Cliff. Te veré luego.

Cuando «Skeeter» se hubo marchado, Cliff Marsland le siguió. Espiar a «Skeeter» no ofrecía dificultades. El nombre se encaminó a una estación de ferrocarril aéreo y Cliff le siguió escalera arriba.

Vigilando desde otro coche, Cliff vio a «Skeeter» apearse del tren y le imitó.

Poco a poco, el gangster llevó a Cliff a un sitio que éste conocía bien... el Hotel Spartan, situado en el Este de la ciudad.

Casualmente, era allí donde Cliff había visto por primera vez a La Sombra.

Cuando se encontraba presa de dificultades, Cliff se vio libertado por el misterioso ser nocturno y a partir de entonces ayudó a La Sombra en la guerra que había eliminado de Nueva York a los más famosos delincuentes.

Rodeado de edificios leprosos y situado al lado mismo del ruidoso ferrocarril aéreo, el Hotel Spartan era en la actualidad un lugar de cita de gangsters. Allí, pensó Cliff, «Bumps» Jaffrey debía reunir a su cuadrilla de bribones antes de atacar a alguna víctima insospechada.

Cliff volvió a la estación del ferrocarril, compró un ticket y entró en uno de los cuartitos telefónicos. Llamó a Burbank y le hizo participe de lo que sabía.

Recibió instrucciones que esperaba: no alejarse de aquel lugar y enterarse de adónde «Bumps» y sus hombres se dirigían.

Volviendo al hotel, Cliff echó una mirarla al vestíbulo del mismo. No vio a «Skeeter» Wolfe. El vestíbulo estaba casi desierto. Había una puerta en la parte trasera, y Cliff, que no quería ser visto, dio la vuelta al hotel con el fin de estudiar los lugares. En la oscuridad de la estrecha calleja hizo un descubrimiento.

Había tres automóviles parados al lado de la acera y un grupo de hombres se disponía a subir a los mismos. Con gran atrevimiento, Cliff se acercó en las tinieblas, esperando enterarse de lo que iban a hacer.

Tenía el convencimiento que se trataba de los secuaces de «Bumps» Jaffrey y desde luego no deseaba que le reconocieran.

Deslizándose detrás del último coche, Cliff oyó la voz de «Bumps» Jaffrey.

Todos los hombres, menos dos, habían subido a los coches. Evidentemente, los rezagados eran reservas que permanecían atrás.

-No os necesitaré esta noche. Ya sabéis dónde encontrarme.

Los motores de los coches roncaron y la voz de Jaffrey quedó cubierta por su ruido, De pronto, el coche del jefe de los gangsters se alejó dejando a Cliff Marsland al descubierto. Rápidamente, Cliff buscó el cobijo de la pared más cercana, pero los dos gangsters le habían visto.

-Hola, tú; ¿qué estás haciendo aquí?

Cliff hundió la mano en el bolsillo, sacando la pistola automática por toda respuesta. No podía ver los rostros de los dos hombres ni ellos el suyo; pero su ademán hablaba por sí solo. Los gangsters sacaron inmediatamente sus armas.

El coche de «Bumps» Jaffrey se había ido y «Skeeter» también se había alejado de aquel sitio. Lo que Cliff más temía era que ellos le hubieran identificado; pero no quería tampoco que aquellos otros bribonzuelos se acordaran de él.

Unos cuantos tiros rápidos y huir a escape... no le quedaba otro remedio que emplear esta táctica.

El revólver de Cliff habló al mismo tiempo que los de los gangsters. Una bala silbó a los oídos de Cliff y se aplastó contra la pared. Uno de los bandidos cayó al suelo; el otro se escondió tras una gran lata de basura, cerca del arroyo. Otro tiro de Cliff resonó contra el recipiente de metal.

Las fuerzas que se medían entonces eran iguales; pero tan solo por un momento. Un grito escapó de los labios del gangster que se había ocultado.

Mirando de soslayo, Cliff vió que dos hombres desembocaban en la calleja, viniendo del hotel.

Pensando rápidamente, Cliff atravesó corriendo la calle y transpuso la puerta trasera del Hotel. Unos tiros le persiguieron, pero las balas no le alcanzaron.

Siempre corriendo, Cliff llegó al vestíbulo, en el que se detuvo en seco.

Unos minutos antes, aquel lugar le había parecido desierto; pero el ruido del tiroteo había cambiado las cosas. Había allí media docena de rufianes que le cerraban el paso Sacaron a relucir los revólveres y Cliff tuvo que replegarse contra la puerta a tiempo para evitar los tiros de los gangsters.

Se encontraba en un verdadero aprieto, cogido entre dos fuegos.

Instintivamente, escogió el peligro menos inminente. Tres hombres se acercaban por la calleja. Era preciso que Cliff pasara entre ellos.

Tiros en el Hotel Spartan significaban una batalla campal, y cuando un solo hombre se enfrenta con varios en estas condiciones, sus probabilidades de salir con vida, de la contienda son muy escasas.

Al llegar Cliff a la puerta trasera, vió una figura oscura cruzar la calle.

Apretó el gatillo, oyó un grito, seguido de un gemido, al caer el nombre.

Aquel disparo tuvo respuesta... dos tiros que llegaron de distintas direcciones. Una bala rozó el hombro de Cliff Marsland, pero con rapidez y puntería, Cliff contestó, dando pruebas de su pericia. Sus balas dieron en el blanco y Cliff salió corriendo a la calle.

Otro tiro llegó de la acera opuesta. Uno de los heridos lo había disparado.

Cliff sintió un dolor agudo en la pierna. Era una herida en la carne, pero le derribó al suelo.

Apoyándose en un hombro, disparó rápidamente hacia el lugar donde comprendía que el gangster herido debía encontrarse. No tuvo respuesta. Las balas de Cliff encontraron su meta y el gangster herido obtuvo la suerte que merecía.

Al incorporarse Cliff Marsland, comprendió que su seguridad momentánea no bastaría a salvarle. Apenas podía tenerse de pie y oía los gritos de los gangsters que salían del hotel.

Alejándose por la calleja, Cliff intentó ponerse a salvo. Andaba despacio, cojeando fuertemente y sentía la sangre caliente gotear por su pierna herida.

Un grupo de gangsters enfurecidos salió disparado por la puerta trasera del hotel. Los brillantes rayos de una lámpara eléctrica revelaron la figura de Cliff Marsland. Movido por la desesperación, Cliff disparó sobre el grupo. No pudo hacerlo más que una sola vez. Su revólver estaba vacío.

Era la muerte en breve plazo. Cliff se dejó caer al suelo, negándose su pierna herida a sostenerle por más tiempo. Dentro de unos segundos, unos disparos mortíferos acabarían con él. No podía siquiera caer luchando.

La salva final de disparos vino..., pero con asombro de Cliff se dio cuenta que el fuego no venía de la desembocadura de la calleja. El fuego iba dirigido contra la luz eléctrica, que saltó hecha pedazos.

¡Un recién llegado había abierto fuego contra el grupo de gangsters! Cliff, dispuesto a morir, sintió renacer de pronto la esperanza al ver la figura de un hombre vestido de negro, que vaciaba el contenido de dos automáticas en dirección a los asombrados gangsters.

¡La Sombra¡

Había venido en respuesta al informe de Cliff Marsland y a tiempo para salvar a su agente. Solo, hacía frente a los gangsters. Ningún otro hombre hubiera afrontado el fuego de aquellos enfurecidos bribones.

Sin embargo, todos los esfuerzos de los hampones resultaron infructuosos contra la superioridad de La Sombra. Se oyeron gritos y varios gangsters se metieron a toda prisa y tambaleándose en el Hotel Spartan con el fin de salvar el pellejo.

La Sombra se acercaba. Llegó hasta la puerta e hizo algunos disparos por el pasadizo que llevaba al vestíbulo. Su lluvia de plomo sembró el pánico entre los desconcertados gangsters, que huyeron rápidamente. El silencio renació en la calleja, roto de pronto por una larga carcajada burlona.

Un brazo rodeó los hombros de Cliff Marsland. Cliff se sintió levantado y se encontró de pie. Con la ayuda de La Sombra, llegó al final de la calle y se sintió empujado al interior de un coche. La Sombra se instaló ante el volante y el automóvil se alejó rápidamente de la vecindad del Hotel Spartan.

Los silbatos de la policía y las sirenas no preocupaban a La Sombra. El ser invisible que empuñaba el volante del coche, parecía evitar la policía que iba acercándose al lugar de la refriega. Cliff oyó que su compañero le decía en un susurro:

-Su informe.

En respuesta a estas sencillas palabras, Cliff se apresuró a explicar lo ocurrido, «Bumps» Jaffrey y su cuadrilla estaban realizando una «faena». Eso era lo único que Cliff sabia. El automóvil se detuvo de pronto en una esquina.

Cliff Marsland se pasó la mano por la frente y se tocó la pierna herida.

Esperó que La Sombra volviera a hablar y esperó en vano. Cliff miró de pronto hacia el asiento del conductor. ¡Estaba vacío!

La Sombra se había ido, dejando a Cliff en posesión del coche. Cliff comprendió lo que se esperaba de él. Debía usar el coche. Mirando en torno suyo para orientarse, leyó en la fachada de un edificio cercano:

HOTEL DEXTER

¿Habría entrado La Sombra en aquel hotel? ¡Quizá!...; pero fuese lo que fuese, Cliff Marsland no debía seguirle, La Sombra tenia que realizar su propio trabajo. Cliff había hecho cuanto pudo aquella noche y su tarea estaba terminada.

Sentado ante el volante, Cliff descubrió que podía guiar el coche sin gran dificultad. El hotel en el que se alojaba se encontraba unas treinta manzanas más lejos: era un lugar tranquilo en el cual podría introducirse sin que su cojera llamara mucho la atención. Una vez allí, daría órdenes para que el coche fuera llevado al garaje.

Pero al alejarse, Cliff no pudo menos que volver a preguntarse si La Sombra había o no entrado en el Hotel Dexter.

¿Habría nuevas aventuras en preparación en aquel sitio..., aventuras que La Sombra correría solo?

¡Únicamente La Sombra lo sabría!

CAPÍTULO XII
EN LA PARED

Enrique Arnaud se encontraba nuevamente en su cuarto del Hotel Dexter.

Tranquilamente sentado ante su mesa de escribir, parecía un individuo plácido y calmoso. Nadie al verle hubiera supuesto que aquel hombre acababa de regresar de una rápida expedición, en el transcurso de la cual había dominado a una cuadrilla de temibles gangsters.

No sólo había Enrique Arnaud, alias La Sombra, realizado aquella hazaña sobrehumana, sino que también consiguió dejar el hotel y regresar al mismo sin despertar las sospechas de los hombres, que «Bumps» Jaffrey colocó con el fin de espiarle.

El lugar de observación que interesaba a Enrique Arnaud era el cuarto vecino ocupa do por Víctor Venturi. Se oían leves murmullos en el vestíbulo, frente a la puerta de Arnaud; pero no preocupaban a éste. Su principal problema consistía en realizar otra visita al cuarto de Venturi, y Arnaud había retrasado ésta adrede, en espera de un momento psicológico.

La batalla durante la cual Cliff Marsland fue herido indicaba que importantes acontecimientos estaban en preparación. No había tiempo que perder.

«Bumps» Jaffrey se había metido en el asunto con un puñado de gangsters escogidos, sin que Cliff Marsland pudiera enterarse del lugar adonde se dirigían. Tal vez se pudiesen obtener indicios en el lugar desde el cual “Bumps” se alejó; pero mejor se sabría si Víctor Venturi había recibido el mensaje que esperaba.

Enrique Arnaud se levantó y apagó la luz. En la oscuridad, al lado de la cama, procedió a transformarse como la noche anterior, vistiendo las sombrías prendas de La Sombra. Su figura silenciosa salió por la ventana y recorrió el peligroso camino a lo largo de la pared.

El temor a caer desde la altura de doce pisos no bastaba a detener al intrépido trepador.

La ventana del cuarto de Venturi se abrió ligeramente. Aquella noche la cortina estaba más cerrada que la anterior; pero una mano cubierta de negro la apartó con sumo cuidado, hasta que unos ojos penetrantes pudieron mirar al interior. Venturi estaba sentado ante su mesa, tamborileando nerviosamente con los dedos en la misma. Ángelo, impasible e inmóvil, miraba a su amo.

La Sombra había llegado demasiado pronto. El cablegrama esperado no obraba todavía en poder de Venturi, para quien aquellos momentos parecían siglos.

Para La Sombra, que sabía que el peligro iba materializándose ya, debieron ser peores aún, sin embargo, el vigilante vestido de negro esperó con suma paciencia.

De pronto, llamaron a la puerta de Venturi. El italiano se levantó de un salto, pero mandó a Ángelo que abriera.

El criado volvió con un sobre. Los dedos de Venturi temblaban al rasgar éste. Sacó el mensaje y, en medio de su excitación, lo leyó en voz alta y temblorosa.

-¡Ah, el nombre!... Sturgis Bosworth..., de Montclair, Nueva jersey. ¡Hemos de ir allí en seguida, Ángelo! Tenemos suerte. Montclair no se encuentra lejos de Nueva York..., pero el tiempo apremia, Ángelo... La entrevista está fijada para esta noche... ¡Pronto! Llama un taxi. Salimos inmediatamente.

La ventana se cerró sin ruido. La Sombra inició su viaje de regreso. Obraba con método, pues un nuevo peligro había surgido y únicamente con rapidez podía La Sombra disiparlo.

Al salir Víctor Venturi y Ángelo de su habitación, se encontrarían amenazados por los gangsters que les vigilasen, a menos de que...

Había una solución al problema. Aquellos mismos gangsters se interesaban por Enrique Arnaud y no podían estar en dos sitios a la vez. Si unos acontecimientos inesperados ocurrían en el cuarto de Arnaud, antes de la salida de Venturi y Ángelo, los italianos podrían irse sin ser molestados.

La tarea que se le preparaba a La Sombra era difícil. Al crear repentinamente disturbios, podría llamar la atención de los bandidos sobre su persona y, escapando rápidamente, trasladarse a Montclair de manera que llegara allí antes que Venturi y su criado.

Las manos de La Sombra se agarraron al marco de la ventana del cuarto de Enrique Arnaud. Dentro de un minuto, el jaleo quedaría armado. De pronto las manos permanecieron quietas.

Algo había venido a perturbar los planes de La Sombra. Un hombre estaba de pie al lado de la ventana, escudriñando las tinieblas del patio.

Mientras La Sombra esperaba, el hombre habló en voz baja y ronca con otras personas que se encontraban en la habitación. Al hacerlo, descubrió el hecho de que era uno de los gangsters, que estaban en el hotel para vigilar a Enrique Arnaud al propio tiempo que a Venturi.

-No veo nada aquí fuera-rezongaba el individuo en cuestión-. Hay luz en el cuarto de Venturi, pero no sé adónde habrá ido ese Arnaud...

Al concluir estas palabras, el hombre miró hacia abajo y su mirada encontró los únicos puntos de luz que había allí... los ojos brillantes de La Sombra.

En el espacio de menos de un segundo, el gangster reconoció a la figura vestida de negro y comprendió que se encontraba cara a cara con La Sombra, el enemigo encarnizado del crimen.

Para los más atrevidos delincuentes del mundo del hampa, el nombre de La Sombra era algo temible. La vista de la figura colgada de la pared, bastó para dar a comprender al bandido que había encontrado a la amenaza que más asustaba a sus congéneres.

Hordas enteras de gangsters habían temblado al enfrentarse con La Sombra; pero aquel individuo en particular era distinto de los demás. No sólo era uno de los "gorilas" más endurecidos de "Bumps" Jaffrey, sino que era astuto y listo. Comprendió que había ganado la mayor ventaja que podía favorecerle en un encuentro con La Sombra, Respaldado por sus compañeros, todo estaba en su favor. Con un grito de triunfo, el gangster dio la alarma, gritando:

-¡La Sombra!

Se inclinó al hablar con un revólver brillante en la mano. Con ademán feroz, pegó con el arma, apuntando a la cabeza que se encontraba debajo de él.

Quería dar en los ojos y su golpe transmitía toda la ferocidad de su corazón malvado. Quería hacer caer al enemigo. Al recibir aquel golpe, La Sombra se soltaría y encontraría la muerte estrellándose en el suelo.

Pero al bajar el brazo el gangster, la mano de La Sombra subió rápidamente en el aire. Mientras con un brazo se agarraba al marco de la ventana, con la otra cogía la muñeca del bandido y desviaba el golpe poderoso que iba a aniquilarle.

A pesar de la furia del puñetazo del gangster, la mano enguantada de La Sombra le cogió la muñeca como entre unas tenazas, y el bribón, con medio cuerpo fuera de la ventana, se encontró con la cara a un palmo de los ojos penetrantes que le miraban bajo el ala del sombrero negro de su adversario.

La muñeca de La Sombra se retorció y el gangster se cogió desesperadamente al marco de la ventana con la mano libre; falló y lanzó un grito de agonía al sentir que su cuerpo daba media vuelta.

Su mano derecha perdió toda su fuerza. El revólver cayó de sus dedos entumecidos y tocó el patio; medio segundo después y a pesar de un último esfuerzo para luchar con La Sombra, el cuerpo del gangster se desplomaba en la misma dirección.

Un grito frenético resonó en el instante en que el revólver caía, con estruendo sobre las baldosas del patio. El grito murió como el silbido de una locomotora, cuando el bandido cayó de cabeza, siguiendo la misma trayectoria. Creyó luchar con La Sombra desde un lugar seguro, pero los papeles quedaron invertidos y a él le tocaba aquel fin desgraciado.

Varios juramentos brotaron en el interior del cuarto. Los demás gangsters habían oído el grito de su compañero, seguido las peripecias de la brevísima lucha en la ventana y comprendían que su compinche había sido vencido por un superhombre.

De común acuerdo, se abalanzaron con las armas en la mano, esperando cumplir con ayuda de una lluvia de balas, lo que su compañero no había podido ejecutar.

Antes de que un solo gangster viera el blanco contra el cual intentaba disparar, la mano libre de La Sombra se movió bajo los pliegues de su capa negra. Volvió a aparecer sobre el marco de la ventana y, simultáneamente, una cabeza tocada de negro surgió encima.

Los ojos de La Sombra, escudriñando las tinieblas del cuarto, enfocaron a los gangsters que se acercaban.

Uno de los pistoleros disparó, pero en su precipitación, erró el tiro. Un segundo, más calmoso, puso el dedo en el gatillo. Un disparo que parecía un cañonazo resonó en la ventana. El segundo gangster se desplomó. La mano de La Sombra se volvió hacia el hombre que había disparado el primero.

Mientras apuntaba, la cabeza de La Sombra se hundió rápidamente. Dos disparos resonaron a la vez; el uno salía del revólver del gangster y el otro de la automática de La Sombra.

La bala del revólver atravesó la copa del sombrero de fieltro negro, pero la de la automática encontró alojamiento en el corazón del bandido.

-¡La Sombra!

El grito surgió en la puerta del cuarto. Era otro gangster que había identificado al enemigo, y la respuesta que obtuvo no dejó lugar a dudas en cuanto a éste. Se oyó una carcajada burlona: la risa siniestra de La Sombra que infundía temor en cuantos la oían.

Aquella risa detuvo a los hombres en la puerta. La risa de La Sombra era tan eficaz como un tiro de revólver. Los gangsters que habían entrado en el cuarto de Enrique Arnaud huyeron a esconderse en el vestíbulo y allí, donde había luz, reunieron a otros compinches que acudían en su ayuda.

-¡La Sombra!

Confiando en su número, los gangsters irrumpieron en el cuarto. Los revólveres brillaron y varios tiros fueron dirigidos contra la ventana. Uno de los gangsters giró el conmutador de la luz que se hallaba al lado de la puerta.

Una explosión de risa pareció salir de la pared. En medio de la estancia, la siniestra figura negra de La Sombra se erguía, rodeada de enemigos.

Las manos enguantadas de negro se movieron, rápidas y sistemáticas. Los dedos apretaron los gatillos de las armas mortíferas y los gangsters se desplomaron bajo la lluvia de plomo de los poderosos 45.

Únicamente los que huyeron sin atreverse a disparar, escaparon a una muerte segura. De la docena de gangsters que se encontraban allí, los que intentaron tumbar a La Sombra cayeron todos.

Unos cuerpos se retorcían lamentablemente en el suelo. Era inútil resistirse.

Uno de los pistoleros apretó al caer el gatillo de su revólver, antes de que éste se le escapara de la mano. La bala destrozó un cuadro a dos pies de la cabeza de La Sombra.

Otros fracasaron igualmente. Al disparar un cuarto de segundo antes que sus adversarios, La Sombra acababa con ellos antes de que le hicieran el menor daño.

La breve batalla dejó a la mitad de la cuadrilla en el interior del cuarto. La otra mitad se había refugiado en el vestíbulo, fortificándose allí en los huecos de las puertas que daban al pasillo, atreviéndose a quedarse, pero faltos del valor necesario para volver al ataque.

Los seis gangsters supervivientes estaban decididos, sin embargo, a que La Sombra no saliera de su cuarto con vida.

Una risa contenida salió del dormitorio, cuya luz fue apagada de repente. La Sombra había dado otra vuelta al conmutador y se acercaba a la ventana. Vió que no había luz en el cuarto de Venturi.

Los dos italianos se habían marchado al empezar la refriega. Los tiros atrajeron la atención de la cuadrilla de gangsters que le habían atacado, como lo había esperado La Sombra.

Sin embargo, la risa de ésta era una risa de preocupación. Aunque pudo más que la cuadrilla de gangster que le habían atacado, la desventaja en que se encontró al principio dio al traste con su plan original.

Él pensó en atacar a los gangsters y no en esperar su ataque. Salir al vestíbulo era dar un paso inseguro, La Sombra debía arriesgarse a ello; pero le estaban haciendo perder un tiempo precioso.

Criatura invisible, La Sombra se movía por el cuarto sin hacer el menor ruido. Permaneció un momento ante la puerta. Ahí fuera, seis pistoleros le esperaban, y únicamente empleando un ardid podría burlarles.

La Sombra se había encontrado antes de entonces en situaciones análogas; pero invariablemente engañó a sus adversarios haciéndoles esperar. Sin embargo, aquella noche el tiempo apremiaba. La Sombra volvió los ojos arriba y éstos brillaron al descubrir el ventilador practicado encima.

Un segundo después, La Sombra se encaramaba en la cabecera de la cama, y el ventilador, empujado por una mano cuidadosamente, se abría lentamente,

Un ojo miró por la abertura y el cañón de una pistola automática apareció debajo del mismo. Los gangsters al acecho no se habían dado cuenta de lo que ocurría. La Sombra divisó a uno de ellos, emboscado en un rincón del vestíbulo.

La automática habló y un grito escapó de labios del gangster. La Sombra le había herido. Nuevamente, la automática se dejó oír, y esta vez, los gangsters, que se habían dado cuenta de dónde procedía el fuego, contestaron con sus revólveres, todos apuntaban al ventilador, y bajo sus balas, el cristal saltó hecho añicos.

Tiraban a matar, y de haberse encontrado allí La Sombra, le habrían tocado infaliblemente; pero nuevamente trabajaba con método y rapidez. Apenas hubo disparado sus primeros tiros, se dejó caer al suelo antes de que empezara la lluvia de plomo.

Un instante después, su ojo y su mano aparecieron en el marco de la puerta, a través de una estrecha grieta, casi tocando el suelo. La Sombra abrió el fuego. Varios gangsters estaban a la vista y continuaban disparando contra el ventilador. Los nuevos disparos que procedían de un punto situado seis pies debajo de éste, les cogieron por sorpresa.

Lanzando juramentos, los pistoleros cayeron antes de poder desviar el fuego.

De los seis, únicamente dos lograron escapar a las iras de La Sombra.

Vieron caer a sus compañeros antes de darse cuenta de dónde llegaban los disparos y en vez de replicar, huyeron hacia la escalera antes de que La Sombra volviera su automática en su dirección.

El camino estaba libre para el vengador vestido de negro. La Sombra salió al vestíbulo, pero unos gritos le detuvieron en el acto. Una serie de disparos vino de la escalera. Los gangsters derrotados habían topado con nuevos invasores.

Un segundo después, varios policías de uniforme subían la escalera e invadían el vestíbulo.

Ahí estaba una nueva barrera inesperada para La Sombra. El tiempo continuaba corriendo. La Sombra, vengador del crimen, no tenía pelea con la Ley. El fin que se proponía era frustrar los planes de los malvados; sin embargo, el tiempo apremiaba y era preciso que se alelara sin ser visto.

Tan sólo le quedaba una solución... volver a meterse en su cuarto. La puerta del número 1108 se cerró y los gritos de la policía evidenciaron el hecho de que se habían dado cuenta de ello.

Los representantes de la Ley creían haber llegado al final de una lucha entre dos cuadrillas y estaban decididos a detener a todos sus participantes.

La llave dio la vuelta a la cerradura y la policía se echó sobre la puerta. La Sombra cruzó rápidamente el cuarto y se acercó a la ventana. En un segundo salió por la misma y, recorriendo el peligroso camino seguido en otra ocasión, se dirigió al cuarto de Víctor Venturi.

La situación era seria. La policía estaba hundiendo la puerta del número 1108. El ruido de la madera astillada llegó a sus oídos.

La policía invadió el cuarto y buscó a un vivo entre el grupo de muertos y heridos, sin lograr encontrarlo.

La luz brilló en el número 1108 y la cabeza de un policía se asomó a la ventana. Los ojos del hombre de uniforme escudriñaron las paredes del patio sin ver la forma que colgaba de la ventana de Venturi.

Moverse entonces habría equivalido a denunciarse. La Sombra permaneció inmóvil unos largos instantes. Finalmente oyó el grito que había esperado.

Al mirar abajo el policía había divisado el cuerpo del gangster que cayó por la ventana.

-¡Ahí está!-gritaron-. Habrá querido huir por la pared y habrá caído al patio...

Todos los ojos estaban fijos en la misma dirección, La Sombra abrió cuidadosamente la ventana del cuarto de Venturi y penetró en éste. Un segundo después estaba a salvo en la oscuridad.

Tenía el camino libre. Desde el cuarto de Venturi podía escapar fácilmente, tomando una escalera situada al otro extremo del hotel... un coche que descansaba en un garaje cercano... y huyendo rápidamente a Nueva Jersey.

Eso era lo que le quedaba por hacer, y sin embargo, a pesar de toda la rapidez que aportaría a sus operaciones, La Sombra se enfrentaba con una tarea ardua.

Hacía tiempo que “Bumps” Jaffrey y sus hombres se habían puesto en camino y Víctor Venturi les había seguido bastante después, La Sombra sería el último que realizara el viaje. El retraso había consumido unos momentos preciosos.

Esos factores amargaban el triunfo de La Sombra. Para él significaban más que la gloria de la victoria obtenida sobre sus enemigos, aunque en verdad, La Sombra había realizado verdaderas proezas desde su regreso al Hotel Dexter.

Agarrado a la pared se había enterado del lugar adonde se dirigía Venturi... a casa de Sturgis Bosworth. Desde la pared había luchado y vencido al hombre que intentó matarle y desde la pared inició el terrible ataque que diezmó a una cuadrilla entera de pistoleros.

Nuevamente en la pared, se había escapado, dejando a la policía convencida que había dado cuenta de todos los combatientes restantes. No habían contado con La Sombra.

Fantasma misterioso, La Sombra se había desvanecido hábilmente. Ileso tras dos rápidos encuentros con miembros del hampa, se marchaba sin más dilación en busca de nuevas aventuras.

CAPÍTULO XIII
LA VISITA DE CRIX

-Un caballero desea verle, señor de Bosworth.

Sturgis Bosworth levantó los ojos. Estaba sentado en el despacho particular que tenía en su casa de Montclair y miró al criado que acababa de hablarle, como pidiéndole más explicaciones.

-¿Quién es, Caleb?-preguntó.

El criado le entregó una tarjeta que lleva ha el nombre de Hugo Tollsburg.

-Hazle pasar-ordenó Bosworth.

Unos minutos después, la visita penetró en el despacho. Al igual que Winston Collister, Sturgis Bosworth se encontró cara a cara con un hombre que tenia el aspecto de un extranjero, sin parecer eslavo.

-Soy el barón Tollsburg-anunció el visitante.

-Me alegro de conocerle, barón-conteste Bosworth-. Siéntese usted. ¿Quiere un cigarro o un cigarrillo?

-Un cigarrillo-dijo suavemente el visitante-, pero prefiero mi marca particular, gracias.

Encendió un cigarrillo y el olor a tabaco egipcio se esparció por la estancia.

Sturgis Bosworth era hombre de alguna edad, calvo y de aspecto severo.

Imitando a su huésped, encendió un cigarrillo, y al lanzar el humo hacia arriba, hizo observar:

-Es una noche excelente...

-Una noche que uno podría esperar mucho tiempo-replicó el interlocutor.

-Con el mundo en revolución...

-...es deber nuestro pacificarlo.

Sturgis Bosworth volvió a chupar de su cigarrillo.

-Me alegro que haya llegado, barón-dijo-. Tengo preparado el dinero que ayudará la causa de mi amigo Arístides Ponjeau. Me ha estado preocupando un poco...

-Participa usted con una cantidad importante-dijo el visitante, con tono de alabanza.

-No es el dinero lo que importa-replicó Bosworth-. He ganado millones fabricando varios tipos de maquinaria y considero esta contribución como una inversión de dinero. El Tribunal Mundial de la Industria contribuirá al progreso internacional de los grandes negocios. No, barón, únicamente me preocupaba la entrega de los fondos.

-Ya no tiene por qué preocuparse ahora.

Bosworth inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

-¿Trae usted sus cartas credenciales?-inquirió.

El hombre que se hacía llamar barón Tollsburg se levantó y sacó los mismos documentos que había enseñado a Winston Collister la noche aciaga durante la cual asesinó al riquísimo agente de seguros.

-Están conformes-anunció Bosworth-. Su método es cuerdo, barón... o ¿acaso debo decir que el método del señor Ponjeau es cuerdo? Ni yo ni los demás contribuyentes conocemos la identidad de los que entregan fondos. Lo sabremos más adelante, sin embargo, y tal vez resulte una sorpresa.

Bosworth rió entre dientes al abrir un cajón de su mesa. Sacó del mismo una caja oblonga y la abrió, dejando a la vista un montón de billetes de Banco.

Hecho esto, empujó una hoja de papel escrita a máquina hacia su visitante.

-Su firma, barón-requirió.

El falso barón firmó y deslizó la mano en el bolsillo al ver que Bosworth comparaba la firma con la del documento; pero Sturgis Bosworth no era tan buen observador como Winston Collister.

-Muy bien-dijo el fabricante.

El falso Tollsburg se sacó la mano del bolsillo de la americana y la alargó con el fin de tomar la caja que contenía el dinero. En aquel instante, llamaron a la puerta y el visitante levantó la vista, momentáneamente alarmado.

Sturgis Bosworth tradujo la misma impresión. Con un ademán leve de la mano se acercó a la puerta.

-¿Quién es?-preguntó.

-Caleb, señor-. Es una visita... importante, señor. Aquí tiene su tarjeta.

Bosworth abrió la puerta y cogió la tarjeta. Palideció ligeramente, pero en seguida recobró su color normal, echándose a reír.

-Me ha sorprendido-dijo-. ¡Una visita en este preciso instante! Se trata de un viejo amigo que no he visto hace tiempo. Puede esperar.

-Yo me marcho en seguida, señor Bosworth.

-¡Desde luego, desde luego!-Bosworth le detuvo al lado de la mesa-. Pero antes de irse, barón, es preciso que acepte un regalo especial que he preparado para el emisario del señor Ponjeau. Espere hasta haberlo visto, barón. Quedará sorprendido.

Bosworth volvió a abrir el cajón de la mesa y rebuscó en el mismo como para encontrar algo que no sabía exactamente en dónde estaría. De pronto irguió la cabeza y en su mano levantada brilló un revólver de tipo anticuado.

-¡Manos arriba!-ordenó Sturgis Bosworth con voz ronca.

El visitante obedeció, fingiendo sorprenderse.

-Así, pues...-dijo Bosworth con indignación-, ha intentado engañarme, ¿no? Pues bien, la suerte quiere que la próxima visita que había de recibir haya llegado. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de Víctor Venturi, barón?

El visitante fingió no comprender.

-Es amigo de Arístides Ponjeau-declaró Bosworth-. Me ha transmitido esta tarjeta que lleva su nombre y además “de parte de Arístides Ponjeau”... También lleva estas palabras: “¡Desconfíe del impostor que le está engañando!” ¿Qué piensa usted de esto, señor barón?

Su interlocutor no contestó. Con las manos en alto, sus ojos brillaban de cólera.

-Es usted un impostor-le acusó Bosworth-. Su cara le traiciona. Se encuentra en mi poder y tan sólo le queda una probabilidad de salvarse... confesar francamente. ¿Quién es usted?

Una leve sonrisa brotó en los labios del acusado. Pareció darse cuenta que estaba acorralado, pero sin embargo su tono era sarcástico al contestar a Sturgis Bosworth.

-No soy el barón Tollsburg-declaró-. Más vale que sea franco con usted antes de enfrentarme con Víctor Venturi. Tollsburg ha muerto... Yo lo maté... ¿Mi propia identidad? Le sorprendería conocerla, Bosworth. Yo tengo más de un nombre. Sin embargo, puede interesarle conocer el que he tomado para tratar este asunto. Me llamo Crix. ¡Recuerde usted el nombre, Bosworth! ¡Crix!... ¿Que no es un nombre corriente? Tal vez... pero es un buen nombre. Más de un bandido astuto ha obedecido a Crix..., que siempre se ha mantenido en la sombra. Muchos hombres de talento le han conocido tan sólo por el nombre de Crix. ¡Yo soy Crix! Y puesto que usted conoce mi identidad, puedo decirle algo más... que le interesará en su vida futura... su vida futura, Bosworth, que será ya muy corta.

»Cuando Crix hace planes, los hace bien. Puede matarme si quiere, pero el tiro de su revólver será su decreto de muerte. Lo he designado como una señal para mis hombres. Se abalanzarán para ayudar a su jefe, a Crix. Yo soy Crix, el que mató al barón Tollsburg, el que mató a Winston Collister... Crix, que será el causante de la muerte de Sturgis Bosworth...

Las palabras expiraron en los labios de Crix, al saltar éste encima de la mesa. Había cogido a Sturgis Bosworth por sorpresa, en un momento en que el hombre estaba algo desconcertado por la extraña historia que estaba oyendo.

El millonario apretó el gatillo, pero lo hizo demasiado tarde.

Al saltar Crix le dio un golpe en el brazo y, ya encima de él, luchó cuerpo a cuerpo con el hombre que había intentado dispararle un tiro.

La lucha no duró más que unos segundos. Con el golpe poderoso, Crix puso a Bosworth fuera de combate. El millonario cayó atrás, agarrando siempre su revólver, pero ante de que pudiera levantarlo, Crix había sacado el suyo.

Disparando a quemarropa metió una bala en el cuerpo de Sturgis. El millonario se desplomó sin un quejido.

Crix se volvió hacia la puerta, con una mirada asesina en los ojos. La puerta estaba abriéndose y el criminal vió a Caleb, el viejo servidor de Bosworth. La situación era idéntica a la que se le presentó en Hartford.

El fiel criado acudía en auxilio de su amo. Crix adoptó el mismo método.

Con una sonrisa diabólica, apretó el gatillo de su revólver y Caleb cayó como una masa.

Con toda calma, Crix se metió el arma en el bolsillo, recogió la caja y la cerró. Con completa indiferencia, salió de la estancia y se metió en un pasillo que llevaba a una puerta lateral de la casa.

Aquella noche, Crix había hecho sus planes; más cuidadosamente que antes y había dicho la verdad a Sturgis Bosworth. El primer disparo era una señal.

Si éste y el segundo no habían sido oídos, el tercero había sin duda alguna llegado a unos oídos atentos, puesto que la puerta se abrió al dispararlo Crix.

La huída era fácil. Aquella noche había quien le protegía. Crix rió diabólicamente al alejarse. ¡Que Víctor Venturi estuviese allí y que otros oyesen los disparos! Por mucho jaleo que se armase en la casa, sus cómplices lucharían eficazmente por él.

¡Se trataba de nada menos que de la friolera de dos millones de dólares, metidos en una caja que Crix, el asesino, llevaba debajo del brazo!

CAPÍTULO XIV
LA SOMBRA AYUDA

Víctor Venturi estaba paseando arriba y abajo en el salón de la casa de Sturgis Bosworth, situado en la parte delantera de ésta. Nervioso y preocupado, el sensible italiano formaba un contraste marcado con su compañero Ángelo, el cual estaba sentado silenciosamente en una silla de alto respaldo.

Los dos hombres habían llegado a aquella mansión tras un rápido viaje en taxi. Durante el trayecto, Venturi había traicionado su habitual nerviosismo, preparó la tarjeta que había de ser entregada a Sturgis Bosworth y esperaba ansiosamente el resultado de su mensaje.

De pronto, Venturi se paró en seco y se volvió hacia su criado con aire preocupado. El hecho de que Caleb, el lacayo de Bosworth, le había dicho que había una visita con el millonario, había aumentado sus recelos.

-¿Qué ha sido esto, Ángelo?-susurró el italiano-. ¿No parecía un disparo?

El servidor de Venturi aguzó el oído.

-¡Otro!-exclamó Venturi.

Un momento después, una fuerte explosión llegó a oídos de los dos hombres. Venturi no se equivocaba. Era indudable que se había disparado un tiro en la parte trasera de la casa.

-¡Ven!-gritó Venturi.

Seguido de Ángelo, el emisario italiano echó a correr en la dirección desde la cual había llegado el tiro. Se encontró en un vestíbulo y abrió una puerta al fondo de éste. Entrando en aquella estancia, Venturi no tardó en detenerse al ver dos cuerpos en el suelo.

Comprendiendo que uno de éstos era el de Sturgis Bosworth, Venturi se abalanzó y se inclinó sobre el millonario. Levantó la cabeza de Bosworth y vió que éste parpadeaba. Los labios del moribundo se movieron.

-¡Crix!-dijo Bosworth con voz débil entrecortada-. ¡Su... nombre... es... Crix... me... ha robado!

Calló... Sturgis Bosworth estaba muerto. Con una exclamación de rabia, Venturi se puso en pie y se encaminó a la puerta.

-El hombre ha escapado, Ángelo-gritó-. ¡Ven!... ¡Hemos de capturarle!

El italiano se detuvo en seco al llegar al umbral, pues allí sé le enfrentaba un hombre de rostro duro que le amenazaba con un revólver. Con un gesto, hizo retroceder a Venturi hasta el fondo dc la estancia.

-¿De manera que va detrás de alguien?-preguntó-. Tendrá que cambiar de idea, Venturi. Por de pronto, de quien ha de preocuparse es de sí mismo.

Varios rostros amenazadores rodearon al del hombre armado. «Bumps» Jaffrey estaba allí con su cuadrilla. El jefe de los gangsters rió sarcásticamente mientras sus muchachos se acercaban. Volviéndose ligeramente, habló a «Skeeter» Wolfe.

-Echa una mirada arriba, «Skeeter»-ordenó-. Si alguien chilla, dale su merecido.

«Skeeter» se alejó para seguir estas instrucciones, «Bumps», confiado en que nadie intervendría, gozaba de ver las víctimas indefensas que estaban de pie ante él.

-De espalda contra la pared-ordenó-. Deprisa o les meto plomo caliente en el cuerpo antes de que se den cuenta.

Venturi comprendió. Ángelo, que entendía imperfectamente el inglés, siguió a su amo al ver que Venturi retrocedía lentamente hasta la pared. La intención de «Bumps» Jaffrey no dejaba lugar a duda alguna. El jefe de los gangsters iba a asesinar a sangre fría a la pareja.

-¿De forma que os ibais tras de alguien, eh?-preguntó «Bumps» con una mueca horrible-. No sabíais que alguien le guardaba las espaldas, ¿no? Queríais a Crix... coger a Crix, ¿eh? ¡Pues bien, en vez de eso os iréis ambos al infierno!

«Bumps» amenazaba a sus víctimas con su revólver. A su lado se encontraban cuatro gangsters y otro vigilaba en la puerta. Dos hombres asesinados yacían en el suelo...

¡Sus cadáveres eran obra de Crix, el super criminal!

«Bumps» Jaffrey se echó a reír. Antes de alejarse, él también dejaría huellas de su paso. Las órdenes qué tenía eran de suprimir a Víctor Venturi y a quienquiera que fuera que le acompañase.

-Es el final para ti, Venturi-anunció el gangster fríamente-. Has demostrado ser listo esta noche, escapando de mis gorilas en el Hotel Dexter, pero tu suerte ha cambiado. ¿Te gusta el plomo caliente? ¡Bien! ¡Pruébalo!

El revólver del jefe de los gangsters subió al aire. Víctor Venturi, a pesar de la palidez de su cara, miraba con entereza el cañón del arma. Fue Ángelo el que dio muestras de acobardarse. El criado no tenía la entereza del amo.

Todos los ojos estaban vueltos hacia la escena del próximo crimen que iba a cometerse. Únicamente un hombre estaba de guardia cerca de la puerta. Había visto la muerte de cerca a menudo y su deber era vigilar. Sin embargo, no cumplía con su deber como debiera.

A ratos, miraba dentro del cuarto en vez de tener la vista fija en el vestíbulo.

Admiraba la finura de «Bumps» y su admiración fue su pérdida.

Algo se movió en el vestíbulo. Una figura extraña se materializó en la oscuridad. Surgió, altísima, al lado del gangster de guardia y al volverse para echar una mirada al vestíbulo, el pistolero se encontró frente a frente con un par de ojos brillantes que le dejaron helado.

Antes de que pudiera gritar, un brazo cubierto de negro cayó y la culata de una automática pegó fuertemente al bandido en la cabeza. Un grito ahogado brotó de su garganta a la par que se desplomaba al suelo.

«Bumps» Jaffrey oyó el ruido anormal e instintivamente dio media vuelta hacia la puerta. Sus compinches le imitaron.

Al igual que el que estaba de guardia, vieron los ojos brillantes del recién llegado y reconocieron la forma que surgía en el umbral. El mismo grito salió de cinco bocas:

-¡La Sombra!

«Bumps» Jaffrey apuntó con su revólver a la nueva amenaza y otros dos gangsters sacaron sus armas. Los que se encontraban más cerca de La Sombra dieron un salto en dirección al fantasma negro; pero todas esas acciones fueron inútiles.

La pistola del 45 de La Sombra dejó oír su poderosa voz. Ya dos veces aquella noche La Sombra había vencido a unas hordas de pistoleros. Este era su tercer triunfo.

Sus atacantes cayeron al saltarle encima. Habían cometido la imprudencia de ponerse en la trayectoria de las balas del mortífera 45 de La Sombra.

«Bumps» Jaffrey quedaba indefenso.

El jefe de los gangsters salvó la vida únicamente, porque sus nombres habían saltado sobre La Sombra. Ellos habían recibido las balas en vez de «Bumps». Mientras sus demás compinches atacaban juntos a La Sombra, «Bumps» no se atrevió a disparar. Esperaba ver caer a La Sombra, y nerviosamente echó una mirada a Víctor Venturi y a su criado Ángelo.

El rugido de las automáticas se repitió. «Bumps» vió que sus demás secuaces caían al suelo. El cañón de una pistola se levantó y el jefe de los gangsters se quedó mirando al tubo

mortal. Un segundo más y «Bumps» habría caído muerto. La llegada inesperada de «Skeeter» Wolfe fue lo que le salvó.

Atraído por el tiroteo, «Skeeter» atravesó corriendo el vestíbulo y se echó sobre los hombros de La Sombra. Cogiendo con una mano el cuello negro de la capa de ésta, «Skeeter» empleó la otra para apoyar su revólver en la espalda de La Sombra. Salió el tiro, pero en vano. Soltándose con fuerza y agilidad, La Sombra esquivó el fuego del revólver de «Skeeter».

Precisamente entonces, Venturi hizo el primer esfuerzo con el fin de salvarse y saltó sobre «Bumps» Jaffrey. Luchó cuerpo a cuerpo con el jefe de los gangsters y al hacerlo estorbó la acción de La Sombra.

Ésta estaba en el suelo, donde había caído con «Skeeter» Wolfe. Su gesto rápido derribó a «Skeeter» Wolfe; pero la automática de La Sombra no había variado de blanco y apuntaba siempre a «Bumps» Jaffrey.

Sin embargo, La Sombra no disparó, puesto que «Bumps» estaba protegido por el cuerpo de Venturi.

«Skeeter» Wolfe hizo ademán de levantarse, agarrando su revólver que había caído al suelo, a su lado. Con un sencillo gesto del brazo, La Sombra le asestó un golpe tremendo en la cabeza y «Skeeter» se aplastó contra el suelo.

La automática de La Sombra volvió a encañonar a «Bumps» Jaffrey.

Siempre luchando cuerpo a cuerpo con Venturi, «Bumps» se había acercado a la ventana. Dando un salto desesperado, el jefe de los gangsters se tiró de cabeza a través de los cristales, que cedieron bajo su peso y se abrieron hacia fuera bajo el impacto. En medio de un gran estruendo de cristales rotos, «Bumps» Jaffrey aterrizó en el césped, fuera de la casa.

La Sombra disparó, pero por primera vez aquella noche lo hizo tarde.

«Bumps» Jaffrey se había puesto a salvo.

El jefe de los gangsters huía locamente. Todos sus secuaces habían caído ante La Sombra. Él solo lograba escapar y debía la vida al ataque inesperado de Venturi.

La Sombra había llegado a tiempo para salvar a Venturi. El italiano y su criado, Ángelo habían estado en trance de muerte, y a no ser por la intervención de La Sombra habrían perecido. Aturdido todavía, Venturi se enfrentó con el extraño personaje que le había salvado.

-¡Venga!

Las palabras de La Sombra eran una orden perentoria. Haciendo una seña a Ángelo, Víctor Venturi se apresuró a salir al vestíbulo. Delante de él se veía la figura espectral de La Sombra.

Como en sueños, Venturi la siguió por una puerta lateral y, obedeciendo a un gesto de su salvador, subió al volante de un pequeño «roadster» que esperaba, con el motor en marcha. Ángelo se sentó al lado de su amo.

Poniendo el coche en marcha, Venturi se alejó del hogar de Sturgis Bosworth. El italiano comprendía y apreciaba la situación. Era demasiado tarde para salvar la vida de Bosworth, demasiado tarde para coger al asesino, pero él, por lo menos, había escapado y debía ponerse a salvo.

Había un sobre en el volante del coche. Obedeciendo a la orden de Venturi, Ángelo lo cogió y lo abrió. El criado leyó el contenido de la nota, acercándola a la luz interior del coche.

-¡Está escrito en italiano, señor¡-exclamó el criado-. Dice que hemos de llevar este coche al garaje de Markley en la calle Decimocuarta, dejándolo allí. Dice también que debe usted ocultarse o que correrá nuevos peligros. También hay que avisar al próximo hombre antes de la noche señalada. Sabrá usted su nombre por mediación del señor Ponjeau. ¡Ah! Aquí, señor, indica el lugar donde estará en seguridad, «Señor Folloni. Café Bella Nápoli...»

Ángelo se detuvo y agitó el papel nerviosamente. Repitió en voz alta lo que había leído, mientras Víctor Venturi asentía solemnemente. Los dos italianos comprendían que la

nota emanaba del hombre que les había salvado; que se trataba de un amigo que, él también, deseaba evitar crímenes y coger al enemigo que por dos veces consecutivas había logrado robar millones.

La vista de Ángelo volvió a posarse en el mensaje de La Sombra. Una exclamación brotó de sus labios. Mientras miraba, vió lo escrito desaparecer palabra por palabra. Como si una mano invisible borrara el mensaje, éste se esfumó, dejando una hoja de papel en blanco.

Venturi, al oír el grito, puso los ojos en el papel que Ángelo tenía en las manos y presenció él también el pequeño fenómeno. Si alguna duda existía todavía en sus mentes respecto al poder de La Sombra, quedó disipada. La tinta especial empleada para escribir el mensaje, había sido preparada de acuerdo con la formula secreta de La Sombra. Sus efectos, presenciados por los que nunca la habían visto, eran asombrosos.

El papel que Ángelo continuaba sosteniendo en la mano estaba completamente limpio, pero el mensaje había dejado una huella indeleble en el ánimo del italiano.

Era el método que La Sombra empleaba vulgarmente para comunicar con sus agentes. Con ayuda del mismo y del sencillo código que sus agentes conocían, las órdenes de La Sombra no caían nunca en poder de los demás.

Más tarde, aquella misma noche, dos extranjeros envueltos en sendas bufandas llamaron a la puerta del Café Bella Nápoli, pequeño restaurante italiano poco conocido y situado en una calle del norte de Manhattan.

Los recibió el propio “signor” Folloni. Hombre barbudo y corpulento, de mediana edad, Folloni les saludó atentamente y les condujo a unas habitaciones situadas encima del restaurante.

En voz baja les aseguró que su identidad quedaría en secreto. Verdadero hijo de Italia, Folloni se sentía honrado con la presencia de un huésped tan distinguido como Víctor Venturi.

El italiano barbudo era taciturno. No reveló el hecho de que había sido informado de la llegada de aquellos huéspedes, por mediación de una misteriosa llamada telefónica, durante la cual una voz extraña, que no pasaba de un murmullo, le había ordenado cumplir aquel deber.

Folloni había recibido un mensaje de La Sombra. Su tono perentorio y la mención del nombre de Víctor Venturi, habían contribuido a arrancarle una promesa de estricta obediencia.

Más tarde, aquella misma noche, Ángelo regresó al café Bella Nápoli para dar cuenta del cumplimiento de una misión secreta. En el cuartito del tercer piso, en el cual Venturi le esperaba, Ángelo informó a su amo que había enviado un cablegrama redactado con código al señor Ponjeau, dándole cuenta de la nueva situación ante la cual se encontraban.

Las palabras de Ángelo fueron oídas. A pesar de que una gruesa pared separaba aquella estancia del resto de la casa, todo cuanto dijo se oía merced a un tubo invisible que pasaba por la ventana y corría por la pared.

En la casa contigua, un hombre estaba sentado ante una mesa. Llevaba un casco con auriculares y tomaba en taquigrafía todo lo que oía.

Burbank, agente de contacto de La Sombra, se había establecido en un nuevo cuartel general. Aunque no sabía hablar italiano, Burbank era una pura maravilla de eficiencia. Sus notas taquigráficas serían repetidas exactamente tal como las oyó, cuando se pondría en contacto con La Sombra.

Otra fase del drama estaba en preparación, Crix no tardaría en volver a cobrar. Víctor Venturi sería enviado para desbaratar sus planes y una vez más se necesitaría la ayuda de La Sombra.

CAPÍTULO XV
LA SOMBRA OYE

El cuartito situado encima del salón de bebidas de Duke, estaba ocupado nuevamente por dos hombres que hablaban, sentados ante una mesita colocada contra la pared. “Bumps” Jaffrey, jefe de una cuadrilla de gangsters, y Bart Shallock, el timador, estaban conferenciando.

Ningún incidente había señalado este encuentro. En la planta baja, en el “speakeasy” de Duke, todo era tranquilidad. Ningún gangster con jersey se presentó en aquella ocasión.

Sin embargo, La Sombra estaba presente. Conocía el emplazamiento del cuarto en cuestión, cuyas ventanas daban a un rincón de la calleja y allí tuvo La Sombra la oportunidad de llegar sin que le vieran ni oyesen.

Fantasma negro, totalmente invisible, al moverse hacia arriba, La Sombra llegó a la altura de la ventana inmediatamente después que «Bumps» Jaffrey penetró en el “speakeasy”.

La negrura reinante en un rincón de la estancia era el único indicio de su invisible presencia. Confundido con las tinieblas, La Sombra escuchó como lo hizo en otra ocasión.

El mismo asunto embargaba la atención de los conferenciantes. Los asuntos de Crix, el super criminal, eran lo que discutían. Bart Shallock, suave y convincente, murmuraba palabras de confianza al oído de “Bumps” Jaffrey.

Al sacar a relucir un grueso fajo de billetes de Banco, logró que una mueca de satisfacción transformara las facciones del jefe de los gangsters.

-¡Diez mil dólares más!-comentó Bart Shallock-. Quedarás bien pagado, «Bumps».

-Así tiene que ser-gruñó el gangster-. Óigame, Bart. Otro trabajito como este último no vuelvo a hacerlo... ¿Me comprende? No me importa lo que me ofrezca a cambio. ¡No quiero riesgos con La Sombra!

-¡Tú estás loco, «Bumps»!

-¡Sí, eh! Lo que usted tiene es mucho jarabe de pico. Se conoce que no estaba allí. Únicamente hay un sujeto capaz de armar jaleo como lo hizo aquel hermano. ¡La Sombra... fue ella¡

«Bumps» movía la cabeza con énfasis al hablar. Bart Shallock se movió nerviosamente en su silla.

A pesar de su fingida incredulidad, el timador sabía que «Bumps» Jaffrey decía la verdad.

-Deja que te diga, «Bumps»-continuó diciendo con tono suave y tranquilizador-. Las cosas se enredaron la otra noche... nada más que eso. Ahora no es hora de dejarlo correr todo. He tenido nuevas noticias de Crix...

-¡Sí! ¿Dónde está?

-No sé..., me habló por teléfono, pero me dijo que desea que tú continúes trabajando para él. Nada más. Tienes que hacerlo, «Bumps», y te diré por qué.

»Crix sabe tomar sus precauciones. Todo lo tenía planeado para el golpe en casa de Bosworth. Tú y los muchachos estabais esperando en caso de que se encontrase en un aprieto.

-Pues en un aprieto nos vimos-comentó «Bumps» con tono resentido.

-Fue cuestión de mala suerte-replicó Bart Shallock-. Venturi fue el que lo enredó todo. Descubrió de una manera u otra que Crix hacia de las suyas. Venturi es un enviado de seguridad; hay otro sujeto que se supone que ha de recoger la pasta. Crix lo tiene bien estudiado todo. Si tus hombres no hubiesen fallado en el Hotel Dexter, Venturi no habría podido trasladarse a casa de Bosworth; pero fue allí e intentó echar a perder la combinación de Crix. Ahí entrabas tú en escena, «Bumps». Tenías dos cosas por hacer... ayudar a Crix a escapar y suprimir a Venturi.

-Pues bueno-rezongó “Bumps”-. Crix escapó, ¿no?

-Sí... - respondió Shallock-, pero también lo hizo así Venturi. Eso es lo peor. No se sabe en dónde está... y es de supones que se ocupará de echar a perder el próximo golpe...

-Comprendo. Más dificultades para mí, ¿no es eso?

-Más trabajo para ti, «Bumps». Cuando Crix me avise, tú prepara a tus muchachos.

-¡Los muchachos!-«Bumps» hablaba con tono de desaliento-. Los muchachos han pasado a mejor vida, Bart. Recuerda el lío del Hotel Dexter. Supongo que La Sombra anduvo mezclada en ello. Y allí, en casa de Bosworth..., pues si yo fui el único en escapar... No, es verdad que «Skeeter» Wolfe logró deslizarse fuera a la llegada de la «poli». Óigame, Bart, no puedo reunir un grupo de «gorilas» para alinearlos ante La Sombra en la misma forma que las otros.

-No te preocupes-dijo Shallock con suavidad-. No sé qué hacer, pero lo que sí sé es que estará preparado contra toda eventualidad esta vez. Dentro de un par de días empezará otro trabajo. Al llegar allí, es posible que te encuentres a Venturi. Entonces tendrás la oportunidad de ajustar cuentas con el italiano. Piénsalo bien, «Bumps». Es asunto de mucha «pasta». Tampoco corremos riesgos esta vez. Crix quiere que tú y tus muchachos os escondáis hasta que os avise. No salgas tampoco desde Nueva York. Escoge un escondite y haz circular los chicos de un sitio a otro. No se te avisará hasta que se te necesite. La Sombra..., si es cierto que está metida en esto..., no podrá seguirte la pista.

«Bumps» Jaffrey asintió. Le parecía un buen plan y los billetes que tenía en la mano acababan de reanimarle.

¡Nunca le sobraba el dinero a «Bumps»!

-¡Muy bien, Bart!-dijo finalmente-. Tendré que moverme un poco ahora y escoger algunos “gorilas” nuevos.

-Tómalos buenos.

-Deja eso de mi cuenta. Conozco a un sujeto que es un as.

-¿Quién es?

-Es un tal Cliff Marsland, que tiene ganas de trabajar conmigo. Preferiría tenerle a él que a una docena de «gorilas» ordinarios. ¡Es un chico inteligente!

-¿Estás seguro de poder contar con él?

-Sí... Se deja caer por casa de Brindle casi todas las noches. Le veré allí.

Bart Shallock sonrió. Se daba cuenta que «Bumps» iba entusiasmándose y comprendía que era inútil insistir. Levantándose, Bart dio una palmada en la espalda del gangster y salió de la habitación. Unos minutos después «Bumps» Jaffrey le imitó.

Algo se movió en un rincón y la figura espectral de La Sombra salió de las tinieblas La Sombra lo había oído todo. La Sombra lo sabía todo. Crix, a pesar de lo ocurrido en casa de Sturgis Bosworth, estaba dispuesto a seguir adelante. Esta vez, el super criminal sería más peligroso que nunca.

¿Se parecería la nueva aventura a la última? Crix... Víctor Venturi... «Bumps» Jaffrey... y luego La Sombra. Los cuatro participantes volverían a encontrarse pero esta vez las cosas tomarían sin duda otro giro.

¡Una batalla de ingenios se estaba preparando, tanto como una batalla de puños y músculos! ¡Crix estaba tomando sus medidas e igual le ocurría a La Sombra!

La alta figura se deslizó silenciosamente por la ventana y desapareció entre las negruras del callejón. La noche se tragó a La Sombra, qué se alejó con el fin de planear su campaña.

Menos de una hora después, Cliff Marsland, que pasaba por Broadway, se detuvo para hacer una llamada telefónica. Oyó la voz de Burbank en el aparato.

-Acepte la oferta de «Bumps»-dijo Burbank-. Envíenos cualquier información importante. Encuéntrese con él en casa de Brindle esta misma noche.

Siguiendo por Broadway, Cliff entró en el café, preguntándose cómo La Sombra se había enterado que «Bumps» Jaffrey, iba a hacerle una proposición aquella noche. Cliff esperó, sentado a una mesita lateral y sonrió para sus adentros cuando vió entrar al jefe de los gangsters. «Bumps» miró en torno suyo e hizo un gesto al ver a Cliff.

-Marsland -dijo «Bumps», al sentarse a la mesa-. ¡Tengo un trabajo para ti! ¿Que te parece? ¿Lo quieres?

-Desde luego-contestó Cliff.

Los dos hombres empezaron a discutir las condiciones en voz baja. Mientras hablaban, Cliff siguió preguntándose cómo La Sombra estaría enterada de todo ello. ¿Dónde se encontraría en aquel momento? Cliff supuso que no andaría lejos de allí, vigilándoles.

Al hacer esta suposición, Cliff Marsland no andaba muy equivocado. La Sombra se encontraba a menos de doce manzanas de allí, deslizándose silenciosamente en las tinieblas, pero no se encaminaba al restaurante de Brindle, sino a la oscura casa contigua al Café «Bella Nápoli».

La Sombra había oído lo que Bart Shallock y «Bumps» Jaffrey tenían que decirse. Ahora iba a enterarse de lo que Víctor Venturi y Ángelo proyectaban hacer.

CAPÍTULO XVI
EL ANTÍDOTO

Un hombre estaba sentado en un cuarto oscuro con un par de auriculares en los oídos. Burbank el agente de La Sombra, estaba escuchando las palabras que le transmitía el hilo de un dictógrafo. La vía secreta de comunicación con el escondrijo de Víctor Venturi estaba funcionando.

Burbank no se dio cuenta del movimiento que se hizo en la oscuridad a sus espaldas. Se enteró de que alguien había penetrado en la estancia cuando una mano blanca y suave le cogió por la muñeca derecha.

Mirando hacia abajo a la luz débil de la lamparilla que alumbraba el cuadro de distribución situado delante de él, Burbank vió el resplandor de una joya que parecía despedir llamas.

La Sombra había llegado. Silenciosamente, Burbank se levantó y dejó el casco que llevaba sobre la mesa. Se apartó y permaneció ante la ventana, mirando la oscuridad de un callejón. La Sombra ocupó la silla en la que Burbank había estado sentado.

Unos sonidos llegaron por medio de los auriculares. La Sombra escuchaba palabras que procedían de la casa vecina. No podía ver los rostros de los hombres cuyas voces oían, pero sorprendía su conversación y ella bastaba a aquel ser misterioso.

En el cuartito situado encima del Café «Bella Nápoli», Víctor Venturi hablaba a su criado Ángelo. A pesar de su nerviosismo, Venturi demostraba su satisfacción.

-¡Buenas noticias esta noche, Ángelo!-exclamó-. Son unas noticias maravillosas, que salvarán nuestra causa. El señor Ponjeau ha obrado rápidamente, y con mi ayuda el enemigo será vencido. Tengo confianza en ti, Ángelo, y te explicaré lo que vamos a hacer. Me han enviado el nombre del próximo hombre rico a quien hay que visitar. Se trata de Roberto Faraday... y vive en un pueblo llamado Southampton, en Long Island. La visita de nuestro agente está fijada para el viernes por la noche, Ángelo... Esto significa que el viernes por la noche habrá dificultades o, mejor dicho, habría dificultades, Angelo, a no ser por el plan del señor Ponjeau. Él ha mandado un cablegrama especial al señor Faraday, Angelo. Dice que Faraday debe esperar una visita el jueves por la noche, un día antes de la fecha fijada. Esta visita, Angelo, seré yo. Estaré allí con mis credenciales, para avisarle, y cuando nuestro amigo

llegue, encontrará el nido vacío. ¿Comprendes, Angelo? Un impostor anda suelto por ahí, presentándose como emisario de Arístides Ponjeau. Él estuvo allí antes que nosotros en la población llamada Montclair. Aquí estamos seguros, Angelo -prosiguió Venturi con una risita nerviosa-, aquí, en el café «Bella Nápoli», con nuestro nuevo amigo, señor Folloni. Nuestro enemigo no sabe dónde estamos escondidos y esto es sumamente interesante, Angelo, porque esta vez nos adelantaremos a él. Seremos los primeros en ver a Roberto Faraday...!Pero es preciso que seamos muy astutos, Angelo! El jueves por la noche hemos de hablar largo y tendido con el señor Faraday. Hemos de discutir con él cómo vamos a preparar la batalla con nuestro enemigo cuando se presente... ¡Este enemigo nuestro es fuerte, sea quien sea! Cuenta con asesinos pagados; ha matado a dos de nuestros amigos y ha escapado con millones. ¡Es un verdadero veneno, Angelo, veneno puro!

El rostro de Venturi brillaba de excitación y de pronto una mirada de astucia surgió en sus ojos.

-¡Es veneno... pero hemos encontrado el antídoto!

Víctor Venturi calló y se enfrascó en sus reflexiones. Angelo se aventuró a observar. -La otra noche, señor, un hombre nos ayudó. Vi a un hombre, señor... quiero decir que era algo más que un hombre... Era un fantasma, señor, un fantasma negro.

Venturi asintió.

-Su ayuda llegó a tiempo, Angelo.

-Es algo más que eso, señor-añadió el criado-. Nos ha ayudado desde entonces. Escribió aquel mensaje extraño, aquellas palabras que se borraron ante nuestros ojos, y por su mediación, señor, vinimos aquí a casa de Folloni.

-Sí-contestó Venturi lentamente-. Sé todo esto, Angelo. Es nuestro único peligro.

-¿Un peligro, señor?

Angelo traducía en su tono su sorpresa.

-Sí-repitió Venturi-. Fue nuestro amigo aquella noche, Angelo. Pero ¿cómo sabemos que siempre lo será? Tal vez tenga sus proyectos, Angelo. Recuerda que se trata de millones... Aquel hombre extraño que nos salvó no era emisario del señor Ponjeau. Yo solo debía estar enterado, en vez de eso he descubierto a dos hombres que conocen el secreto. Uno de ellos es el hombre que asesinó a Sturgis Bosworth y el segundo la persona a quien calificas de fantasma negro... que vino a salvarnos. Tal vez sea enemigo del otro, pero porque nos salvó una vez, eso no quiere decir que continuará siendo nuestro amigo.

»No podemos fiarnos de nadie, Angelo, de nadie sino de nosotros mismos. Por eso el jueves por la noche hemos de ser astutos cuando salgamos de aquí. Obraremos con tanta cautela que nadie... ni el fantasma negro... descubrirá adónde hemos ido...

Angelo aprobó con la cabeza.

-¡Tiene usted razón, señor!-dijo.

-Conocemos a un hombre que es enemigo nuestro-concluyó Venturi-. Es un asesino y tú y yo hemos de enfrentarnos con él, Angelo, avisando al señor Faraday. ¡Él es el veneno, Angelo, y yo soy el antídoto!

Víctor Venturi repitió su comparación con firme convicción que impresionó al fiel servidor. El plan del emisario italiano para luchar contra el crimen era sencillo y directo. El jueves por la noche sería el momento oportuno para obrar, y Venturi obraría entonces.

Confiado, aunque abrigaba recelos respecto a la persona a quien Angelo había llamado el fantasma negro, Venturi estaba seguro de poder obrar adecuadamente. También estaba convencido que, aunque tanto él como Angelo podían ser objeto de una observación ocasional, nadie habría oído su conversación.

Venturi se equivocaba. El emisario de Arístides Ponjeau no apreciaba el peligro ante el cual se encontraba. No conocía el poder del super criminal Crix y en realidad tenia suerte de que La Sombra oyera su conversación.

Víctor Venturi trabajaría fielmente la noche de su encuentro con Roberto Faraday, el tercero de los millonarios que había prometido contribuir al gigantesco plan de Arístides Ponjeau para estimular la industria mundial; pero entre Venturi y Faraday estaba el peligroso individuo llamado Crix, el hombre que tres veces cometió crímenes, antes de que La Sombra pudiese detenerlo y que en la actualidad estaba tan bien oculto que La Sombra no había logrado descubrir su paradero.

Crix era veneno puro... Venturi estaba en lo cierto al declararlo, pero al decir que él y su criado Angelo eran el antídoto, Venturi aseguraba algo que el futuro iba a desmentir.

Para un criminal de la calaña de Crix, no podía haber más que un antídoto.

¡Únicamente las proezas de La Sombra, podían frustrar los planes del super criminal que buscaba millones a cambio de los más cínicos crímenes!

¡Crix y La Sombra! ¡Su encuentro era cosa inevitable, y cuando ocurriese, uno de los dos moriría! ¡Sería pronto, muy pronto!

CAPÍTULO XVII
LOS GANGSTERS SE PREPARAN

Un grupo de hombres estaba sentado en un cuarto subterráneo. Cuatro de ello jugaban a los naipes ante una mesita y seis más, sentados y tumbados en bancos a lo largo de la pared, rezongaban entre ellos al expresar su impaciencia por aquel ocio forzado.

Un hombre, acurrucado en un rincón, daba cabezadas como quien ha encontrado una agradable manera de pasar el rato. Vestido con anchos pantalones deformados y un grueso jersey, Cliff Marsland desempeñaba su papel como miembro de la nueva cuadrilla de «Bumps» Jaffrey.

Cliff tenía una pierna alargada sobre el banco. Aquella pierna seguía molestándola un poco a consecuencia de la herida que recibió días atrás, cuando La Sombra le salvó en el Hotel Spartan. Sin embargo, no cojeaba lo suficiente para que se fijaran en ello sus nuevos compañeros.

Alguien le dio una palmada en el hombro. Mirando hacia arriba, Cliff vió el rostro de «Skeeter» Wolfe, al que contraía una mueca que quería ser amable.

Con aparente indiferencia, Cliff cerró los ojos y volvió a cabecear.

-¿No te pones nervioso, Cliff?-preguntó «Skeeter»-. ¿No estás cansado de esperar?

-No-contestó Cliff-. No me importa estar ocioso cuando me pagan para ello.

-Te pagarán para algo más, Cliff-prosiguió «Skeeter» con tono confidencial-. Por lo menos así sucederá si nos encontramos con un asunto como el último. Alguno de nuestros muchachos perdieron la vida aquella noche, Cliff.

-¿Cómo fue eso?

-¿Me lo preguntas? Pues te lo diré... y eres el único a quien pongo en el secreto. ¡La Sombra estaba allí, Cliff! Intenté tumbarle; pero no pude.

-¿La Sombra? ¡Hem!

Cliff volvió a cerrar los ojos. «Skeeter» le miró boquiabierto. Finalmente, el gangster volvió a sonreír.

-Tal vez pienses que La Sombra no tiene importancia-dijo «Skeeter»-. ¡Muy bien! Piensa como tú quieras; yo opino de distinto modo.

Cliff bostezó y abrió los ojos.

-Lo que me gustaría saber, «Skeeter» dijo-, es adónde vamos al salir de aquí. «Bumps» Jaffrey nos ha paseado por todo Long Island. ¿Adónde hemos de ir? ¿Qué vamos a hacer?

-Eso es cosa de Jaffrey-dijo «Skeeter», riendo-. Pero no eres el único en hacerte preguntas. Mira a los demás muchachos. Todos quieren saber lo mismo.

Las conversaciones que surgían entre los gangsters allí reunidos, probaban la veracidad de las palabras de «Skeeter».

-Estamos a jueves por la noche-prosiguió Cliff-. Y todavía vamos de un lado para otro. No me importaría encontrarme con La Sombra y una docena de sujetos como él, «Skeeter», si eso nos animase un poco más.

-Ya te animarás luego-contestó «Skeeter», con sorna-. Un individuo solo como La Sombra me basta a mí..., aunque vaya con amigos. ¡Pstt...! Ahí está «Bumps» Jaffrey... Oye, Cliff... Bart Shallock está con él.

Cliff Marsland levantó los ojos y vió a «Bumps» Jaffrey cuando éste entraba en la habitación. Cliff estudió el aspecto del hombre que acompañaba al gangster. Se fijó en la expresión suave del rostro de Bart Shallock.

Cliff, a pesar de su actitud tranquila, tuvo la corazonada de que el momento de obrar había llegado.

Desde su introducción en la cuadrilla de «Bumps» Jaffrey, Cliff no había podido enterarse del fin que se proponía el jefe. La cuadrilla se había alejado de Nueva York y distintos lugares de Long Island habían sido escogidos para alojarla temporalmente.

¿Qué estarían preparando?

Cliff intentó saberlo, fracasando en su intento. Escuchó los comentarios de los demás gangsters e incluso conversó prudentemente con «Bumps» Jaffrey, siempre que el jefe estaba con ellos; pero no parecía sino que nadie, ni siquiera «Bumps», sabia lo que les esperaba.

Cliff se las arregló para comunicar con Burbank en varias ocasiones. Cada vez le indicó el sitio en donde se encontraba la cuadrilla. Las instrucciones que recibió en cambio fueron siempre las mismas: obrar con cautela y estar preparado para cualquier eventualidad. Cliff estaba convencido que La Sombra conocía el motivo de aquella congregación de la cuadrilla de «Bumps» Jaffrey, pero era obvio que las instrucciones emanaban de alguien situado más alto.

¿Acaso de Bart Shallock? Al principio, Cliff lo supuso así, pero ahora al vigilar a Bart y a «Bumps», que hablaban en un rincón, Cliff tuvo de pronto la impresión que Shallock no era más que un intermediario entre un jefe oculto y el gangster.

Si Cliff hubiese oído la conversación, habría conseguido la prueba de que su suposición era exacta, pero era demasiado prudente para acercarse y no sorprendió las palabras que los dos hombres cambiaban entre sí.

-¿Todo está listo, «Bumps»?-preguntaba Shallock.

-¿Crix está dispuesto?-preguntó a su vez el gangster.

-Sí-contestó Bart-. Me ha dado sus órdenes. Voy a colocarte junto con tus muchachos.

-¿En dónde?

-En Southampton. Ahí está la casa de un millonario en la que tú y yo hemos de introducirnos. Nos enteraremos de lo que ocurre y los chicos nos guardarán las espaldas.

-¿A quién hemos de liquidar?

-Crix no me lo ha dicho..., pero lo sabremos. Lo veremos y nos enteraremos cuando llegue. Me parece que vamos otra vez detrás de Venturi.

-No me vengas con historias, Bart. Si Crix te ha puesto al corriente, habla. Yo sé callar.

-No sé nada más-protestó Shallock con tono sincero-. Habrá una especie de reunión en una casa, cerca de Southampton, y me han indicado el lugar. Crix se las ha compuesto de modo que podamos penetrar en la casa. Yo tengo el plano de la planta baja. Allí estaremos al acecho...

-Bien. ¿Vamos?

Bart Shallock asintió y, volviéndose, el jefe de los gangsters hizo una seña a sus secuaces. Estos se reunieron en torno suyo.

-Vamos a otro sitio-declaró «Bumps»-. Permaneced juntos y no hagáis ruido. Vamos a introducirnos en una casa y a escondernos. Nada más. Y recordad esto... «Bumps» miró a sus hombres con aire de reto-. Cuando digo vamos..., vamos... Si hay algún cobarde que intente quedarse atrás, que lo pruebe. No lo hará más que una vez. Recordad que me llaman «Bumps». ¡Ahora, vamos¡

Cliff Marsland siguió con los demás. Salieron todos por una puerta trasera del edificio que era una vieja posada de Long Island, cerca del Sound. Había un teléfono en el «speakeasy» de arriba y Cliff anhelaba desesperadamente ponerle la mano encima.

Sin embargo, le era imposible evadirse y tendría que esperar una oportunidad mejor. «Skeeter» Wolfe estaba a su lado y no le era posible escapar sin ser visto.

Algunos coches estaban esperando fuera. Cliff subió a un viejo sedán con «Skeeter» y otros hombres. Los coches se pusieron en camino y Cliff examinó cuidadosamente la carretera. No tardó en decidir para sus adentros que iban camino de Southampton.

¿Cómo podría avisar a La Sombra? Durante los últimos días tuvo ocasión de hacerlo, pero entonces no tenía información alguna que darle. Ahora, cuando un informe era cosa vital, Cliff no veía la posibilidad de mandarlo.

Seguía estudiando el problema cuando los coches se apartaron de la carretera real y formando una corta procesión se metieron en un estrecho camino. No tardaron en de tenerse al lado de un alto seto.

Con una lamparilla eléctrica en la mano, «Bumps» Jaffrey contaba a sus hombres. Se fijó en Cliff y «Skeeter» y les ordenó que se aperan. Pronto, todos los gangsters estuvieron reunidos ante el seto.

-¡Ahora, cuidado!-ordenó «Bumps» con voz ronca-. ¡Adelante...! ¡Seguid todos a Bart Shallock!

Era la primera vez que revelaba la identidad de Bart. «Skeeter» dio un codazo a Cliff al ponerse éste en camino con los primeros gangsters. Bart Shallock empleaba una lamparita de bolsillo, para enseñar el camino, un sendero estrecho que concluía en una abertura del seto.

Una mansión en la que brillaban pocas débiles luces, se levantaba en medio de una buena extensión de césped. Bart caminaba en circulo y llevó a los gangsters hacia un ala de la casa, en la cual una luz brillaba por las ventanas de la planta baja. Al acercarse al edificio, Bart movió su lamparita, avisando para que se detuvieran.

Delante de ellos se encontraba una escalinata de piedra que llevaba al subterráneo de la casa. Bart Shallock señaló ésta y habló en voz baja a «Bumps» Jaffrey, que acababa de reunírsele.

-Pon unos hombres aquí -ordenó Bart. «Bumps» escogió a dos gangsters y les ordenó vigilar desde los escalones. Los hombres se escondieron a cada lado de la escalinata y «Bumps» aprobó su situación con un gruñido de satisfacción.

Cliff Marsland apreció la eficacia de la posición. Quienquiera que fuese que se acercara a aquel lado de la casa, quedaría inmediatamente bajo el fuego de los gangsters.

Bart Shallock bajó los escalones y probó la puerta. Ésta se abrió bajo la presión de su mano. Encendió su lámpara y la movió, haciendo señal a los demás que se reunieran con él. «Bumps» hizo bajar a sus hombres por los escalones de piedra.

Cliff, que continuaba a la cabeza de la cuadrilla, se encontró de pronto en un pasillo corto que llevaba del cuerpo principal de la casa al ala. Había una habitación directamente frente al vestíbulo y otra a la izquierda.

Ambas puertas estaban cerradas y el cuarto de la izquierda era sin duda alguna el que estaba alumbrado.

-¡Venid!

Bart murmuró la palabra y los gangsters cruzaron el vestíbulo. Bart abrió la puerta opuesta, haciéndoles entrar en una estancia oscura. Cuando todos hubieron pasado, cerró la puerta detrás de él.

-¡Pon dos hombres en la puerta por la cual acabamos de entrar!-dijo a «Bumps».

El gangster escogió a dos hombres. Cliff esperó ser uno de ellos, pero sufrió un desengaño. Bart se acercó y dio sus instrucciones a los hombres en voz baja.

Tomando momentáneamente el mando de la expedición, Bart Shallock colocó entonces los hombres restantes en el centro de la habitación y con su lámpara enseñó una puerta trasera.

-Esto lleva al cuarto de atrás-explicó Shallock en un murmullo-. Más tarde habrá gente en este cuarto. «Bumps» y yo estaremos al acecho. Vosotros, los de la puerta del vestíbulo, cuidad de impedir que nadie escape. Los demás, que estén dispuestos para irrumpir en el cuarto de atrás cuando «Bumps» y yo llamemos.

Dicho esto, Bart Shallock volvió al vestíbulo y abrió la puerta exterior. Le oyeron hablar a los gangsters colocados de guardia afuera.

-¡Estad ojo avizor!-les dijo-. ¡Que nadie entre aquí! ¡Y cuando el jaleo empiece dentro, que nadie salga! ¿Comprendido?

Un gruñido le contestó afirmativamente; luego, una voz contenida dijo:

-Un coche se acerca por la avenida...

-¡Chitón!-se apresuró a decir Bart Shallock-. ¡Todos en sus puestos!

El timador cerró la puerta exterior y cruzó rápido el vestíbulo. Cerró la puerta del cuarto hasta que tan sólo quedara abierta cosa de un centímetro, con el fin de que los gangsters pudiesen ver lo que ocurría.

Se reunió entonces con «Bumps» Jaffrey en la puerta del cuarto de atrás, puerta que abrió también un poco.

Esta vez, Cliff Marsland, deslizándose a favor de la oscuridad, oyó lo que Bart Shallock decía al gangster.

-¡Estamos todos dispuestos, «Bumps»! Así es cómo Crix me dijo que tornara mis disposiciones. Él sabe lo que va a ocurrir aquí esta noche. Entrará por la puerta principal, como lo hizo en casa de Bosworth, supongo. El amo de la casa no ha vuelto todavía... tal vez sea él el que acaba de llegar en el coche. De todos modos, aquí estamos para cuando se nos necesite.

-¡Aunque tengamos que despachar a La Sombra! -dijo ferozmente «Bumps».

-No te preocupes por La Sombra-prosiguió Shallock-. ¡Déjasela a Crix!

!Crix!

Aquel nombre quedó impreso en la mente de Cliff Marsland. Él había estado buscando a un individuo que llevara un nombre extraño, y más tarde Burbank le dijo que estuviera alerta por si oía pronunciar el nombre de un hombre llamado Crix.

¡Crix!

Aquel hombre debía ser un super criminal, al que La Sombra deseaba aniquilar.

Más que nunca Cliff deseaba enviar su informe, pero era ya demasiado tarde. No podía alejarse de allí.

Crix era quien dirigía el trabajo de aquella noche. Crix estaba planeando crímenes y muerte. Crix contaba con la ayuda de una docena de gangsters.

¡Muerte!

Tal vez el propio Cliff quedaría amenazado con ella aquella noche; pero viniese lo que viniese, el agente de La Sombra estaba dispuesto a todo. Estaba seguro de no poder contar con La Sombra, puesto que no le había sido posible enviar noticias de la expedición a su misterioso jefe.

Sin embargo, al surgir la crisis, Cliff lucharía hasta el fin. Haría cuanto pudiese para frustrar el trabajo diabólico de Crix, aunque para ello tuviese que volver sus revólveres contra la docena de bandidos, que formaban la cuadrilla de «Bumps» Jaffrey.

¡Revelarse como enemigo de aquella banda de pillos sería sin duda dar un paso fatal; Pero Cliff pensaba hacerlo... al servicio de La Sombra!

CAPÍTULO XVIII
EL VISITANTE DE FARADAY

Unos pasos resonaron en el vestíbulo, al que daba la puerta en la cual dos gangsters estaban de guardia. Un hombre vestido de etiqueta pasó, seguido de dos criados. Abrió la puerta del cuarto trasero y penetró en la estancia que estaba alumbrada.

Roberto Faraday, el millonario, acababa de regresar de Nueva York. Los hombres de uniforme que le acompañaban eran su mayordomo y su chofer.

Sentándose ante una enorme mesa, en el centro de la habitación profusamente iluminada, Roberto Faraday miró a sus servidores.

El millonario era un hombre de unos cuarenta años. De rostro firme y aspecto de hombre de negocios, su expresión traducía poder y autoridad. Su cara completamente afeitada era notable por lo penetrante de su mirada.

Roberto Faraday era indudablemente un hombre enérgico.

-Crayle-dijo Faraday, hablando al mayordomo-. Espero una visita que llegará dentro de pocos momentos. Se llama Víctor Venturi. Cuando llegue, hágala pasar aquí. Entonces podrá retirarse. Boggs-prosiguió Faraday, volviéndose al chofer-, le esperará y le llevará a la ciudad. Yo me quedaré aquí esta noche.

-Muy bien, señor-dijo el mayordomo.

-¿Ha estado usted aquí toda la noche?-preguntó Faraday rápidamente.

-Sí, señor. Estaba dormitando en el vestíbulo de entrada. Esperándole a usted, señor...

-Bien, puede usted irse. Y usted también, Boggs.

Roberto Faraday se levantó cuando ambos hombres se hubieron retirado.

Empezó a pasearse de arriba abajo sin mirar hacia la puerta que daba al cuarto contiguo, lo que hizo que no viera que ésta estaba abierta. Una vez, mientras paseaba, Faraday se volvió y miró hacia la pared del fondo de la estancia, en la cual estaba empotrada una enorme caja de caudales con puerta de acero, el tipo más formidable de cámara acorazada que el ingenio moderno haya inventado basta la fecha.

Algo en el andar de Faraday traicionaba su nerviosidad. El millonario consultó su reloj y notó que iba a dar la medianoche. Volvió a su silla, sacó un cigarrillo de su petaca y lo encendió. El tabaco pareció aliviar su impaciencia.

Cuando hubo terminado su cigarrillo, el millonario abrió un cajón y sacó una pila de documentos que examinó uno tras otro. Se fijó particularmente en un cablegrama que estaba encima de la pila. El nombre que firmaba el mensaje era el de Arístides Ponjeau.

Los minutos transcurrieron. Faraday fumó otro cigarrillo, echando frecuentes ojeadas al reloj. El reloj dio las doce campanadas...

Los segundos pasaron, largos, enervantes. Luego se oyó un campanillazo en el otro extremo de la casa. Alguien llamaba a la puerta dio entrada.

El tiempo pareció largo antes de que el resultado inevitable ocurriera. Se oyeron pasos en el vestíbulo y Crayle, el mayordomo, penetró en la estancia.

Se detuvo en medio y anunció tal como Faraday esperaba:

-El señor Víctor Venturi, señor.

-Hágalo pasar, Crayle.

-No está solo, señor.

-¿No? ¿Quién le acompaña?

-Su criado, señor, un italiano. El señor Venturi ha explicado que no deja nunca de acompañarle.

-Está bien, Crayle-dijo Faraday con tono pensativo-. Hágales entrar a ambos. Les estoy esperando.

El ruido de las pisadas de Crayle murió en el largo vestíbulo. Unos minutos después se oyó el de los pasos de varias personas. Víctor Venturi, en cuyo rostro cetrino se leía la nerviosidad de que era presa, entró, enseguida inmediatamente por Angelo. Crayle llegaba detrás de ellos y se detuvo en la puerta.

-¡Ah! ¡Señor Faraday!-exclamó Venturi.

Roberto Faraday se había levantado alargando la mano al italiano; en seguida, miró interrogativamente a Angelo.

-Mi ayudante, señor Faraday-explicó Venturi-. Angelo me acompaña en todas ocasiones. No está de más aquí...

Venturi hablaba un inglés escogido y musical. Angelo permaneció a su lado sin decir palabra. Era obvio que el ayudante tenia muy escasos conocimientos del idioma que su amo empleaba.

-Puede usted retirarse, Crayle-dijo bruscamente Faraday.

El mayordomo se inclinó y se alejó. Faraday escuchó con atención hasta oír sus pasos en el extremo del vestíbulo. Continuó escuchando, y finalmente el ruido de un motor llegó desde el exterior. Entonces, Faraday hizo sentar a Venturi y a Angelo y volvió a ocupar su sitio detrás de la mesa.

-¿Ha venido usted en taxi? -preguntó el millonario.

-Desde la estación, sí-contestó Venturi.

-Bien -comentó Faraday-. Estamos completamente solos. Mis criados se han ido para retirarse. He creído que era preferible, en vista de nuestras negociaciones privadas. Puedo llamar un taxi cuándo usted tenga que irse.

El millonario metió la mano en el bolsillo y sacó una petaca que alargó, abierta, a Venturi y Angelo. Ambos negaron con la cabeza. Faraday escogió un cigarrillo para su uso y lo encendió. Luego dijo tranquilamente a Venturi:

-¿Trae usted sus credenciales?

-Sí, señor. Aquí están.

Venturi sacó unos papeles que Roberto Faraday examinó. Firmados por Arístides Ponjeau, esos documentos eran iguales a los que Crix, desempeñando el papel de barón Tollsburg, había usado para engañar a Winston Collister y a Sturgis Bosworth, con el fin de apoderarse de sus millones.

Sin embargo, la segunda hoja llevaba la firma de Víctor Venturi, en vez de la de Hugo Tollsburg. Roberto Faraday no tenía tiempo de pedir una verificación de la firma indeleble.

Víctor Venturi sacó una pluma y una hoja de papel, e inclinándose sobre la mesa, escribió su nombre. Faraday lo comparó cuidadosamente con la firma estampada en el documento.

-Comprenderá usted, desde luego-explicó Venturi-, que mi misión aquí consiste únicamente en ponerle sobre aviso. No me incumbe a mí pedirle el dinero. Podemos discutir este asunto después. Mas han ocurrido unos hechos insólitos y por eso he venido a verle...

Roberto Faraday hizo con la mano un ademán impaciente. Seguía comparando las firmas y sus ojos penetrantes no dejaban escapar un solo detalle. Venturi permaneció silencioso hasta que hubo completado la inspección. Faraday devolvió entonces los documentos al italiano.

-El cablegrama del señor Ponjeau me avisó-explicó Faraday-. Era suficiente y me decidió a obrar con la mayor cautela. Soy un perito en cuestiones de firmas, señor Venturi. La suya ha sufrido una estrecha prueba... Estoy satisfecho. Es usted un emisario de Arístides Ponjeau. Siéntese, señor mío, siéntese. Me explicará su historia. Comprendo que es sumamente importante.

Víctor Venturi volvió a sentarse. De espaldas a la puerta, el italiano estaba frente al millonario. Los dos hombres estaban atentos y Angelo les miraba alternativamente. Unos hechos iban a ser revelados, y detrás de la puerta, en parte abierta, del cuarto contiguo, unos enemigos astutos estaban escuchando.

¡Víctor Venturi y Roberto Faraday conferenciaban al alcance del oído de los malvados al servicio del super criminal Crix!

Doce hombres armados estaban esperando y tan sólo uno, Cliff Marsland, estaba allí en nombre de La Sombra.

CAPÍTULO XIX
VENTURI SE EXPLICA

-Voy a empezar desde el principio, señor Faraday-declaró Víctor Venturi con tono metódico-. Es preferible hacerlo así. Lo ocurrido hace que sea sumamente importante llegar a una clara comprensión de las cosas. Usted y yo... nos encontramos frente a un grave peligro. Este peligro, señor Faraday, implica el futuro del gran sueño de Arístides Ponjeau... El Tribunal Mundial de la Industria. Unos millones están en juego, amigo mío, y es deber nuestro salvarlos.

-Esto lo había adivinado-interpuso Faraday-. El cable de Ponjeau me decía que el peligro se presentaría más adelante.

-Hace un año-prosiguió Venturi-, el señor Ponjeau, comprendiendo que una cooperación internacional, era necesaria para la prosperidad de todo el mundo vino a este país y visitó a diez hombres poseedores de grandes fortunas. Cada uno de esos hombres prometió contribuir con dos millones de dólares a la causa. Los nombres de los interesados no fueron divulgados entre ellos.

»La intención original del señor Ponjeau era visitar los Estados Unidos él en persona y recoger él mismo el dinero. Más tarde, decidió enviarme como emisario suyo. Vine a Nueva York y aquí tenía que recibir la lista de los millonarios, visitarlos después de fijar una entrevista y recibir de ellos los fondos. Sin embargo, Ponjeau cambió nuevamente de planes, casi a última hora. Me informó que tenía otro emisario, un hombre en quien depositaba entera confianza, y me indicó que este hombre podría introducirse en los Estados Unidos a escondidas; por este motivo sería preferible que él recogiese el dinero El señor Ponjeau temía que algunos enemigos hubiesen adivinado su plan.

»Me encargó una nueva misión. Yo tenía que visitar a esos millonarios después de verles el emisario en cuestión. No me enteré de sus nombres, pues tenían que serme indicados uno tras otro, a medida que los fuese visitando. El primer nombre llegó a m poder y me asombré al conocerlo.

"¡Era Winston Collister, el hombre que había sido asesinado en su casa unos días antes! Informé al señor Ponjeau que algo iba mal y me envió el nombre del que seguía a Collister en la lista.

"¡Sturgis Bosworth! Fui inmediatamente a su casa, pero el bandido llegó antes que yo. Sturgis Bosworth estaba muerto. ¡Fue por milagro que escapé con vida, porque el bandido había colocado allí unos asesinos con el fin de matarme!

“Desde entonces, señor Faraday, me he escondido. He avisado al señor Ponjeau, que me ha enviado el nombre de usted. He concertado una entrevista antes de que nuestro enemigo pueda alcanzarle. ¡Hoy estamos a jueves; El bandido no llegará aquí hasta mañana!

Roberto Faraday asintió pensativamente.

-Sí-dijo-. Ese es el día fijado para la entrevista y me he preparado para recibir su visita. Usted llega con veinticuatro horas de anticipación, señor Venturi, pero ha venido únicamente para anticipar... y no para resolver... el difícil problema que se nos ofrece...

-He venido para conferenciar...

-Exacto... pero ¿cómo puede eso ayudarnos? ¿Conoce usted el nombre del criminal que ha causado esas desgracias?

Venturi meneó la cabeza.

-Entonces-declaró Faraday-, cuatro millones de dólares han sido perdidos sin esperanzas de recobrarlos...

-¡No!- exclamó Venturi-. No puedo creer que sea imposible recuperar ese dinero. Si podemos interceptar a nuestro enemigo mañana por la noche... tal vez cambie la suerte, señor Faraday...

Ahora le tocó a Faraday menear la cabeza.

-Por lo que se desprende de sus palabras, señor Venturi, ese enemigo sabe que usted le sigue la pista. Usted se encontró con él en casa de Sturgis Bosworth y logró escapar de sus garras. Mañana se mostrará mil veces más cauteloso...

-Sí-le interrumpió Venturi-, pero usted no le dará los millones. No debe haber dinero aquí. Hemos de tenderle un lazo hábil... ¿Comprende?

-Sospechará el lazo-declaró Faraday-. ¿Cómo sabe usted que vendrá siquiera, señor Venturi? Tal vez me eliminará de la lista...

-¡No, no! ¡No se atreverá! Es preciso que vaya a todas las citas o de otro modo alguien puede comunicar con Arístides Ponjeau. ¿Comprende usted? Trato de mirar las cosas desde el punto de vista del enemigo...

-Tal vez se dé por satisfecho con los cuatro millones que ya ha tomado...

-Esperémoslo así-dijo brevemente Venturi-. Entonces los otros dieciséis millones serán todavía nuestros. He reflexionado mucho sobre el asunto, señor Faraday. Nuestro enemigo no puede saltar un solo eslabón de la cadena. Mañana por la noche surgirá la crisis. Si nuestro enemigo no se presenta aquí, será indicio de debilidad por su parte..., una confesión de derrota. Podremos cargar cuatro millones a pérdidas y ganancias y me arreglaré para cobrar el resto de las contribuciones... Pero si viene... - y el rostro nervioso de Venturi se contrajo y ensombreció-, ha de ser una batalla a muerte. No sólo hemos de acabar con ese bandido, sino que hemos de intentar recobrar los fondos que ha robado. ¡Piense en ello! El sueño de prosperidad internacional del señor Ponjeau... a punto de ser una realidad... y echado a perder por un criminal.

Roberto Faraday levantó la mano para interrumpirle.

-Señor Venturi-declaró-, no debemos pasar por alto ninguna posibilidad. Nos encontramos ante un individuo astuto e inteligente. Tiene usted razón... hemos de estar preparados para hacerle frente mañana por la noche. Si viene, eso significa que habrá lucha; pero si no se presenta, ¿qué hará usted entonces? ¿Cómo procederá?

-Avisaré al señor Ponjeau-declaró Venturi-. Mire usted, éste es el cablegrama que le enviaré y dice: «La cadena esta rota. Todo va bien.» A cambio, recibiré los nombres de los demás hombres, uno tras otro. Yo seré el nuevo emisario. Con mis credenciales, tomaré el puesto del hombre asesinado.

-¿Y si el enemigo reaparece?

-Estaré preparado para recibirle. El señor Ponjeau confía en mi, pero no corre riesgos innecesarios. Cuando reciba este despacho, enviará agentes secretos en mi ayuda. Estarán

cerca... vigilando... aguardando, dispuestos a frustrar cualquier ataque enemigo. No los necesitábamos cuando pensábamos que obrábamos en secreto.

-Comprendo-dijo Faraday, inclinando la cabeza-. De momento se encuentra usted solo; pero puede obtener una ayuda poderosa. Este cablegrama resuelve la cuestión si el bandido no se presenta; pero suponga usted señor Venturi, que usted y yo podamos, mañana por la noche, sorprender a ese hombre a quien se refiere usted. ¿Suponga que pongamos fin a su malvada existencia?

Los ojos de Víctor Venturi brillaron ante tan halagadora perspectiva. Sacó del bolsillo de la chaqueta otro papel que enseñó a millonario.

-Este mensaje, escrito con código, declara que nuestro enemigo ha muerto-explicó-. Espero enviarlo a Ponjeau mañana por la noche. Si Ponjeau recibe este mensaje, lo dejará todo en mis manos. No habrá necesidad de que sus agentes secretos me protejan. Iré a las citas señaladas al recibir la lista del señor Ponjeau... Al recibir la lista... -Venturi repetía lentamente las palabras-, a menos de que no la necesite. Me complacería, señor Faraday, tomar las credenciales y la lista de manos del propio bandido. Las llevará consigo si se presenta para cobrar su contribución de usted mañana por la noche.

-Si viene mañana por la noche-dijo suavemente Faraday-. ¿No cree usted, señor Venturi, que puede presentarse antes de mañana por la noche?

La frente de Venturi se ensombreció. Esta idea era algo que el italiano no había considerado aún y se movió nerviosamente en su silla. A pesar de su optimismo, se vió obligado a considerar la posibilidad expuesta por Faraday.

-Estamos en peligro-añadió el millonario-. Si el enemigo le ha vigilado de cerca, señor Venturi, puede saber dónde se encuentra en este momento. Usted me ha explicado algunos hechos importantes, señor; a mi ver le explicaré otros... Ayer recibí una carta de Ponjeau. En ella menciona asuntos que tengo instrucciones de participarle. Actuando según su información, tuve la suerte de añadir datos adicionales. Ahora le diré cuáles son los peligros que hemos de afrontar.

De un cajón de la mesa, Faraday sacó varias hojas de papel de distintos tamaños y colores. Refiriéndose a esos documentos, el millonario empezó a hablar con voz tranquila y mesurada. Víctor Venturi escuchó con asombro lo que decía.

Otros hombres escuchaban también.

¡Bart Shallock y «Bumps» Jaffrey estaban detrás de la puerta, esperando allí con el fin de servir la causa de Crix!

CAPÍTULO XX
CRIX HACE SU ENTRADA

-Mi fortuna-empezó Roberto Faraday, mirando fijamente a Venturi-, fue ganada con ayuda de un gran conocimiento de los asuntos internacionales. Fue a causa de mi reputación para grandes transacciones de negocios, con países extranjeros por lo que el señor Ponjeau vino a verme. Estaba seguro que me interesaría el desarrollo de su Tribunal Mundial de la Industria. Di mi conformidad para ayudar a Ponjeau, pero al propio tiempo le hice una advertencia. Yo sabía de sobra que hay criminales astutos que no vacilarían en echarse sobre su plan. Aparte de mi advertencia, hice también investigaciones para mi propia protección. Me enteré de la identidad de un super criminal a quien hemos de temer. Usted comprenderá, señor, que viajo con frecuencia por el extranjero. De hecho, acabo de regresar de uno de esos viajes. Conociendo mi habilidad para descubrir los planes de los intrigantes, Ponjeau me dice en esta carta... -Faraday levantó una hoja de papel-, las medidas que tomó para enviar un

emisario secreto a los Estados Unidos. Esta información, señor, concuerda con los hechos que he podido comprobar, procedentes del más listo de los bandidos. El hombre a quien hemos de temer, señor, es alguien que se llama Crix.

Venturi parpadeó al oír este nombre poco corriente. Era evidentemente la primera vez que el italiano lo oía pronunciar. La puerta del fondo de la estancia se movió levemente, pero Venturi no lo vio, pues estaba de espaldas a la misma. Por su parte, Roberto Faraday estaba mirando los papeles que tenía en la mano.

-Arístides Ponjeau-prosiguió Faraday-, contaba con un ayudante fiel, un eslavo llamado Barón Hugo Tollsburg. Hace varios meses, Ponjeau pensó enviar a Tollsburg a los Estados Unidos, a fuera de emisario secreto. Dejó los preparativos y detalles de la expedición a cargo de Tollsburg y, por mediación de su amigo el capitán Henric Werndorff, el eslavo preparó un viaje secreto a bordo del dirigible «Europa».

»El Barón Tollsburg se puso en camino. Llevaba consigo sus credenciales y los hombres de los hombres a los que debía visitar. Desembarcado sano y salvo en América, podría obrar sin dificultades, pero algo echó a perder esta combinación. El bandido que está recogiendo el dinero lo ha hecho en el nombre del Barón Tollsburg.

-¿Un traidor? -preguntó; Venturi con voz sibilante.

-¿Tollsburg? - preguntó Faraday-. No, señor. Creo que el eslavo era honrado. No se habría visto obligado a matar a Winston Collister al cobrar los primeros millones. No hay más que una solución. El verdadero Tollsburg no llegó nunca a América. ¡Sus planes fueron descubiertos por... Crix!

»Podemos tener la seguridad que Crix se encontraba también a bordo del dirigible. Mató a Tollsburg y se apoderó de sus papeles. Luego, Crix visitó a Winston Collister y, más tarde, a Sturgis Bosworh. Eran los dos primeros nombres en la lista de Tollsburg y yo,... soy el tercero.

-Luego... ¡Crix!

-Crix está buscando millones...

-Estará aquí mañana por la noche-replicó Faraday con voz tranquila-. Un hombre de su capacidad... de quien todos ignoran la identidad... no dejará escapar ninguna oportunidad. Crix se ha apoderado ya de cuatro millones; no despreciará la posibilidad de apoderarse del resto...

-¡Crix! -repitió Venturi-. ¡Crix!... ¿Está usted seguro que él es el hombre que ha cometido esos crímenes?

-Estoy convencido-dijo Faraday reuniendo sus papeles y guardándolos.

-¡Crix!-repitió otra vez Venturi-. Está usted seguro que es nuestro enemigo, pero ¿quién puede ser el otro... el que me ayudó a escapar... que me envió al Café “Bella Nápoli”?

Roberto Faraday levantó los ojos que brillaban y parecían formular una pregunta. Este era asunto al que Venturi no se había referido todavía. El italiano sorprendió la mirada y se apresuró a explicarse.

-Unos bandidos estaban a punto de matarme-dijo-. Entonces fue cuando llegó el hombre vestido de negro..., el “fantasma negro”, como lo llama Angelo. Mató a tiros a los que me amenazaban y me envió con Angelo en un automóvil, a un escondrijo situado encima de un restaurante... el Café «Bella Nápoli».

-¡Ah!-exclamó Faraday-. ¿Dice usted que esto ocurrió en casa de Bosworth?

-¡Sí!

-Un hombre vestido de negro... -Faraday se detuvo para reflexionar-, que parecía un fantasma negro. Un fantasma viviente... Aquí, señor Venturi, mi conocimiento del crimen puede ofrecer nuevamente una explicación. Hay un hombre que lucha contra el crimen..., un misterioso y extraño personaje... que se llama La Sombra... Él es quién fue a ayudarle, no me

cabe la menor duda. La Sombra es enemigo de Crix. Puesto que La Sombra estaba en casa de Bosworth, podemos esperarla aquí, mañana.

-!Luego, si Crix está aquí! -dijo apresuradamente Venturi.

-Crix estará aquí-contestó Faraday con firmeza.

-¿Usted está seguro de eso?-preguntó Venturi-. Pues bien, esta vez Crix se encontrará con La Sombra.

-Sí-dijo Faraday-, y por eso hemos de andarnos con cuidado. Unos extraños acontecimientos han hecho que esos dos super hombres vayan a encontrarse, con fines distintos. Usted, señor Venturi, no es otra cosa que un accesorio en este drama de crimen y lucha. Se trata de millones y no está en su poder salvarlos. Mañana por la noche llegará la crisis y preveo una lucha formidable. No se trata de su habilidad para frustrar los planes de Crix. La cuestión es ¿lo logrará La Sombra?

Víctor Venturi estaba aturdido. Aquellas asombrosas revelaciones habían llegado a su conocimiento tan repentinamente y de fuente tan inesperada, que el italiano no acababa de comprenderlo.

Crix... no había oído nunca pronunciar el nombre antes de entonces y sin embargo estaba convencido por el tono tranquilo de Faraday, que aquel hombre era el criminal oculto tras aquella serie de crímenes.

La Sombra... otra cosa fantástica, y sin embargo Venturi comprendía que el personaje existía. ¡Tanto él como Angelo habían visto a La Sombra!

Aquella entrevista con Roberto Faraday era desconcertante. Nerviosamente, Venturi contempló al millonario. Faraday estaba recostado en su silla, encendiendo otro cigarrillo de punta de corcho. La confidencia del millonario había puesto sumamente nervioso a Venturi. Traduciendo repentinamente su excitación, el italiano levantó las manos y gesticuló:

-¿Está usted seguro-preguntó con tono incrédulo-, que todos esos hechos son verdaderos? ¿Tiene usted la prueba de ello?

Por toda contestación, Roberto Faraday le alargó las hojas de papel, de las que Venturi se apoderó rápidamente:

La primera hoja estaba en blanco. Venturi la echó a un lado y miró a la hoja azul a la cual Faraday se había referido como a la carta de Ponjeau. También ella estaba en blanco.

-¡Aquí no hay nada!-exclamó Venturi-. ¿Qué significa esto? ¡Usted ha leído una hoja en blanco! ¡Usted me ha hablado de un hombre llamado Crix... Crix...! ¿Quién es Crix?

El italiano miró al hombre que estaba sentado a la mesa. Roberto Faraday se había levantado y del cajón de la mesa había sacado dos revólveres. Con uno de ellos en cada mano, el millonario amenazaba a Venturi y a Angelo.

Una sonrisa diabólica arrugaba los labios de Faraday. Sus ojos brillaban con una astucia y una fiereza que Venturi no había visto allí antes. El humo del cigarrillo de Faraday, que éste había echado en un cenicero subía en el aire, adoptando una forma fantástica.

-¿Quién es Crix?

Víctor Venturi había hecho la pregunta casi inconscientemente. Sabía cuál era la contestación aun antes de oírla de labios de Roberto Faraday.

-¡Yo soy Crix!-proclamó el millonario-. ¡Yo soy Crix!

CAPÍTULO XXI
CRIX DECRETA

-¡Loco!-La palabra salió de los labios del hombre que acababa de revelarse como Crix-. ¡Loco! ¡Pensar que podía vencerme a mí! ¡Te has entregado en mis manos, Venturi...

en manos de Crix! Cuando Arístides Ponjeau vino a América, no pensó que entre los hombres con los que habló había uno que veía ofrecérsele una espléndida oportunidad. Depositó su confianza en todos los millonarios a los que visitó y confió en Roberto Faraday entre ellos. ¿Por qué iría yo a contribuir con dos millones, a un sueño fantástico como el de Ponjeau respecto al Tribunal Mundial de la Industria? Ponjeau es un gran hombre en Francia... un gran hombre en Lausanne, pero no puede hacer nada cuando se trata de asuntos mundiales. ¡Veinte millones! Millones echados a perder... millones fáciles... fáciles para que Roberto Faraday se apoderara de ellos, empleando para ello su inteligencia. Así fue cómo Roberto Faraday se transformó en Crix. ¡Qué fácil era para mí enterarme que usted representaba a Arístides Ponjeau en este país! Tenía hombres que le vigilaban, Venturi; pero no me paré allí... Hice demasiado bien mis planes...

»Fui a Europa, a Lausanne, y allí visité a Arístides Ponjeau. El barón Hugo Tollsburg le visitó y yo les espié. Me enteré de sus planes. Un cuarto secreto existía a bordo del dirigible "Europa", un escondite propio de un polizón de lujo. Tollsburg debía ocuparlo de acuerdo con el comandante del dirigible.

»Yo estaba en aquel camarote, Venturi. Me escondí en la litera el cuarto mucho antes de la llegada de Tollsburg. Cuando él me descubrió, le estrangulé.

»Las provisiones preparadas para él me alimentaron hasta nuestra llegada a América. Luego, empleando un paracaídas que me había llevado a bordo, escapé del dirigible sin ser visto y sin que nada se opusiera a la realización de mi plan.

Crix se detuvo para gozar de su triunfo. Sus labios se contrajeron formando una sonrisa malévola. Venturi y Angelo estaban indefensos ante él. Crix rió con desdén.

-Winston Collister era el que encabezaba la lista-dijo-. Vió que mi firma no era perfecta. Le maté y me llevé sus millones. Temí una dificultad similar con Sturgis Bosworth. Era el segundo, y no discutió mi firma, pero usted llegó entonces, Venturi, y yo estaba preparado. No habría escapado usted de mis hombres a no ser por la intervención de La Sombra.

"He hecho mis planes desde entonces.... esperando aquí... sin que nadie sospechara. Sabia que una crisis surgiría mañana por la noche. Usted había desaparecido, pero vendría. Luego llegó el anuncio de su visita. A usted le toca esta noche, Venturi, y a La Sombra mañana... si se presenta.

"Comprendo en qué piensa-Crix se echó a reír diabólicamente al ver un destello en los ojos oscuros de Venturi-, pero puedo decirle que es en vano. ¡La Sombra, esta noche! ¡Que venga! La espero. Tengo una docena de hombres que le cerrarán el paso.

"¿Se pregunta usted qué ha sido de los millones? Le diré dónde están... en lugar seguro, Venturi..., en aquella cámara que hay a mis espaldas. Allí continuarán, Venturi, mientras yo, en nombre de usted, iré con sus credenciales a recoger nuevos fondos de las demás víctimas.

"Sólo mataré si me oponen reparos. De otro modo, vivirán. La riqueza que Ponjeau deseaba será propiedad de Crix. ¿Roberto Faraday? Será tan sólo otra víctima.

Crix hablaba en voz baja y sibilante que únicamente Venturi podía oír. El super criminal tenía un propósito determinado. El anuncio de su propia identidad lo hizo en voz bastante alta para que Bart Shallock y «Bumps» lo oyesen; pero las últimas revelaciones estaban destinadas a Víctor Venturi y a nadie más.

-Tengo ya cuatro millones en lugar seguro-susurró Crix-. Seguros en mi cámara acorazada, en la que ningún ladrón puede entrar. Le digo todo esto, Venturi, porque no vivirá para repetirlo. Su suerte está echada, Venturi, y no puede usted cambiarla. No seré yo quien le mate. No es conveniente que se cometa un crimen en casa de Roberto Faraday. He despedido a mis criados. Usted y su acompañante serán llevados fuera de aquí... por los que dispondrán de ustedes. Víctor Venturi no existirá más, pero Crix quedará en su lugar.

"Me he enterado de cómo pensaba usted avisar a Arístides Ponjeau que todo va bien. Mañana por la noche habrá tranquilidad. Si La Sombra se presenta, tan sólo encontrará a Roberto Faraday. Creerán que Crix ha abandonado la partida; pero después de eso, Crix enviará el cable. Desempeñando el papel de Venturi, recogerá el dinero... sin dificultades, sin obstáculos..., todo irá como una seda para Crix... ¡Yo soy Crix!

Este último anuncio lo hizo en voz más alta. Era un recuerdo para los hombres emboscados de que Roberto Faraday era inviolable y que las víctimas del «raid» debían ser Víctor Venturi y su criado Angelo.

En pocas palabras, Crix había explicado los detalles de sus planes. Aquéllas habían llenado a Venturi de desesperación. El italiano comprendía que había sido engañado. Nada detendría ya a Crix y lo peor era que la muerte de Venturi era necesaria para el éxito de sus proyectos.

Nunca un hombre malvado encontró camino más seguro y fácil para adquirir grandes riquezas. A Roberto Faraday, hombre adinerado, se le presentó una tremenda oportunidad en la que nueve hombres honrados no pensaron siquiera.

El tercero en la lista de contribuyentes a una causa de alcance mundial, Faraday, que había tomado el nombre de "Crix", había despojado a los que le precedían y se disponía ahora a hacer lo propio con los demás.

Para Víctor Venturi no había esperanza alguna. El italiano comprendía el carácter frío e inexorable de Crix. Era un demonio que sin piedad mató a los que obstruían su paso. La compasión no existía en la lista de las emociones de Crix.

-Tengo los papeles de Tollsburg en mi bolsillo-se burló Crix-. ¡Los suyos no tardarán en juntarse con ellos, Venturi!

Y en voz más alta, Crix pronunció esta sola palabra:

-¡Ahora!

Se oyó un ruido confuso en el cuarto contiguo. La puerta se abrió bruscamente y Bart Shallock, «Bumps» Jaffrey y media docena de gangsters irrumpieron en la estancia. Cliff Marsland se encontraba entre los bandidos.

Todos llevaban un revólver en la mano. Cuando Crix señaló a Víctor Venturi con su arma, «Bumps» Jaffrey se acercó y aplicó su revólver en las costillas del italiano.

-Quíteles sus papeles-ordenó Crix-. ¡Démelos!

«Bumps» Jaffrey obedeció y Crix le preguntó mientras tanto:

-¿Tiene hombres apostados en el vestíbulo y en la puerta lateral?

-Tengo cuatro-contestó «Bumps».

-Bien-respondió Crix-. Llévese a estos dos hombres y acabe con ellos. Asegúrese que su trabajo esté bien hecho.

-Deje usted eso de mi cuenta-contestó «Bumps», riendo.

Cliff Marsland se encontraba apurado. «Bumps» Jaffrey tenía a Venturi y a Angelo encañonados. Crix, con el revólver en la mano, tras meterse en el bolsillo los documentos de Venturi, resultaba también una figura amenazadora. Los otros gangsters les rodeaban, dispuestos a todo.

¿Qué podía hacer Cliff? Podía iniciar una lucha, haciendo un esfuerzo para salvar a los italianos, y éste fue su primer impulso, a pesar de la futilidad del gesto. Por otra parte, podía esperar, ganar tiempo.

Tal vez se presentase una ocasión de salvarles; si no, ¿valdría más dejarles morir, de manera que él, Cliff, pudiese llevar a La Sombra hasta el hombre que era el responsable de todo aquello?

Roberto Faraday, alias «Crix», era un ser despreciable que proyectaba realizar nuevos y mayores crímenes. Cliff comprendía la amenaza que encarnaba el hombre diabólico que se encontraba detrás de la mesa.

Al mismo tiempo, Cliff se resistía a dejar morir a Venturi y a Angelo.

Habían estado bajo la protección de La Sombra y en aquel momento Cliff representaba a La Sombra.

El azar quiso que Cliff llegara a una pronta decisión, y fue Víctor Venturi quien la provocó. Al oír su sentencia de muerte, el emisario italiano decidió jugarse el todo por el todo. Lanzando un aviso a Angelo en su idioma natal saltó sobre «Bumps» Jaffrey, imitado por Angelo.

Dando un paso atrás, «Bumps» levantó el brazo deliberadamente con el fin de disparar contra Venturi, y Cliff, actuando espontáneamente, le ganó la mano al gangster. Instintivamente, Cliff disparó y su bala se alojó en el hombro de Jaffrey. El gangster cayó lanzando un juramento.

Los otros gangsters se abalanzaron todos. Tomaron el tiro de Cliff por un error de puntería, puesto que Venturi se echaba sobre «Bumps» cuando Cliff disparó.

Nuevamente, Cliff apretó el gatillo y uno de los gangsters se desplomó. En medio de la sorpresa creada por este ataque, Cliff Marsland tuvo una oportunidad inesperada. Sin embargo, dos hombres adivinaron su propósito.

Uno de ellos era Bart Shallock y el otro nada menos que Crix. Al disparar Cliff su segundo tiro, Bart levantó su revólver con el fin de tumbar al agente de La Sombra. Rápidamente, Crix salió de detrás de la mesa y levantó su revólver para meterle una bala en la espalda.

Venturi saltó sobre Bart Shallock, demasiado tarde para desviar el tiro.

Angelo, comprendiendo que Crix era el principal enemigo; se lanzó sobre la mesa. Los gangsters permanecieron alelados, aturdidos momentáneamente.

El dedo de Bart Shallock estaba sobre el gatillo de su arma, lo apretó antes de que Cliff pudiese volverse para disparar sobre él, pero en el barullo general, ni un solo par de ojos se dio cuenta de lo que ocurría en la pared, detrás de la mesa.

La enorme puerta de la cámara fuerte se abría hacia fuera y la cabeza y los hombros de un ser siniestro surgieron. Era una forma toda negra... tocada con un sombrero blando que le sombreaba los ojos brillantes.

Una mano armada de una gruesa pistola automática lanzó una llamarada, se oyó una detonación y una bala mortal tocó a Bart Shallock. El timador cayó de bruces al mismo tiempo que disparaba y la bala de su revólver penetró en el entarimado.

Cliff Marsland se había salvado. Un nuevo combatiente había entrado en la batalla.

Los gangsters se encontraban ante un adversario temible... cuya risa peculiar les reveló bien pronto su identidad.

¡Era la risa de La Sombra!

CAPÍTULO XXII
LA SOMBRA CONTESTA

¡Esta era la respuesta de La Sombra! Crix había decretado: La Sombra contestaba. Crix había formado sus planes; pero la Sombra frustraba los designios del malvado millonario.

Sabiendo que Víctor Venturi se encontraría allí aquella noche, y esperando el encuentro que tendría lugar entre el emisario y el millonario, La Sombra entró en el cuarto antes de la llegada de la cuadrilla de «Bumps» Jaffrey.

Abrió la cámara que Crix se había ufanado de que nadie podía forzarla, y allí esperó el desarrollo de los acontecimientos.

La llegada repentina de La Sombra, que surgía del único sitio que parecía imposible, infundió miedo a todos los que vieron su negra silueta frente a la puerta de la cámara.

Con un solo tiro, La Sombra había tumbado a Bart Shallock. Su segunda automática subía al aire y su objetivo era la cabeza de Crix que miraba por encima de la mesa de escribir.

El bandido comprendió la amenaza y se escondió. En aquel instante, La Sombra habría puesto fin a la vida del super criminal, a no ser por la inoportuna intervención de Angelo.

Dando un salto adelante, el criado de Venturi franqueó la mesa y se puso al alcance del tiro de La Sombra. Este se abstuvo de disparar y, viendo que Angelo dominaba al malvado, se volvió para ayudar a Cliff Marsland y a Víctor Venturi, amenazados por varios revólveres.

Las automáticas de La Sombra hablaron de nuevo. Los gangsters eran su blanco... criminales que caían gritando ante la ferocidad de su ataque.

Cliff Marsland obligó a Venturi a tenderse en el suelo y, a rastras, se reunió con La Sombra.

Al volverse, Cliff vió a un gangster que iba a dispararle un tiro. Levantando el gatillo, vió al pistolero doblarse y caer. Una bala de la automática de La Sombra le había alcanzado.

«Bumps» Jaffrey, deslizándose por el suelo, recogió su revólver y trató de apuntar a La Sombra. «Bumps» estaba en parte oculto por la mesa, pero los ojos brillantes de La Sombra le descubrieron. La automática escupió fuego y el gangster cayó, fulminado.

Gangsters muertos y heridos por doquier... Ahí estaban las pruebas evidentes de la famosa puntería de La Sombra. Su contestación a Crix había sido un ataque terrorífico, tan eficaz como inesperado.

En pocos segundos, La Sombra había “limpiado” su cuadrilla de gangsters, tan rápidamente que apenas si Cliff Marsland había podido ayudarle.

Únicamente Crix, el alma del complot, continuaba ileso, pero se ahogaba en el suelo con las manos vengadoras de Angelo rodeándole el cuello.

Cliff Marsland lanzó un grito. La Sombra volvió los ojos hacia la puerta.

Los cuatro gangsters colocados fuera, entraban, vieron a La Sombra ante la puerta de la cámara y levantaron los revólveres.

Al disparar La Sombra, su alta figura se hizo a un lado. Su primera bala tumbó a un pistolero; a continuación vinieron los tiros del trío restante.

Poco faltó para que cogieran a La Sombra; pero el gesto de éste les burló, La Sombra se había metido detrás de la puerta a medio abrir de la cámara acorazada y las balas se aplastaron contra la barrera de acero.

La Sombra estaba protegido; únicamente el cañón de una de sus automáticas ofrecía un blanco a sus adversarios, al sobresalir del ángulo de la puerta.

Cliff Marsland disparó sobre uno de los bandidos y lo hirió en el brazo izquierdo. El gangster se volvió para disparar, contestándole, mientras sus compañeros tiraban sobre la caja; pero la automática de La Sombra habló de pronto y el trío de gangsters se tambaleó y cayó lanzando blasfemias.

Un tiro se oyó detrás de la mesa. Dando un tumbo inesperado, Crix había logrado escapar de manos de Angelo, hiriendo al italiano con un disparo de su revólver. El super criminal se irguió para ver a La Sombra salir de detrás de la puerta de la cámara acorazada.

Lanzando un grito de triunfo, Crix le apuntó, mientras Cliff Marsland se volvía para dispararle a su vez.

No pudo evitar que Crix disparase..., era demasiado tarde para ello; pero su intervención significaba que Crix caería, un segundo después de disparar la bala que intentaba alojar en el cuerpo de La Sombra.

Crix había apuntado bien y era demasiado tarde para que Cliff salvara a La Sombra; pero el temible luchador a quien Angelo había llamado el «fantasma negro» no necesitaba

otra mano que la suya para salvarse. Su automática lanzó fuego con rapidez sorprendente... El cuerpo de Crix se quedó rígido.

Una expresión extraña y horrible cubrió el rostro del malvado, su mano alargada tembló, sus dedos se abrieron y el revólver le cayó al suelo. Antes de que tocara el entarimado, el revólver de Cliff habló a su vez y otra bala se reunió con la de La Sombra en el cuerpo del super criminal.

Crix se desplomó como una masa y quedó inmóvil en el suelo, privado de vida.

¡Crix, el super criminal, había sido el último en morir, pero al igual que otros delincuentes quedó suprimido por La Sombra!

Víctor Venturi estaba ileso. Tambaleándose levemente, el italiano se acercó al cuerpo de Angelo. El fiel criado estaba muriéndose.

Había recibido una herida mortal en su lucha con Crix. Cliff Marsland se acercó para ayudar a Venturi, pero al ver que era inútil cuanto se intentase hacer por Angelo, Cliff miró en torno suyo.

Por todas partes se veían gangsters inmóviles. Eran hombres que habían intentado matar a La Sombra y en vez de ello obtuvieron la suerte que merecían.

Unas balas disparadas por mano segura se habían alojado en sus cuerpos de bandidos. Del lado de la justicia, la única víctima era Angelo. La impetuosidad del criado de Venturi, había impedido que La Sombra le ayudara y le salvara la vida.

En pocos minutos, la suerte había cambiado por completo. Crix había decretado al llamar a su cuadrilla de gangsters, pero La Sombra le contestó, saliendo de la cámara acorazada en la que nadie habría sospechado que pudiera estar escondido.

La justicia triunfaba sobre el mal en aquella corta y emocionante lucha que marcó el fin de las hazañas de Crix. El malvado y sus secuaces no existían ya.

Crix decretó; La Sombra le contestó. El triunfo era de La Sombra.

¡La risa siniestra, extraña, que resonó de pronto en la estancia, era el grito de victoria de La Sombra!

CAPÍTULO XXIII
LA JUSTICIA PREVALECE

La puerta de la cámara acorazada estaba abierta y la alta figura de La Sombra se irguió a su lado. La puerta se abrió más todavía. Víctor Venturi levantó los ojos. Angelo reposaba, muerto, entre sus brazos.

Lentamente, Venturi dejó en el suelo el cuerpo de su servidor y se levantó para enfrentarse con La Sombra.

Un dedo cubierto de un guante negro señaló el interior de la cámara. Venturi se acercó. En el suelo de la cámara vió dos paquetes y comprendió lo que eran los fondos robados por Crix a Winston Collister y Sturgis Bosworth.

Venturi miró a La Sombra. Vió sus ojos brillantes y se quedó medio asustado, medio asombrado. La voz de La Sombra habló en aquel tono siniestro y contenido que le era peculiar.

-Son suyos. Tómelos.

Al recoger Venturi los paquetes, el dedo señaló una caja que estaba a su lado.

-¡Esto es suyo también!

En medio de su excitación, Venturi olvidó la presencia de La Sombra. Llevó los envoltorios a la mesa y los abrió. En el interior encontró los fajos de billetes, intactos.

Crix no había empleado esos fondos para pagar a Bart Shallock y a «Bumps» Jaffrey. El super criminal conservaba intactos los millones robados.

Venturi volvió atrás para tomar la caja que La Sombra le había señalado. La puso en la mesa..., pesaba más que los paquetes y la abrió fácilmente, puesto que la llave estaba en la cerradura.

Dentro vió un sobre. Venturi lo sacó y descubrió unas monedas cubiertas por una capa de joyas centelleantes. Comprendió inmediatamente que aquellas joyas tenían gran valor.

Dentro del sobre, Venturi descubrió una tarjeta en la que estaba escrito con tinta:

"Artículos encontrados en la cámara acorazada de Roberto Faraday. Representarán una porción considerable de su contribución prometida a Arístides Ponjeau".

Venturi cerró la caja y comprendió que La Sombra, tras abrir la cámara, había recogido las alhajas y las monedas, colocándolas en aquella caja con un fin determinado.

Víctor Venturi volvió a mirar la tarjeta. Lo escrito iba desapareciendo, letra tras letra. Pronto no tuvo en la mano otra cosa que una tarjeta en blanco.

-¿Está usted dispuesto?

Levantando los ojos, Venturi vió a un hombre vestido con un viejo pantalón arrugado y un jersey. Era Cliff Marsland. Venturi reconoció en él al hombre que se había separado de la cuadrilla, para empezar la lucha furiosa contra Crix y sus tenientes. El italiano comprendió que Cliff Marsland era un amigo.

-Sí-le contestó; luego, mirando, añadió:- ¿Dónde está... dónde está... La Sombra?

-Se ha ido-replicó Cliff-. Hemos de salir en seguida. Venga. Hay coches fuera, cerca del seto. Tomaremos uno de ellos.

Víctor Venturi siguió a Cliff Marsland. Ambos hombres se retiraron sin dificultad. La Sombra, una vez completada su obra de venganza, había desaparecido en silencio.

Mientras Cliff le ayudaba a transportar las riquezas que debían ser entregadas a Arístides Ponjeau, Venturi echó una última mirada al cuarto, para contemplar la escena de matanza que siguió al vano intento de Crix, de realizar sus crímenes contra los deseos de La Sombra.

La policía, llamada más tarde al hogar de Roberto Faraday, se encontró frente a un extraño misterio, destinado a formar parte de los anales de los crímenes sin solución. Descubrieron el cadáver de Roberto Faraday, el millonario, rodeado de gangsters muertos.

Entre éstos se encontraba «Bumps» Jaffrey, conocido jefe de la cuadrilla, y Bart Shallock, timador internacional; pero el cuerpo de Angelo les intrigó sobremanera. No pudieron descubrir su identidad. Era evidente que no se trataba de un gangster.

La cámara estaba abierta y sin duda se había cometido un robo. ¿Qué había sido de los hombres que entraron? La policía lo ignoraba y presumió que algunos jefes del hampa habían organizado aquel raid y que Faraday se había visto obligado, bajo amenazas, a abrir la cámara.

Decidieron que Angelo debió ser un espía, que puso a Bart Shallock sobre aviso respecto a alguna transacción internacional por parte de Roberto Faraday.

!Cuánto más discutieron el caso, más perplejas se encontraron las autoridades!

Cosa extraña, la policía no descubrió siquiera el nombre de Crix. No se enteró de la doble identidad de Roberto Faraday. El cuerpo del principal culpable había estado bajo sus ojos, sin que lo comprendiesen.

Las semanas transcurrieron y la extraña guerra de gangsters desarrollada en casa de Faraday seguía siendo un problema, cuyas consecuencias ocurrieron lejos de allí, en país extranjero.

En Lausanne, Arístides Ponjeau, el hombre de altos ideales, que había ideado el Tribunal Mundial de Industria, recibió de manos de Víctor Venturi la suma de cerca de veinte

millones de dólares. Las contribuciones a la noble causa habían sido recogidas de manos de generosos donantes.

Ningún otro crimen entorpeció el curso normal de esas negociaciones. Con la muerte de Roberto Faraday, el crimen tomó fin.

¡Eliminados los sombríos designios de Crix, la gran obra iba a realizarse sin trabas!

¡Crix, el super criminal, conspirador y asesino, planeó una loca carrera de crímenes para adquirir riquezas, a la que La Sombra se encargó de poner término!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN